MARTA BLANQUEA TODO

Libro Dos de la Serie de la Sirvienta Detective

Cyndia Rios-Myers

MARTA BLANQUEA TODO

El Segundo Libro de la Serie de la Sirvienta Detective

CYNDIA RIOS-MYERS

Este libro es para mi querida abuela Marta Del Rio Morales. Te extraño tanto.

TABLA DE CONTENIDO

AGRADECIMIENTOS
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo Treinteno
Capítulo Treinta y Dos
Capítulo Treinta y Tres
Capítulo Treinta y Cuatro
¡HOLA LECTORA! (O LECTOR)
SOBRE LA AUTORA
OTROS LIBROS ESCRITOS POR CYNDIA RIOS-MYERS (EN ESPAÑOL)

AGRADECIMIENTOS

El fuego detrás del segundo libro se debe a los fanáticos de Marta. Los más importantes en mi gratitud son Raquel Ríos, Rebecca Johnson y Kristi Devenyi. Gracias por su vista aguda y su conocimiento de todas las cosas de Marta. Muchas gracias también a mi querida amiga Caroline, a mi mamá Cristina, mi sobrina Ilani, mi tía Sara, mi suegra Shelley, mis amigas Jessica Fitzgerald, Tracy Born, Jennifer Miller, Christine Severy, Melissa Badour, Jasmín Culbertson, Jenny Black ... y muchos más.

El mayor agradecimiento para mi esposo Colby y mi hijo Cade. Ustedes son mi felicidad.

Traducción de inglés a español por Cyndia Rios-Myers y Caroline Mendez Gregoire.

Derechos reservados. Ninguna parte de este libro electrónico puede revenderse, regalarse o reproducirse de ninguna otra manera sin el permiso por escrito de la escritora.

Capítulo Uno

Las vacaciones, por definición, son temporeros. No había definido la palabra, pero podía imaginar que las vacaciones son vacaciones porque están destinadas a ser períodos de tiempo recreativas fuera de casa. Y estaba fuera de casa.

Érase una vez, Puerto Rico había sido mi hogar. A los diez años me mudé allí desde Boston, Massachusetts, con mis padres y mi hermano. Fue un choque cultural, por supuesto, pero me acostumbré. Hice la paz con la mudanza y empecé a prosperar.

Pero, a los diecinueve años, fui y dejé que Aníbal Robles se pusiera demasiado cómodo conmigo. Quedé embarazada con mi hijo, Héctor Robles, y me casé con Aníbal. Tuve que dejar mi trabajo como oficial de policía y tuve que me mudé a Chicago, Illinois, para tratar de salvar mi matrimonio.

No funcionó. Por doce años, me quedé en una unión muerta. Construí un caparazón alrededor de mí, lo que me puso amarga y me dejó enojada. Me divorcié de Aníbal y me mudé por mi cuenta. Me convertí en sirvienta y gané un poco de dinero. Pero luego perdí a mi hijo y la mayor parte de mi voluntad de vivir.

Mi vida estancada cambió cuando vi un video que se suponía que no debía ver. Me acerqué a un par de policías, me hice enemiga de mi antigua jefa y comencé un servicio de limpieza privado. Una amiga mía necesitó ayuda de detective; desempolvé mis habilidades de investigación y le di una mano. Esos eventos me libraron de la cárcel que había construido a mi alrededor.

En mi momento presente, estaba feliz. Especialmente porque estaba tomando un descanso de un brutal invierno de Chicago mientras pasaba tiempo con mi familia en Arecibo, Puerto Rico.

Pero eran vacaciones. Tenía que irme a casa, y pronto. Aun así, por ese momento, iba a vivir mis sueños de vacaciones. Iba a hundir mis dientes en él y prolongar el sabor todo el tiempo que pudiera.

Hablando de saborear cosas buenas, eso era lo que le estaba haciendo a la porción de pizza de pepperoni que estaba comiendo. Estaba en Tony's Pizza con Rafy, su esposa Wanda y sus hijos gemelos, Julián y José.

—Podrías tener esto todas las semanas, Marta—, dijo Rafael Morales Mercado. Medía 5'11—, levantaba pesas, y se bronceaba bien. Rafy era guapo. Siempre vestía bien. En mi opinión, probablemente estaba demasiado peinado. Sin embargo, era parte de su uniforme de ropa civil y estaba tratando de enviar un mensaje. Rafy era un buen marido, un gran padre, un detective de policía y mi hermano mayor terco, mandón y bocón. Lo quería mucho.

—Puedes vivir aquí. Wanda y yo estamos aquí, cerca de Mami y

Papi. Podrías pasar el tiempo con tus sobrinos. Podrías alejarte de Chicago, y ese edificio oscuro en que vives. Inviernos. Tu vieja jefa loca. Los malditos abogados de Smithers—.

El tono de Rafy comenzaba a apasionarse, aunque no había comenzado de esa manera. Antes de que su comentario se convirtiera en una perorata, sonó esperanzado, útil y amable. Bebí un sorbo de refresco mientras esperaba que la charla de mi hermano se convirtiera en una diatriba.

No tuve que esperar mucho.

—¡No! Marta no volverá a casa. ¿Por qué haría eso? ¿Por qué haría algo tan sensible, como acercarse a su familia? ¡No! ¡Marta Morales lo sabe todo!—

Dejé escapar un suspiro. Incluso la esposa de Rafy, Wanda, puso los ojos en blanco. Sinceramente, deseaba saberlo todo. Rafy pareció creer que sí.

—Gran actuación—, dije mientras dejaba mi refresco y alcanzaba otra porción de pizza.

Mi cuñada, olvidando momentáneamente su lealtad a su esposo, soltó una risita.

—¡Oh! ¡¿Entonces te ríes de mí?! ¿Crees que soy gracioso? ¿Te hago reír porque me importa?—

—Cálmate—, le dije, mi paciencia acabada. —Tú no eres actor, y esto no es una película—.

Wanda se rió a carcajadas, al igual que mis sobrinos, aunque estaba segura de que no entendían la referencia de la película. Afortunadamente, Rafy pensó que yo también era graciosa.

—Tienes suerte porque me haces reír—.

Le di una sonrisa genuina. —Gracias. Estoy aquí toda la semana. O ... poco menos de una semana, que es cuando vuelvo a Chicago—.

Rafy dejó escapar un suspiro. —Entonces, vas a regresar para allá —.

—Tengo que hacerlo—, le dije mientras estiraba un largo tramo de delicioso queso aceitoso. —Tengo clientes. Tengo alquiler. Tengo facturas. Tengo que pagar el Seguro Social—.

—Podrías tener facturas y deudas por acá también —.

—Ja, ja—, dije. Rafy también podría ser cómico.

—Quieres volver a tu trabajo secundario—, susurró.

—Eso también. Eso me puede hacer ganar dinero de una manera que no me rompa la espalda—.

—Sin embargo, podría romperte el cuello—.

—Me gusta investigar, Rafy. Es satisfactorio. Voy a hacer todo lo posible para no lastimarme haciéndolo—.

Mi hermano dejó escapar un suspiro y miró a su esposa. —Eres psicóloga. ¿Qué piensas de esta mierda?—

—¡Papi dijo una mala palabra!— Julián dijo mientras se reía.

—¡Me cogiste! Dije una palabrota. Pondré dos dólares—, dijo Rafy mientras buscaba su billetera, "en el frasco de maldiciones si lo dices de nuevo, pero en inglés—.

Julián desvió la mirada.

—Ustedes chicos necesitan hablar más inglés—, insistió su madre. —Aquí estoy yo con un gran acento y hablo inglés. ¡Casi no tienen acento!—

José sonrió. —Me gusta el dinero—, enunció. —Papá dijo una mala palabra, —dijo en inglés. —Ahora: dame mi dinero—.

Me reí, pero Rafy negó con la cabeza. —No. El trato era para Julián. Si digo una mala palabra, es un dólar para el jarro. Pero si repite lo que yo dije en inglés, son dos dólares—.

Mi pobre sobrino se sonrojó profusamente.

—¿Qué tal si endulzo la oferta?— Yo pregunté. Saqué mi billetera de mi cartera y saqué un billete de cinco dólares. Los ojos marrones de ambos hermanos se agrandaron y Wanda se rió a carcajadas.

—¿Julián? Tu papá dijo una mala palabra. ¿Vale siete dólares?—

—¡Si! ¡Mi papá dijo una mala palabra!— dijo emocionado, y en inglés.

—¡Si!— Rafy aplaudió mientras chocaba los cinco con sus dos hijos y les entregaba dos billetes de dólar. Les di el billete de cinco dólares que habían ganado.

—Sigue maldiciendo, papá. Me gusta el dinero. Me gusta el dinero de Titi Marta—, dijo José. Julián se hizo eco del sentimiento en español.

La expresión de mi hermano cambió rápidamente. —¿Te aprovecharías así de tu Titi? ¿De mí? ¿Porque queremos que aprenda otro idioma y mejore sus posibilidades de éxito?—

Rafy podía pasar de frío a calor super rápido. Sin embargo, no dije nada, ya que sus hijos y su disciplina eran asunto suyo. También había más en la corrección que buenos modales.

Cuando Rafy tenía 13 años, y todavía vivíamos en Boston, había tomado un camino equivocado, lo cual fue la causa de nuestro traslado a Puerto Rico. Rafy quería asegurarse de que sus hijos no tomaran las mismas decisiones que él.

—Lo siento, papá—, dijo Julián.

—Gracias. Ahora, discúlpate con tu Titi—, exigió Rafy.

—Lo siento, Titi Marta—, dijeron mis sobrinos gemelos.

Sonreí en respuesta. —Gracias."

Wanda dejó escapar un suspiro y abrió su bolso. —Bien. Sé que solo hay dos videojuegos. Aquí están las pesetas. Vaya y juegan—.

—Uno se cansa de Street Fighter—, refunfuñó uno de ellos.

Sin embargo, su aburrimiento con el juego de peleas no les impidió

ir a jugar. Cuando estaban a unas mesas de distancia de nosotros, Wanda me miró.

—Este negocio de detectives privados es bueno para tu salud mental y emocional y para tu billetera. ¡Pero tienes que tener cuidado! —

—Lo sé. No doy por sentado mi seguridad—, susurré.

Rafy dejó escapar un suspiro. —Todavía estoy pendiente de esa puta María—, confió.

Unas semanas atrás, mi antigua jefa María me apuntó la nuca con una pistola. Todavía podía sentir el beso frío del metal en mi cuero cabelludo.

—No voy a seguir hablando de eso—, dijo Rafy. —Solo espero que si la situación se pone mala que se lo digas a alguien—.

—Lo haré, Rafy—.

El asintió. —Bueno. Tengo que ir a patear los traseros de los nenes. Creen que pueden derrotar a su padre a Street Fighter—.

Wanda y yo nos reímos mientras veíamos a Rafy dirigirse hacia Julián y José. Los chicos se vitorearon al ver a su papá, pero se burlaron tan pronto como escucharon su bravuconería.

—Nunca me canso de verlo divertirse con los chicos—, dijo Wanda.

Tomé un bocado de mi pizza antes de hablar. —¿Crees que Rafy hubiera sido tan devoto y emocionado si ustedes dos no hubieran tenido problemas de fertilidad?—

Mi cuñada se encogió de hombros. —Él habría sido devoto. ¿Pero tan emocionado? Probablemente no—, dijo mientras negaba con la cabeza. —Está agradecido por los chicos. Sobre todo, porque sabe lo corto que puede ser la vida—.

Wanda estaba hablando de Héctor. Lo extrañaba mucho. Sin embargo, mi hijo no solo era una lección de vida o un cuento con moraleja: había sido un ser vivo, hablante y falible que respiraba. Sin embargo, no regañé a mi cuñada por sus palabras. Sabía que tenía buenas intenciones.

Tratando de distraerme de las lágrimas, miré alrededor del restaurante. Tony's Pizza era reconocida como la mejor pizzería de Arecibo y probablemente de la mayor parte de Puerto Rico. Desde chiquitos, mis padres nos habían traído a Rafy y a mí allí. Continuamos la tradición con nuestros propios hijos.

La parte delantera del restaurante no era mucho para mirar. La frente de Tony's daba a Carretera #2, una arteria bulliciosa que daba a toda la costa norte de la isla. La parte trasera era una historia diferente: enormes ventanales mostraban vistas panorámicas del Océano Atlántico.

Dejé escapar un suspiro y me sumergí en la hermosa vista dentro

de la pizzería: mi hermano jugando videojuegos con mis sobrinos y mi increíble cuñada sentada frente a mí.

—Entonces. ¿Como va el trabajo?— Le pregunté a ella.

Wanda sonrió. —Maravillosamente. Déjame contarte de lo que pasó la semana pasada—.

Felizmente, me perdí en la conversación y el momento.

Capítulo Dos

La experiencia de huésped en la casa de mis padres fue decididamente diferente a la de mi hermano. La casa de mis padres ofrecía el dormitorio de mi infancia y la extraña comodidad y la naturaleza surrealista en la habitación en la que había dormido por tantos años. La comida también era estupenda. Sin embargo, expectativas vinieron con mi estadía. Mis padres querían que fuera con ellos a TODAS PARTES; a visitar a todos los miembros de mi familia e ir al supermercado con ellos. Incluso querían que le acompañara a ser gestos en toda la ciudad. Fue tedioso y aburrido.

Quedarme en la casa de mi hermano implicaba disponer de tiempo para jugar con mis sobrinos las 24 horas del día, los 7 días de la semana, lo que no me importaba demasiado. Fueron sus constantes discusiones y gritos lo que me llevó acostumbrarme. Además, mi cuñada no era tan buena cocinera. Sin embargo, mi hermano y mi cuñada me permitieron libertad. Wanda me dejaba tomar prestado su auto para que yo pudiera conducir y hacer las cosas que quería hacer. Tuve estupendas conversaciones nocturnas en el balcón con mi hermano, su esposa y sus vecinos.

La solución a ambos problemas fue conseguir un alquiler vacacional y rentar un carro. Sin embargo, debido a mi falta de fondos para las vacaciones, estaba a merced de mis anfitriones.

Una noche me quedé en silencio mientras me sentaba en el patio con mi hermano y Wanda. Por un segundo, recordé a mi exmarido Aníbal. Pensé en la época en que nuestro matrimonio había sido más joven y más esperanzador. Yo era policía en Arecibo y él era contable en el pueblo vecindario de Hatillo. Tuvimos a nuestro hijo pequeño, Héctor, buenos momentos y buenas conversaciones con nuestros vecinos. La familia, la suya y la mía, estaban por todas partes. Si nos hubiéramos quedado en Puerto Rico con Héctor, tal vez podríamos haber encontrado la manera de permanecer juntos.

Pero, decía una canción, eso era agua debajo de un puente que se había quemado hace mucho tiempo.

Me sacudí de mi ensueño y miré a mi hermano.

—Estás casi fuera de aquí—, dijo.

Suspiré. —Si. Tres días más—.

—Ya estás fuera de aquí en tu cabeza—, dijo mientras señalaba la suya.

—Mírate filosofando—, bromeé.

Él se burló. —No. Solo observando—.

Asentí. —No. Recordé el pasado. Buenos momentos con Aníbal, créalo o no—.

Rafy se rió. —Me parece difícil de creer. No es que no lo pasaste

bien con él, sino que reflexionarías sobre eso—.

—No es reflejo; es la memoria. No ignoro el hecho de que solía ser feliz con Aníbal. Estaría mintiendo si negara eso. ¿Cómo puedo vivir en la realidad si me miento sobre lo que sucedió antes?—

—¿Quién está filosofando ahora?— Preguntó Rafy.

Me reí. —Me cogiste—.

—¿Cómo está Aníbal?— preguntó Wanda.

—Le va bien profesional y económicamente. Aníbal no me odia; ha dejado que su asistente sea mi asesora profesional de gratis. Todavía está casado con la puta, pero creo que está bien. Creo que sus hijos también lo son—.

—¿Qué tal Waleska? ¿Ya se ha acercado? ¿Te habla de tu nieto?— preguntó Rafy.

Dejé escapar un suspiro lento y tembloroso mientras pensaba en mi nuera. Se separó de mi vida cuando comenzó a estar de luto por Héctor. En el proceso, me mantuvo alejada de mi nieto Adán. Me dolió.

—Waleska sigue manteniendo la distancia—.

—Han pasado casi tres años, Marta. ¿No crees que debería haber superado el duelo lo suficiente como para dejarte ver a tu nieto?— Preguntó Rafy.

—¡Sí, Rafy! Lo creo. Pero no sé qué hacer aquí. ¿Me obligo a ella? ¿Intento luchar para ver a Adán? ¡No lo sé!—

Wanda inclinó la cabeza mientras miraba a su esposo. —Marta tiene un punto. Es complicado—.

—No es tan complicado—, argumentó Rafy. —En el estado de Illinois, los abuelos pueden obtener visitas ordenadas por la corte—.

Miré a mi hermano. —¿De verdad?—

—Si. Lo investigué por internet. Pero te sugiero que primero te acerques a Wanda de manera amistosa. Si las cosas se ponen feas, contrate a un abogado. Ese es el hijo de Héctor. Sabes que él hubiera querido que fueras parte de la vida de su hijo—.

Tragué las lágrimas y aparté la mirada. No estaba preparada para tener una conversación tan emotiva. Aun así, la información proporcionada por mi hermano fue valiosa. La idea de enfrentarme a mi nuera me dio un poco de miedo. Sin embargo, no entendí por qué. Me había encontrado con abogados penales, acosadores e incluso con mi antigua jefe, que todavía quería matarme.

—Bueno. Voy a empezar a estirar de ese hilo. Pero, no quiero discutirlo más—.

—Está bien—, dijo Rafy antes de tomar un sorbo de cerveza.

A la mañana siguiente celebré la misa dominical en la parroquia habitual de mi familia. Afortunadamente, recordé las oraciones en español. No estaba segura de que si había memorizado las oraciones

en inglés. Otra cosa para agregar a mi culpabilidad católica.

La monótona homilía dado por el sacerdote dio alas a mis pensamientos y me tomé el tiempo para reflexionar sobre mi asistencia a la iglesia. No atendía regularmente, pero, no había una buena razón para eso. No estaba enojada con Dios porque mi hijo murió. Incluso reconocí mi rol en mi divorcio. Pensé que mi falta de asistencia se debía a la vergüenza, ya que no podía recibir la comunión. Me había casado con Aníbal en la iglesia, pero al divorciarnos no obtuvimos una anulación. Supongo que eso significaba que él estaba viviendo en pecado. Salvo por una cita fallida con un intérprete de español, no había visto a un hombre (a nivel personal) en años. Quizás podría recibir la Eucaristía.

Pensé en los dos guapos detectives de Chicago y en cuáles podrían ser sus afiliaciones religiosas. El detective Connelly probablemente era católico. El detective Kostas podría haber sido griego ortodoxo, que era casi católico. ¿Fueron los detectives a misas dominicales? ¿Rezaron mucho? Cuando era policía, siempre llevaba un rosario de bolsillo. Sin embargo, dejé de rezar al mudarme a Chicago. Me pregunté adónde había llegado ese rosario de bolsillo.

Cuando sentí un codo volador machucando a mi brazo, fui alertada de que era hora de ponerme de pie y orar en grupo. Algunos feligreses me dieron ojo cuando no hice fila para la Eucaristía. Dejé escapar un suspiro y me arrodillé en el reclinatorio, haciendo todo lo posible para orar por las personas maliciosas que no se ocupaban de sus propios asuntos. También oré por mí.

Después de la misa, salimos de la iglesia y nos dirigimos al quiosco de comida frita al lado de la rectoría. Dios me perdone, pero los olores fritos podrían haber sido el punto alto de la misa de esa mañana.

—No comulgaste—, amonestó mi mamá.

Mi dulce madre estaba empezando a irritarme. Las vacaciones habían durado bastante; mi paciencia evaporó, y lo dejé demostrar.

—No, mamá—, dije, incapaz de evitar el tono de reproche en mi voz. —Estoy divorciada. No he recibido una anulación. No puedo recibir la Eucaristía—.

—En los ojos de Dios, todavía estás casada—.

Gruñí. —Pero no a los ojos de Aníbal. ¿Quién sabe lo que están mirando sus ojos lascivos en este momento?—

—¡Acabas de salir de la iglesia!—

—Sí, lo sé—, dije. —Y estoy lista para una empanadilla de pizza y un refresco. Tal vez una alcapurria si me queda espacio—.

—¡Estoy tratando de hablar contigo!—

—Sí, y estoy tratando de comer—.

Dejé a mi madre y me dirigí al quiosco donde se vendía empanadillas de pizza y alcapurrias. Sonreí mientras pagué por la

sabrosa comida frita. Todavía sonriendo, llevé mis recompensas grasosas y mi refresco a una mesa de picnic que quedaba al otro lado del quiosco.

Allí, vi a mis sobrinos. No vi a mi hermano ni a mi cuñada. Con la comida frita hasta los codos, no parecían preocupados por la ausencia de sus padres. Estaba a punto de unirme a ellos.

—¿Dónde están tus padres?— Le pregunté en inglés.

—Hablando con abuelo. ¿Porque tú no nos habla en español?— preguntó Julián.

Satisfecho de que mis sobrinos no fueran desatendidos, en inglés, respondí a la pregunta que me hicieron.

—No tengo que hablarte en español, porque soy adulta. Tu padre y tu madre quieren que aprendan inglés. Y, francamente, ustedes son vagos al respecto—.

—¿Qué significa 'francamente'?— preguntó José.

—Significa ser honesto. Ahora es el momento de comer. Buen provecho—, les dije.

—Buen provecho—, respondieron.

Pronto, devoramos con reverencia nuestros alimentos fritos. Veinte minutos después me sostuvieron moviendo mi equipaje del baúl del auto de mi hermano al de mi padre.

—Voy a tener que alquilar mi propio carro la próxima vez que venga—.

—¿Por qué desperdiciarías dinero así?— preguntó Rafy.

—¡Porque me siento como un niño latchkey! ¡Soy una mujer adulta!—

—Entonces deja de portarte como un bebé—, respondió.

Deje escapar un suspiro lento y tranquilizador.

—¿Qué es un 'niño latchkey?',— le preguntó Wanda a Rafy.

—Es lo que los padres les hacen a sus hijos de edad escolar cuando no los aman lo suficiente: los hacen ir solos de la escuela a sus casas frías y solitarias—.

Me burlé. —¡Qué cruel eres!—

—Nunca dije que fuera agradable—, dijo Rafy.

Puse los ojos en blanco. —Mami y papi; ¿Nos podemos ir ya?—

—Claro—, dijo mamá. — Después de toda la comida que comiste, no puedo imaginar que todavía tengas hambre para el picnic familiar —.

Dejé escapar otro aliento calmante. Cuando eso no funcionó, dejé salir otro. Como un adolescente de antaño, me enfurruñé en el asiento trasero del auto de mis padres, hasta que recordé que tenía cuarenta años y que mi tiempo en Puerto Rico era limitado.

—Va a haber nieve sucia por allá—, dije mientras miraba por la ventana hacia la vegetación que pasaba.

—No extraño eso, —dijo papá. —Extraño el frío. Extraño ver la nieve en la grama,— dijo con su acento. —No echo de menos palear nieve o conducir en ella—.

—No tengo que palear donde vivo, gracias a Dios. Doña Justa lo contrata—.

—¿Cómo está la dueña?— Preguntó mamá.

—Está bien. Doña Justa quiere que le traiga pasteles—.

Mamá asintió. —Te enviaremos algunos a casa—.

—Rico,— dije en respuesta.

Veinte minutos después nos detuvimos en Esperanza, un barrio rural en el alto cordillera sur de Arecibo. Al estacionar, vi a las hermanas de mi madre y sonreí. Abracé a mis primos y a sus hijos también. Sonreí aún más cuando una prima me entregó una Medalla fría.

—Ahora es una fiesta—, le dije a mi prima Almira, que hablaba inglés.

Almira se rió a carcajadas. —A veces, es la única forma de superar estas cosas—, susurró.

Sorprendiéndome a mi mamá y a mí, encontré más espacio para comida. Comí pernil y arroz con gandules. Luego comí un poco más de pernil.

—Sigue llenándote la boca así y vas a necesitar un cinturón más grande—, me dijo mi idiota hermano cuando paso a mi lado.

—Vete a la mierda—, le susurré.

Se encogió de hombros y siguió caminando.

Las bromas de mi hermano marcaron el último intercambio divertido de la tarde. Todos querían saber cuánto me gustaba ser sirvienta: tía tras tía, prima tras prima y amiga de la familia tras amiga de la familia.

—¿Te gusta? ¿De Verdad? ¡Oh! ¡Dios te bendiga!— dijo un condescendiente.

—¡Odio limpiar!— añadió una tía. —Pero te encanta. Me alegro por ti—, dijo con una sonrisa.

Forcé una sonrisa y le di las gracias antes de alejarme. Un tío me detuvo para darme su opinión sin reservas. —No tienes nada de qué avergonzarte. ¡Nada! Ser sirvienta es un trabajo honesto. ¡Bien por usted!—

Señor ayúdame. Le dije a ese tío que mi celular vibraba en mi bolsillo y le pedí que me disculpara.

—¿Te llega señal por acá arriba?— cuestionó.

Mi tío se mostró escéptico y por una buena razón, ya que estaba mintiendo. Aun así, me encogí de hombros y caminé hacia un lugar donde no había nadie más.

Me apoyé en una palma y respiré. El aire de la montaña olía tan

fresco, al igual que las flores. Todo era tan verde: las hierbas silvestres, los arbustos, las palmeras y las colinas que nos rodeaban.

—Esto es agradable—, susurré.

Sentí que conocía la tierra y también la gente. Durante generaciones que se remontan a cientos de años, mis antepasados caminaron por estos senderos y caminos de las montañas. Compartí algunos de esos antepasados con algunas de las personas que me rodeaban. Si no compartimos antepasados, nuestros antepasados se conocían.

Sin embargo, no vivía allí. Tenía un apartamento en Chicago. Clientes que me gustaban. Un trabajo en el que era buena y un trabajo paralelo que fue muy emocionante. Además, había un par de caballeros muy amables que quería conocer.

Puerto Rico tenía familia - una gran parte de ella. Buena comida, buenos momentos y buenas conversaciones. Aun así, no pudo darme lo que ofrecía Chicago.

Mi mamá se unió a mí. —¿Por qué estás lejos de todos los demás? — ella preguntó.

—Estoy tratando de alejarme de la gente condescendiente—.

Le dije lo que habían dicho. Ella se encogió de hombros.

—Tienen buenas intenciones—.

—Supongo—, dije mientras ponía los ojos en blanco.

—Pasa el rato aquí por un minuto y luego vuelve. No tendrás esto en Chicago—.

—Lo sé—, dije, de nuevo sintiéndome como una adolescente malhumorada.

—Además, podría tener una idea para ti sobre algún trabajo de detective privado—.

Me aparté de la palmera y la miré. —¿Qué?—

Ella sonrió y asintió antes de alejarse. La seguí. Tuve que beber otra cerveza y escuchar a tres familiares más condescendientes antes de que mi mamá me presentara a una mujer de mediana edad que nunca había conocido.

—Marta, te presento a Doña Elena Matos Boria. Ella es mi prima segunda, alejada dos veces de la familia de tu abuelo que eran del pueblo de Lares—.

No tenía una libreta o un lápiz conmigo para registrar esa relación. Afortunadamente, todo lo que tenía que recordar era el nombre de la mujer.

—Hola, Doña Elena. Mucho gusto en conocerle—, dije mientras me levantaba para estrechar la mano hacia la mujer de mediana edad.

—Encantada de conocerte también, Marta. Tu madre me dice que eres detective—.

Negué con la cabeza. —No puedo usar ese título, ya que no tengo

licencia. Me gusta llamarme buscadora. ¿Qué puedo hacer por ti?— Yo pregunté.

Doña Elena señaló un banco junto a un árbol. Comprendiendo su deseo de privacidad, la acompañé allí. Ella se sentó y sonrió.

—¿Quieres saber algo asombroso?—

Me encogí de hombros. —Seguro—.

—El cuerpo humano es el mayor invento de Dios. ¡Es asombroso!—

Asentí lentamente, preguntándome adónde iba la conversación de Doña Elena. —Por supuesto—.

—Si. ¿Sabías que algo asombroso vive dentro de cada uno de nosotros? "

Ave María. ¿Iba a hablar sobre hablar en lenguas? ¿No sabía ella que yo era católica y no pentecostal?

—¿Qué específicamente?— Le pregunté.

Doña Elena aplaudió. —Sabía que te sorprendería. Existe esta cosa maravillosa llamada ADN. Es el modelo de todo lo que somos—.

La miré en estado de shock. ¿Pensó esta mujer que nunca había oído hablar del ADN?

—Es sorprendente—, dijo ella, malinterpretando mi confusión por ignorancia. —¡Déjame contarte todo!—

Querido Dios. Doña Elena debió pensar que yo no tenía cable básico, acceso a periódicos, que no fui a la escuela superior y era estúpida con respeto al embarazo y el parto.

—¡El ADN se puede encontrar en muchas partes de nuestro cuerpo! ¡Nuestra sangre, nuestra saliva, nuestra piel y nuestros dientes! ¡Incluso en nuestro excremento!—

Eso no era exactamente cierto. El cuerpo humano no desperdiciaba ADN en excrementos; si existiera allí, solo habría pequeñas cantidades. Sin embargo, el ADN de los animales que comimos podría encontrarse allí.

Pero no le dije nada de esto a Doña Elena, ya que podría ser una clienta que paga. Además, no quería revelar que había aprendido sobre el ADN de las heces a través de un programa dramática de televisión.

Me quedé sentada y soporté la educación de Doña Elena sobre el ADN. Interrumpí la educación no solicitada cuando me di cuenta de que estaba tratando de hablar sobre el ADN en la sangre menstrual.

—Elena, esta información es estimulante. Sin embargo, quiero saber qué tiene que ver esto con mis habilidades de investigación—.

Ella asintió. —Por supuesto. Bien. ¿Has oído hablar de los kits de prueba de ADN para el hogar?—

Antes de que pudiera detenerla, Doña Elena se lanzó a decirme todo lo que había visto en la televisión diurna, Facebook, Judge Judy o de las promociones contenidos por el folder basura de mi correo

electrónico.

—Me probé a mí misma—, anunció. —No hay sorpresas allí. Sobre todo, ADN español. Algunos portugueses e italianos. También sangre taína y sangre africana. ¡Y sangre de Finlandia, si puedes creer eso!— ella añadió.

Sin embargo, me quedó poco humor y menos paciencia.

—Doña Elena, por mucho que me encantaría hablar sobre estos… resultados emocionantes, estoy aquí con mis padres y mi hermano Rafy. Creo que están listos para partir. No le digas esto a nadie, —dije en un tono de voz más bajo, "pero Rafy tiene síndrome irritable del intestino—, le dije.

Sus ojos se agrandaron. —¡Guau! Eso debe ser el estrés de ser un oficial de policía—.

—Sí—, asentí. —A Rafy le da muchos gases. Pero por favor, no se lo digas a nadie—, reiteré.

—Por supuesto. Tu secreto está a salvo conmigo—, dijo Doña Elena.

—¿Qué tal si mañana nos encontramos en el pueblo? Podemos comer donas y tomar café mientras hablamos más de esto—.

Ella sonrió. —Si. Eso suena fantástico. ¿Qué tal si nos reunimos en la panadería Los Cidrines a las 10 a.m.?—

—Eso funciona para mí. ¿Podría darme su número de teléfono?—

Quince minutos más tarde me retuvieron en el asiento trasero del auto de mi padre.

—¿Te dijo tu madre que a Doña Elena le gusta hablar?— Preguntó papá.

—No, papi. No me lo dijo—.

Mamá se encogió de hombros. —¿Y qué? A ella le gusta hablar. La conversación no hace daño a nadie—.

Mamá sintió la necesidad de conversar más, porque se dio la vuelta y me miró desde donde estaba sentada en el asiento delantero.

—No estuvo tan mal, ¿verdad?—

—Supongo que no—, dije.

—Además, ha enterrado a dos maridos. Quizás tres—, —agregó mamá mientras sonreía.

—No sé si sonreiría sobre eso—.

—Doña Elena cobra un cheque del Seguro Social, dos pensiones, y es dueña de tres casas. Ella está cargada. Así que cuando ella habla, la gente escucha. Me mencionó que había alguien en Chicago que estaba tratando de encontrar, así que te mencioné a ti—.

—Oh—.

—¿Ves? Estoy velando tus intereses, Marta."

—Gracias mamá. Estoy consciente de eso—.

Sintiéndose validada y apreciada (y con razón), mamá parecía

engreída mientras se giraba en su asiento.

De regreso a la casa de mis padres y en la habitación de mi infancia, miré mi teléfono celular. No recibí señal en las montañas. Tenía cuatro llamadas perdidas y dos mensajes de texto.

—Ay—, dije.

Todos eran de Melissa Bollinger: mi cliente de limpieza, mi primer cliente investigador y mi nueva amiga. El hecho de que ella llamara cuatro veces me hizo ignorar los mensajes de texto. La llamé directamente.

—¡Marta!— ella dijo. —¿Estás bien?—

—¡Estoy bien! ¿Cómo estás?—

—He intentado llamarte durante las últimas horas, pero me preocupé cuando no te alcanzaba—.

Miré alrededor de mi habitación y me reí. —Estoy bien. No ha habido huracanes. No hay terremotos ni disturbios políticos, en este momento,— califiqué. —Porque a los puertorriqueños les encanta protestar—.

Melissa se rió a carcajadas. —¿Cómo te ha ido?—

Dejé escapar un suspiro. —Bueno. Agradable. Caloroso. Y estoy engordando más porque como tanta comida frita. En este punto, probablemente tomaría un poco de café frito—.

—¡Eso ya existe!—

—Claro que sí—.

—De todos modos, te llamo para hacerte saber que no puedo recogerte en el aeropuerto. ¡Lo siento mucho! Uno de nuestros clientes blue chip invirtió mal y las cosas no se ven bien para él. Niels no está contento—, susurró. —Nos vamos a Brasil mañana por la noche—.

—Lamento lo de tu cuenta blue-chip, pero estoy bien en conseguir pon a casa—.

—¡Me siento mal! Eres mi única amiga aquí, y los amigos recogen a otros amigos en el aeropuerto—.

Me reí. —Los amigos no hacen que los amigos pasen por la experiencia O'Hare. Llamaré a un Uber—.

—Lo siento mucho—, se disculpó.

—¡Oye! Ve y disfruta de Brasil, ¿de acuerdo? No puedo esperar a escucharlo—.

Ella rió. —Eres la mejor, Marta—.

—Tú también—, respondí.

Después de despedirme, colgué el teléfono. No tenía pon del aeropuerto a casa, pero todavía tenía a mi amiga. Era otra razón por la que esperaba volver a Chicago.

Capítulo Tres

Curiosamente, tenía muchas ganas de reunirme con Doña Elena. Quizás se debía a mi aburrimiento. Quizás se debió al hecho de que mi mamá volvió a hablarme como si fuera una adolescente.

Probablemente fue porque estaba intrigada. ¿A quién quería localizar esta mujer aburrida, adinerada y condescendiente? ¿Cuánto estaba dispuesta a pagar? Sabía que estaba a punto de averiguarlo.

—Mira,— me dijo mami. —Voy a pagar la cuenta del agua en el pueblo,— dijo mientras estacionaba el auto en la calle junto a la plaza. —Ven conmigo. Puedes llegar a tu cita a tiempo—.

—No—, dije mientras me desabrochaba el cinturón de seguridad y abría la puerta.

—Sólo tomará un minuto—, suplicó.

—Ni siquiera tú crees eso. Además, quiero caminar por el pueblo —.

—No hay nada que ver. Todo está cerrado—.

Deje escapar un suspiro triste. —Lo sé. El Arecibo de mi juventud ya no existe. Aun así, quiero ver el esqueleto. Es tan bonito, todavía—.

—Bien, —dijo, finalmente cediendo. —Me reuniré contigo en Los Cidrines—.

—Suena bien para mí—.

Caminé por la Avenida José de Diego. Los tacones de madera de mis zapatos sonaron fuertes cuando golpearon las calles adoquinadas. Me quedé mirando los escaparates abandonados que abrazaban a ambos lados de la avenida peatonal. Recordé los negocios que solían estar allí: Woolworth, Mocega, Baker Shoes, Butler Shoes y una heladería. Algunos nuevos negocios habían tomado posesión de los locales, principalmente restaurantes.

El Arecibo que estaba viendo y el Arecibo de mi juventud eran muy diferentes. La gente solía vivir en apartamentos sobre los escaparates. Las niñas y los niños y las mujeres y los hombres jóvenes corrían de tienda en tienda vestido en sus uniformes escolares. Los autos públicos, la respuesta de Puerto Rico al transporte público masivo, estacionaban alrededor de la plaza, recogiendo y dejando a los compradores y encargados desde sus vecindarios al pueblo y viceversa. Personas de todas edades se congregaron en las esquinas para conversar. Las campanas de la iglesia de la catedral alertaron a la gente de la hora. Ahora no tanto.

Los centros comerciales cambiaron las cosas para los pueblos puertorriqueños, al igual que la economía tambaleante. Estaba seguro de que, si Puerto Rico no hubiera sido un territorio de los estados unidos, y si la gente de Puerto Rico no tuviera la ciudadanía estadounidense, tal vez la mayoría se hubieran quedado.

Los pensamientos de fantasmas y tiempos pasados desaparecieron tan pronto como capté el aroma del pan recién horneado. Entré a la panadería y rápidamente vi a Doña Elena. Ella estaba sentada en la parte de atrás del restaurant, saludándome mientras caminaba hacia ella.

Al acercarme, Doña Elena se puso de pie y me saludó con un beso al aire mejilla con mejilla.

—Estoy tan contenta de que me pudieras asistir—, dijo.

Sonreí. —Por supuesto. Estaba muy intrigada por nuestra conversación de ayer. No puedo esperar a escuchar más, pero primero, ¿te importaría si voy al mostrador a comprar una dona y café?—

Me moví para ponerme de pie, pero una mano me detuvo. —No hay necesidad. Ya te compré un café y un pastelillito—.

Puse una sonrisa en mi rostro mientras aceptaba la taza de café tibia. Escondí mi ceño fruncido mientras tomaba el pastel relleno de pasta de guayaba que no me gustaba.

—Qué considerado de tu parte. Gracias—.

Ella asintió con la cabeza en señal de aceptación. Después de un trago o dos de un café no tan malo, saqué una libreta y un bolígrafo.

—Ahora. Cuéntame todo: lo que crees que es relevante y lo que piensas que es irrelevante. Quiero escucharlo todo—.

Doña Elena sonrió - estaba radiante y se veía muy bonita. Pude ver por qué había conseguido dos (o tres) maridos.

—¡Mira lo bien preparada que estás! Sabía que tenía razón al contratarte—.

—Bueno, todavía no me ha contratado, ya que no conoce mis tarifas. Aun así, me gustaría escucharla y ver si hay algo que pueda hacer por usted. Una vez que hago eso, puedo determinar un alcance de trabajo preliminar y luego puedo llegar a un precio por mis servicios—.

Ella asintió. —Si. Bueno. Como te dije, hice la prueba de ADN. ¿Has hecho uno?—

Escondí mi irritación. —No lo he hecho. ¿Son difíciles las pruebas? —

—No. De ningún modo. Te pagaré una prueba de ADN para que puedas ver de qué se trata—.

Pensé en eso por un momento. —Es una buena idea, Doña Elena—.

Ella sonrió. —Bueno. Aquí está la historia ... —

Dos tazas de café, una dona glaseada más una cubierta de azúcar, una hora y una madre impaciente más tarde, se me ocurrió un precio.

—Yo no negocio mis precios, Doña Elena. No doy descuentos. El trabajo que hago puede ser peligroso. Ni siquiera estoy segura de que sea completamente legal. Lo que sé es que puedo conseguirle las respuestas que desea. No te estafaré y no te cobraré de más—.

—¿Cuál es tu precio?—

—Necesitaré un depósito de buena fe de quinientos dólares. Dependiendo de cuánto tiempo me tomo en obtener resultados, el resto estará entre setecientos cincuenta a mil dólares—.

Escuché a mi mamá toser desde la mesa detrás de mí, presumiblemente por mis tarifas altas. La ignoré. Doña Elena palideció un poco.

—Me imagino que me llevará alrededor de seis semanas para obtener los resultados que desea. Por mi tarifa, puede llamarme semanalmente para recibir actualizaciones. Puedo llamarte. Si no puedo obtener los resultados que desea, no le cobraré nada más allá del depósito, para lo cual no hay reembolso—.

Doña Elena me miró en silencio.

—Interpreto tu silencio como vacilación. Eso está bien; es razonable, —agregué mientras me sentaba hacia adelante en mi asiento. —Mis servicios no son baratos. Además, está pagando por respuestas que quizás no le guste. Yo recomendaría esto: tómese un tiempo para pensarlo. Puedes llamarme a mi celular una vez que hayas tomado una decisión. O no me llames. Lo interpretaré como que no quieres continuar—.

Doña Elena asintió. —Me has dado mucho en qué pensar. Te llamaré esta noche para comunicarte mi decisión—.

—Bueno. En caso de que quieras hacer esto, solo acepto efectivo—.

La cara de Doña Elena se arrugó un poco. —Entiendo—.

Le di mi número de teléfono de detective y luego le di las gracias por el café, los pasteles y su compañía. Me levanté y me uní a mi mamá.

—Está bien, mamá. Próxima parada: Hatillo—.

—¿Por qué?— preguntó dramáticamente.

—Sabes por qué; para ir a la tienda de frituras. Quiero llevar frituras a Chicago—.

Mamá, mimada, me siguió hasta la panadería y volvió a subir por la Avenida José de Diego, donde hablamos de lo que era Arecibo.

Unas horas más tarde me encontré de nuevo en el dormitorio de mi infancia. Mirando el cielo oscurecido tras mi ventana, recordé que mi tiempo en Puerto Rico estaba llegando a su fin. Las próximas horas pasarían como minutos. Cenaría con mis padres, así como con mi hermano y su familia. Discutíamos nuestros días y lo que vendría. Y luego vendrían las preguntas inevitables.

—Entonces, ¿cuándo volverás pa' ca?— preguntó Rafy durante la cena.

Me encogí de hombros. —No sé la respuesta a eso—.

—Pero tienes más dinero entrando ahora, ¿verdad?— Preguntó antes de tomar otra chuleta de cerdo frita de un plato grande que

estaba en el centro de la mesa. —Con tu trabajo secundario, quiero decir—.

Le di un ojo maloliente como advertencia. Si bien él sabía que me habían retenido a punta de pistola, mis padres no lo sabían. Tenía la intención de mantenerlo así.

Dejé escapar un suspiro. —Bueno… necesito un trabajo confirmado, lo que significa dinero. Necesito ahorrar más dinero, y no solo para viajar. Además, he gastado dinero aquí—.

—¿En qué? No has estado pagando por alojamiento, gasolina, ni comida, —respondió a la misma vez que señalo la mesa.

—¡Trabajo dental, idiota!—

—¡Oye! No hables groserías en mi mesa—, dijo mamá.

—Estoy tratando de ser amable, mami, pero no puedo tener mucha paciencia cuando Rafy se porta como un idiota—.

—¿'Idiot' significa idiota, papá?— preguntó José a mi idiota hermano.

Rafy dejó escapar un suspiro lento. —Sí, José. Esa palabra en inglés significa "idiota—, pero no usamos esa palabra—.

—Titi Marta te llamó idiota,— dijo Julián.

Inmediatamente me avergoncé. —¿Julián y José? No debería haber llamado así a tu papá. Lamento que me hayan oído decirle eso—.

—No suena como una disculpa—, dijo Rafy.

Solté mi tenedor y me froté las sienes, tratando de detener el dolor de cabeza que venía hacia mí.

—Marta: ya no estás acostumbrada a las grandes cenas, ¿verdad?— preguntó mi típicamente reservado padre.

Gruñí. —Bueno, papá. Tienes razón porque que vivo sola. Por lo general, ceno sola. Y es solitario. Pero la verdad es que lo estoy pasando mal con nuestra dinámica familiar. Ahora soy mayor y es más difícil ocultar las cosas que no me gustan—.

Todos dejaron de comer y se quedaron mirándome.

—¿Qué quieres decir?— preguntó mi mamá.

Dejé escapar un suspiro. —Rafy es abrasivo y dominante, mamá. Lo pasas por alto porque es un comportamiento recompensado aquí. Papá también lo pasa por alto. Me compadeces porque crees que vivo una vida pequeña. Y así lo es—, dije mientras mi voz se cortaba. —Sigo saliendo de la prisión en la que me metí. Me gusta el rumbo de mi vida. Estoy tratando de ser más amable y estar en paz. Pero aquí, en esta mesa de nuevo, siento que tengo que volver a ponerme la armadura y no quiero hacer eso. Solo quiero tener una buena comida con todos ustedes, porque no sé cuándo regresaré aquí—.

No quise molestar a nadie, pero lo hice. Mamá tragó algo en su garganta. Wanda se secó los ojos y Rafy empujó su silla antes de salir del comedor.

—¡Mira lo que hiciste!— dijo mamá. —Hiciste enojar a tu hermano —.

Negué con la cabeza y me levanté. —¿Papá? Me llevaré tu carro—.

—Sabes dónde están las llaves—, dijo.

—¿A dónde vas?— Preguntó mami.

—No es de tu incumbencia—, ladré.

Agarré mi cartera del sofá y luego cogí las llaves de mi padre. Pasé a mi hermano, que estaba sentado en el patio.

—¿A dónde vas?— preguntó.

—¡Tampoco es de tu incumbencia!—

Entré en el lado del conductor del carro de mi papá y lo encendí. Segundos después, se abrió la puerta del lado del pasajero. Mi estúpido hermano se sentó y abrochó su cinturón de seguridad.

—¿Qué estás haciendo?— Pregunté enojada.

—Quizás quiero largarme de aquí también—, fue su respuesta.

Gruñendo, puse el carro en reversa y salí de la marquesina. Conduje cuesta abajo que dejaba el vecindario de mis padres y revelaba el océano. Fue tan hermoso durante ese momento de la noche.

—Este tiempo de la tarde es mágica—, le dije a Rafy.

Él asintió con la cabeza, pero no dijo nada. Quince minutos después nos detuvieron estacionados en una florería del pueblo de Arecibo. Entré y cortésmente pedí dos docenas de rosas rojas.

—Dame dos docenas adicionales, por favor—, pidió mi hermano.

Rafy pagó sus rosas y trató de pagar las mías también.

—No, pero gracias—, le dije.

Diez minutos después nos retuvo en el cementerio junto a la catedral. Sonreí tan pronto como vi la lápida de mi hijo.

—Hola, Papi—, dije mientras tocaba la foto de Héctor.

Lo había visitado tres veces durante la última semana y media. Saqué las flores viejas de sus macetas y coloqué las nuevas.

—Aquí. Déjame poner los viejos en las ollas del Tío José—, dijo Rafy.

Las rosas más viejas llegaron a las macetas que pertenecían al tío que habíamos perdido en la guerra de Vietnam. Había fallecido antes de que naciéramos, pero nunca nos olvidamos de parar y saludarlo.

Me senté junto a la lápida de mi hijo y miré su foto. Rafy se sentó a mi lado.

—Vengo aquí todas las semanas—, dijo.

—Lo sé—.

—Todos los viernes por la tarde—, dijo mientras se aclaraba la garganta. —Mami todavía viene dos veces por semana. Los padres de Aníbal vienen cada dos semanas más o menos—.

—Él no está olvidado—, dije con una media sonrisa.

—¿No habría sido más fácil si lo enterraran en Chicago?—

Negué con la cabeza. —No. Es como dije antes; no tiene antepasados enterrados en los Estados Unidos. Aquí, nuestra familia pueden velarlo—.

—Sabes, él ya no necesita que nadie lo cuide, ¿verdad?— Preguntó Rafy.

Dejé salir un suspiro. —Es una cosa de mamá. Siempre me preocuparé—.

Miré el hermoso rostro de mi hijo, que estaba bellamente grabado en su lápida. Héctor tenía mis ojos y mi nariz, pero la sonrisa de Aníbal y la línea del cabello.

—¿Cómo crees que estaría ahora, si hubiera vivido?—

—Probablemente todavía esté herido. Por fuera y por dentro. Tal vez todavía estaría casado. ¿Quizás con más niños más allá de Adán? Tal vez divorciado—, dije. — Antes de que él falleciera, el matrimonio de él y Waleska estaba pasando por momentos difíciles —.

—¿Crees que volvería a vivir contigo?—

Asentí. —Probablemente. Pero, quizás Héctor me hubiera sorprendido. Tal vez hubiera regresado a la universidad y obtenido el bachillerato en contabilidad. Tal vez hubiera encontrado una manera de manejar la depresión y al mismo tiempo, tener una vida hogareña satisfactoria—.

Mi hermano asintió. —Él estaría orgulloso de ti, sabes. Comenzando tu propio negocio. Divirtiéndote de nuevo—.

—Yo espero que sí—.

Rafy se quedó callado un rato. —No quiero presionarte tanto, ¿sabes? Soy un idiota. Por lo general, me salgo con la mía, pero tú eres la persona que me corriges. Estoy agradecido por eso, créalo o no. Wanda y Mami merecen algo mejor—.

Me encogí de hombros. —Bueno, eres un idiota, pero probablemente uno más amable que los otros idiotas—.

—Quizás. Solo espero que sepas que puedes volver—.

—Gracias—.

Con esa nota dulce pero sombría, regresamos a la casa de nuestros padres. Después de que mis padres se fueran a la cama, llamé a Chicago.

—Hola, Marta—, dijo una voz que me emocionó.

No pude evitar la sonrisa que partió mi rostro. —Hola. Te llamo porque necesito un pequeño favor. En realidad, no es pequeño, —dije mientras me sonrojaba y caminaba por el dormitorio de mi infancia. —Es algo grande. Algo así como—.

—Vamos a oírlo—.

—¿Hay alguna posibilidad de que puedas recogerme en el aeropuerto mañana por la tarde? Se suponía que mi amiga Melissa iba

a recogerme, pero tenía un viaje de emergencia a Brasil..."

—¿Qué línea aérea?— preguntó.

Su volumen era bajo y me pregunté si estaría con alguien más. Avergonzada, cambié de opinión.

—¿Sabes qué? No importa. No quiero interrumpirte así. Puedo conseguir un Uber—.

—¿Por qué te estás portando rara?—

—Porque estás susurrando por teléfono. Voy a colgar ahora—.

—Estoy en el reloj, Marta, y estoy esperando encontrarme con alguien relacionado con el trabajo. Puedo recogerte mañana—, insistió.

—¿Estás seguro?—

—Sí, —gimió. —¿Qué aerolínea y a qué hora?—

—American. Aterrizaré a las dos de la tarde. Estaré fuera del área de reclamo de equipaje. Pero si no puedes venir, puedo llamar ... —

—Voy a estar allí. Dije que lo haría—. Su tono fue un poco brusco.

—No importa. Puedo conseguir un Uber—.

Él gimió. —Quiero recogerte, ¿de acuerdo? Ha sido un día largo aquí, Marta. Unos largos días aquí. Noches también. Doy la bienvenida a la oportunidad de verte. Por favor, déjame recogerte—.

—Está bien, pero si cambias de opinión..."

—Voy a estar allí. Tengo que irme ahora—.

—Bueno. Buenas noches. Y gracias—, dije dócilmente.

—Gracias, Marta. Buen viaje. Te veré mañana—.

—Okay—.

Colgué el teléfono y solté un gemido. —¡No debería haberlo llamado!— Lloriqueé mientras me dejaba caer en mi cama.

La puerta de mi dormitorio se abrió. —¿A quién llamaste?— preguntó mi mamá.

—¿Qué estás haciendo despierta?— Pregunté mientras me sentaba.

—¿Con quién hablabas por teléfono?—

—¿Cómo es eso de tu incumbencia?—

—Eres mi hija y tengo derecho a saberlo—.

Negué con la cabeza. —Bueno, no te lo voy a decir, mamá. El hecho de que escuches a escondidas no te da derecho a mis confidencias—.

Ella puso los ojos en blanco y entró en la habitación. —Está bien. No me lo digas—.

—Bueno—.

Saqué mi maleta de mi armario y la puse sobre la cama. Abrí las gavetas de mi bureau y comencé a empacar.

—Sé que parece que Rafy es mi favorito, pero eso no es cierto—.

—Mientes—, dije con cansancio.

—No estoy mintiendo—.

—Sí, lo estás. Pero no me importa, mami, porque lo entiendo. Rafy es tu hijo y tu primogénito—.

Ella dejó escapar un suspiro. —¿Quieres saber algo?—

—¿Qué?—

—Me preocupo por ti y te compadezco, como dijiste antes—.

—¡Ya sabía eso!— Dije mientras arrojaba mis cosas en el estuche.

—Pero tengo miedo por ti, más de lo que tengo miedo por Rafy. Intenta comprender mi posición. Estás en un país muy lejano y tengo miedo—.

Me volví para mirarla. —¿En serio? ¿Estás tratando de educarme sobre cómo se siente tener miedo por un niño que está en el extranjero? ¿REALMENTE estás haciendo eso?— Pregunté en voz alta.

—Maldita sea—, maldijo mamá, sorprendiéndome. —A veces, no sé cómo decirte las cosas. Las palabras salen mal. Están organizados en mi cabeza, pero luego los digo y escucho cómo suenan—, dijo mientras se le quebraba la voz.

Mi ira se evaporó. —Lo sé, mamá. Sé que soy difícil—.

—Pero no lo eres. Eres fácil de entender y yo te entiendo. Sé que te irrita el machismo que existe aquí. Porque también eres americana, probablemente más americana que puertorriqueña. Sé que lo sabes, pero lo diré de todos modos. Las madres nunca dejan de preocuparse. Jamás. No puedo evitar preocuparme por Rafy como lo hago. No puedo evitarlo,— enunció. —Pero confía en mí; Solo quiero verte feliz y cuidada. Tenerte tan lejos donde no puedo cuidarte es tan difícil para mí—.

Tragué saliva por las lágrimas. —Entiendo, mamá. Está bien—.

—No veo Chicago como tú. Para ti, es una gran ciudad emocionante, llena de actividad y promesas. Para mí, es un lugar gris y triste con gente mala y malos inviernos. Y luego te imagino sola en tu apartamento, y lo odio. Porque quiero que seas feliz—.

La abracé. —Gracias mamá. Soy consciente de eso. Aprecio que me cuides—.

Dejó escapar un suspiro tembloroso y me devolvió el abrazo. La dejé ir y volví a hacer las maletas.

—¿Me prometes algo?—

—Depende. ¿Qué es?—

—¿Dejarás la investigación tan pronto como sea peligrosa?—

Llena de culpa por lo que le había ocultado, tragué audiblemente.

—Saldré cuando las cosas se pongan malas—, dije.

—Gracias—.

Miré el reloj y vi que era tarde. Mi mamá nunca se levantaba después de acostarse.

—¿Por qué estás despierta?—

Ella se encogió de hombros. —Me levanté para ir al baño y te

escuché hablar. Quería saber qué te ponía tan nerviosa. ¿Es un hombre?—

—Si, pero no estoy lista para hablar de él. Cuando lo esté, lo compartiré. ¿Bueno?—

—¿Promesa?—

—Si. Vete a dormir, mamá—.

—Bueno. Te quiero—.

—Yo también te quiero, mami—.

Me quedé mirando mi puerta mucho después de que cerró. Nuestra discusión cara a cara fue como muchas de nuestras discusiones telefónicas. Primero suave, luego enojado y finalmente amable y comprensivo. Fue agotador pero real. Estaba agradecido por ello.

Capítulo Cuatro

La mañana siguiente, Rafy vino a tomar un café, lo cual fue sorprendente. Me tomé el tiempo para inspeccionar su atuendo de trabajo.

Era detective, lo que significaba que no tenía que llevar uniforme. Aun así, sus pantalones, camisa y corbata indicaban que era un profesional. La placa y la pistola atadas a su cinturón demostraban que era el tipo de profesional que no querías cruzar.

—¿Qué estás haciendo aquí?— Le pregunté.

Se inclinó para aceptar un beso de mi parte en la mejilla.

—Solo vine a tomar un café y charlar antes de que salgas esta mañana—.

—Eso es esta mañana, ¿no?— Bromeé.

—Puedes cambiar de opinión—.

—No puedo—.

Mamá le llevó a Rafy una taza de café y una dona danés antes de sentarse a la mesa con nosotros. Papá también estaba sentado, pero estaba leyendo un artículo de periódico y con mucha atención.

—Entonces. ¿Doña Elena te va a contratar?— Preguntó Rafy antes de morder su rosquilla.

—Todavía no he tenido noticias de Doña Elena, así que estoy pensando que no, lo cual es una pena. Tenía curiosidad por ver cómo iría la búsqueda de ADN y los miembros de la familia de ella. Además, estaba el dinero—.

—La mejor parte—, dijo mi hermano.

Mamá le hizo a Rafy una pregunta sobre Wanda; desvié mi atención hacia mi padre. Frunció el ceño mientras miraba el papel.

—Has estado leyendo lo mismo durante unos diez minutos—, le dije.

Sus ojos, afilados como un láser, pasaron del papel a mí.

—Sí, —dijo mientras agitaba el papel. —Algo no está bien aquí—.

—¿Qué?— Pregunté, repentinamente curiosa.

—Un reportero del periódico sigue informando sobre los pasatiempos de una nueva viuda. Habla de todo lo que compra con el pago del seguro que recibió—.

—¿Es una sección de chismes del periódico? ¿Una sección social? ¿Editorial?— le pregunte.

—No. No exactamente. Pero eso no es la razón por lo cual esto es importante—.

—¿Qué crees que está pasando?—

—¿Por qué los viajes de compras de una viuda son de interés periodístico? Esa es la pregunta—.

Mi padre parecía que ya sabía la respuesta a la pregunta.

—Bueno. Morderé. ¿Por qué los hábitos de gasto de esta mujer son de interés al periodista?—

—Porque el editor del periódico ordenó al reportero que dejara de husmear la muerte del marido de la viuda. El marido falleció en un accidente de buceo—.

Me quedé mirando a mi papá por un momento. Incluso Rafy dejó de hablar con nuestra madre.

—¿Es la viuda de Barceloneta?— preguntó mi hermano.

Barceloneta era una ciudad más pequeña al este de Arecibo. Tenía una economía sana gracias a las empresas farmacéuticas americanos que se habían instalado allí.

—Sí—, respondió papá.

Rafy se reclinó en su asiento. —Sé de quién estás hablando. Estoy bastante seguro de que la viuda hizo matar a su marido. El hombre dejó tres hijos de un matrimonio anterior. Pero la gente no habla. La policía no tiene nada con qué trabajar, solo sospechas—.

Me quedé mirando a mi papá. Parecía un maestro de escuela esperando a que alguien le diera la respuesta correcta a un problema.

—¿Por qué está tan interesado el periodista?— Yo pregunté.

—Quizás quiere justicia—, dijo Rafy.

La mirada en los ojos de mi papá indicaba que estaba buscando más.

—Pero ese reportero tendrá que tener cuidado. Si la viuda contrato a matones para que se ocupen de su marido, puede que contrate a matones para que se ocupen del reportero—. Dijo Rafy.

—Probablemente se saldrá con la suya en este mundo—, dijo mamá. —Sin embargo, tendrá que responder por sus pecados en el próximo—.

Mamá tenía razón, pero tenía curiosidad por saber qué papi quería que descubriéramos.

—¿Cuál es el nombre del reportero?—

—Wenceslao Santiago Vizcarrondo—, dijo papi mientras sonreía.

—Ese no es un apellido común, el materno—, dije.

Puerto Rico mantuvo la convención española de apellidos; un niño llevaba su nombre de pila junto con el apellido del padre seguido del apellido de la madre.

—No es un apellido común—, dijo papá.

—¿Puedo ver el papel?— Le pregunté.

Papi me lo entregó. Bebió café mientras me observaba leer el artículo. Lo leí una vez y lo leí de nuevo. Usando mi teléfono celular, hice una búsqueda rápida en la web. Sonreí cuando descubrí lo que mi padre quería que encontrara. Victoriosa, le mostré la pantalla de mi teléfono celular.

Después de ver mis resultados, rió y luego aplaudió. Rafy y mamá

de repente sintieron curiosidad por lo que decía mi teléfono.

—Wenceslao Santiago Vizcarrondo, el reportero, es el primo segundo de los primos de Santiago, los niños cuyo padre murió en el accidente de buceo—, dije con orgullo.

Rafy tomó mi teléfono y leyó el obituario de José Santiago González, la víctima que había dejado a tres hijos afligidos y una viuda recién adinerada.

—¿Cuál es la lección aquí?— Le pregunté a mi padre.

—Hay dos lecciones, —dijo mientras dejaba su taza. —Primero: siempre cuestiona a una persona que parece tener demasiada curiosidad sobre eventos que no están relacionados con ellos. Segundo: la familia nunca olvida—.

Impresionada, miré a mi brillante padre. Antes de retirarse, había sido investigador de seguros a tiempo completo. Antes de eso, había sido vendedor de seguros. En mi juventud, aprendí muchas lecciones de él mientras lo acompañaba durante sus investigaciones de reclamos de seguros. No había terminado de enseñarme.

Dejé escapar un suspiro. —Poco se oculta de ti, papi—.

Me sonrió y me dio unas palmaditas en la mano. —No. Y nada se oculta de ti—, afirmó.

Sonreí, sintiéndome feliz de poder hacer sentir orgulloso a mi papá.

—Excelente. Ignora a tu hijo, el detective" —gimió Rafy.

—Eres genial en lo que haces, hijo,— dijo papá. —Eres mejor que la mayoría para distinguir mentiras habladas. Eres excelente en el cultivo de informantes. Eso es mucho más valioso que investigar artículos de periódicos—.

—Gracias, Papi—, dijo Rafy.

Un cuarto de hora después me sostuvo colocando mi maleta en el baúl del sedán de mi papá. Me tomé el tiempo para mirar a mis padres. Parecían más viejos que la última vez que los vi. Me estaba perdiendo mucho por estar tan lejos.

—Veintisiete grados y lloviendo—, dijo Rafy mientras miraba su teléfono celular.

—¿Te refieres a grados Celsius? Porque hoy hace bastante calor aquí—.

Rafy se rió a carcajadas. —¿Celsius? ¡Estoy hablando de la temperatura en Chicago! Jodidamente fría, Marta—.

Gruñí. Rafy jugueteó con su teléfono y luego se rió de nuevo. —Eh. ¿Sabes qué? Aquí estamos a 80 grados Fahrenheit, que en Celsius son 27 grados. No sé si eso es irónico o lamentable. Probablemente irónico para mí, pero desafortunado para ti—.

No dejaría que me engañara, no tan pronto antes de irme. —¿Crees que alguna vez querrías algo más que el Departamento de Policía de

Arecibo?—

Rafy cerró su teléfono y me miró. —A veces, —susurró. —Pero tengo algo bueno aquí. No doy eso por sentado—.

—No está mal querer más—.

—Tengo mucho, —dijo mientras se encogía de hombros. —Una esposa caliente, mis padres, mis gemelos y la admiración y el temor de mis compañeros policías. Y estoy viviendo en el paraíso. Es suficiente —.

—Entonces me alegro—, dije.

Después de despedirme de él y enviarle mi amor a Wanda y a los chicos, me subí al asiento trasero del carro de mi papá. Dejé escapar un suspiro mientras nos alejábamos de la casa de mi infancia. Pensando rápidamente, le envié un mensaje de texto a Rafy. Él respondió. *—Sí, todavía es difícil salir de la casa de papá y mamá, y vivo al final de la calle—.*

No sabría identificar si su respuesta me hizo daño o me ayudó. Aun así, mantuve nuestros sentimientos compartidos como un consuelo mientras mis padres me llevaban más lejos de Arecibo y más cerca del aeropuerto. La despedida fue triste; Mamá lloró, pero papá estaba estoico. Lloré, pero no sollocé. Los abrase mucho.

—¿Vigila a Héctor por mí?— Yo pregunté.

Mamá sonrió. —Por supuesto. Visito cada dos días. Tu hermano también está allí—.

—Intentaré volver pronto—.

—Pagaré por tu pasaje la próxima vez—, dijo papá.

Abracé a mi padre de nuevo. Apreté sus manos antes de dirigirme hacia mi puerta. No pude encontrar sentimientos de emoción mientras me sentaba en un asiento fuera de mi avión. Tampoco pude encontrar emoción a bordo del vuelo.

Miré las fotos contenidas en mi cámara digital. Tenía imágenes de playa, de fiesta, de picnic y de pizza, pollo asado, cerdo asado y frituras.

Mi ADN estaba en la isla, pero mi vida no estaba allí, me dije.

—Es difícil irse—, dijo la mujer sentada a mi lado.

Me volví para mirar a la mujer sentada en el asiento del medio de mi fila. Era una mujer mayor de ascendencia hispana. Estaba vestida muy bien.

—¿Estuviste allí de vacaciones?—

Tragó unas cuantas veces. —Estaba allí para esparcir las cenizas de mi padre. Siguió diciendo que regresaría allí antes de fallecer. Él nunca lo hizo—.

Sentí lágrimas llenar mis ojos. —Ave María. Lo siento mucho—.

Ella suspiró. —Sí yo también. Pero papá tuvo una buena vida en Estados Unidos. No puedes saberlo mirándome, pero mi madre es

americana. Mis padres fueron muy felices—, dijo mientras sonreía.

—¿Tu madre todavía está en los estados unidos?—

Ella sonrió y asintió. —Sí, pero ella está en un asilo de ancianos: tiene Alzheimer's. Sigue llamando a mi papá, pero sonríe y se ríe todo el tiempo. Gracias a Dios por eso. Mi hermano menor está allí ahora, haciéndola compañía. Entre la familia de él y la mía, le dimos a nuestros padres siete nietos. Estaban orgullosos—.

—Eso es bueno escuchar—.

—¿Estás dejando a alguien en la isla?—

Pensé en hablarle de mi hijo, pero me contuve. —Mis padres. Mi hermano y mis sobrinos. Pero, volveré a Chicago y a la vida que construí allí. No es lo más fácil de hacer a principios del mes de diciembre—.

Ella se rió a carcajadas. —Lo se! Yo vivo en Milwaukee. Hace frío como el infierno, pero es mi hogar." Se tomó el tiempo de mirar por la ventana. —Esta isla es un sueño: un paraíso. Puedo venir aquí de vez en cuando. Puedo pasar buenos momentos y recordar los viejos. Mi papá está en casa ahora. Puedo visitarlo aquí—.

Suspiré. —Que triste. Si alguien en el avión comienza a cantar *'En Mi Viejo San Juan*,' me voy a tirar al asfalto caliente—.

Mi vecina rió. —Eso es deprimente y divertido." Ella dejó escapar un suspiro. —Es agradable hablar contigo, pero estoy demasiado triste para hablar. Si no le importa, voy a escuchar música y leer un libro—.

—Fue agradable hablar contigo también. Disfruta tu música—.

Ella me dio una media sonrisa antes de ponerse los auriculares. Cerré los ojos y me obligué a pensar en otras cosas además de mis padres ancianos, mi hermano sonriente, mis sobrinos en crecimiento y mi hijo enterrado fuera de la catedral donde se habían casado mis padres.

Tres horas y media después me encontró poniéndome un abrigo grueso y sacando mi equipaje del compartimento arriba de me asiento. Respiré profundamente cuando salí del avión.

Mi teléfono sonó tan pronto como lo encendí. Me reí cuando vi quién me estaba llamando.

—¿Cómo te fue el vuelo?— preguntó Melissa.

—Fue...un vuelo. Dejando el cálido Caribe y volviendo al frío de Chicago—.

—¡Tienes razón! ¡Brasil es hermoso! Nuestra habitación, quiero decir, ¡nuestras habitaciones tienen vistas al océano!—

Noté el desliz de Melissa, pero no deje saber que la entendí.

—Por favor, dime que estás bebiendo bebidas coloridas, afrutadas y llenas de alcohol, —le rogué.

Ella se rió a carcajadas, sonando aliviada. —¡Caipiriña!— Ella exclamó. —No es colorido, ¡pero es tan bueno! ¡Y el clima! Dios mío.

¡Pero volveremos a Chicago en dos días!—

—¿Necesitas que te recoja en el aeropuerto?— Le pregunté.

—No lo creo, pero te lo haré saber mañana. Es posible que Niels quiera alquilar un carro—.

—Pero no puedes olvidar a tus amigas—, insistí. —Piénsalo—.

Ella rió. —Tengo que irme ahora, pero estoy muy feliz de saber que llegaste bien—.

—¡Gracias! ¡Disfruta tus últimos días allí!—

—¡Lo haré! ¡Adiós!—

Sonreí y desconecté. Segundos después, mi teléfono volvió a sonar.

—¡Marta!— Jane Knight dijo emocionada.

Me reí. —Esta es ella—.

—Estoy tan contenta de que hayas vuelto. Mira, te voy a necesitar aquí mañana por la mañana TEMPRANO. Tim y yo tuvimos una cena anoche, y el lugar es un desastre—.

—Tremendo—, dije con un suspiro.

—Oye. Nada de eso. Por eso te pago tanto dinero—.

—Estaré allí mañana por la mañana—.

—¿Como fueron tus vacaciones?—

—Agradable. Caliente. Engordante—.

—Como deberían ser todas las buenas vacaciones. Tengo que irme. Te veré mañana por la mañana—.

—Estaré allí—.

Llegué al reclamo de equipaje. Extrañaba a mi mamá y a mi papá, y casi extrañaba a mi hermano. No estaba ansiosa para regresar a mi apartamento silencioso y vacío, pero no podía esperar a volver a mi cama cómoda. Estaba ansiosa por ver a Melissa, Jane e incluso a Doña Justa, la dueña de mi apartamento.

Doña Justa me haría muchas preguntas sobre mis vacaciones. Le respondería y le entregaría la comida puertorriqueña que me había pedido.

Una vez que recuperé mi maleta, me dirigí a la acera fuera del área de reclamo de equipaje, donde esperaría mi viaje. Me alegré de haberme tomado el tiempo de volver a aplicarme el maquillaje y peinarme. Casi deseé tomarme una cerveza porque necesitaba algo para calmar mis nervios.

Todavía no podía creer que le había pedido pon al detective que ocupaba mis pensamientos. ¿Por qué lo había llamado? ¿Qué había hecho? Afuera y en el frío, tuve tiempo para pensar en mis elecciones estúpidas de vida, principalmente la razón porque había llamado al detective. Más aún, porque aún no estaba allí.

¿Qué diablos había estado pensando? ¿Por qué le pedí que me recogiera en el aeropuerto? Las recogidas en el aeropuerto son ocasiones vulnerables. Uno va de un lugar lejos de casa y regresa con

sus pertenencias mientras espera que un rostro cariñoso te lleve de regreso a lo que era familiar.

¿Pero que hice? Le pedí a un lindo policía que me recogiera. Podría haberme pateado. ¿Por qué no le invité a tomar un café? ¿O encontrarme con él para tomar una cerveza en algún lugar? ¿Por qué le presioné en pedirle que me recogiera en el aeropuerto?

Una brisa fría me hizo poner mi bolso en mi maleta mientras me subía el cuello de la chaqueta. La ráfaga gélida pasó, pero me dejó con una sensación de malestar. ¿Había sido un presagio?

Con las manos frías, saqué mi celular de mi bolsillo y lo miré. Había estado esperando afuera por diez minutos.

¿Por qué llegaría tarde un oficial de la policía? ¿Quién se interpondría en el camino de un policía en un vehículo marcado? ¿Le había pasado algo?

Alarmada, llamé a su teléfono celular. Fue directamente al correo de voz.

—Esta es Marta. Estoy en el aeropuerto. Aún no estás aquí. Espero que estés bien y que no estés herido o en el hospital. Si estás bien y no vienes, bueno, desearía que me hubieras enviado un mensaje de texto o algo—. Dejé escapar un suspiro y miré hacia la calle una vez más. —Creo que voy a llegar a casa por mi cuenta. Tengo cosas que necesitan refrigerarse lo antes posible. Adiós—.

Colgué y puse el teléfono en mi bolsillo. Con tristeza, me dirigí a la línea de taxis. El conductor me sonrió cuando me acerqué a él, y reflejé el gesto, ya que podría ser el único bienvenido que recibiría.

Capítulo Cinco

Nadie quiere volver a una casa que huele estancada. Por eso ofrecí a mis clientes la opción de que yo fuera a sus casas mientras estaban de vacaciones. Regaría sus plantas, abriría una ventana un poco y me ocuparía de su correo. Los servicios de cuidado para mascotas eran un complemento del que también se aprovecharon.

No tenía una mascota, ya que no quería el mantenimiento que venía con ellos. O quizás era el compromiso que temía. Quizás fue el miedo a tener que estar ahí para algo o alguien. Estaba acostumbrada a estar sola. Aunque siempre estaba dispuesta a echar una mano, tenía miedo de pedirla.

Doña Justa, la dueña, no estaba en casa. Llevaría los pasteles a su apartamento de nivel medio más tarde esa noche. Después de subir las escaleras hasta mi apartamento del segundo nivel, dejé mi equipaje de mano y mi cartera en la sala. Llevé mi maleta a la cocina. Con un gruñido, lo arrojé sobre la mesa de mi cocina. Saqué los alimentos frizados y los puse en el congelador. Puse la cerveza en la nevera.

Noté algo en el congelador de que me había olvidado. Saqué la tarta de queso estilo Nueva York y me serví una rebanada.

Gemí de placer mientras masticaba la divina comida. El crujido de la corteza de galletas Graham junto con la textura dulce, fresca y suave del pastel hizo que mis sentimientos de rechazo y soledad se detuvieran. Tuve otro bocado.

Pude apreciar cómo la gente pudiera estar sobrepeso. La comida era un vehículo perfecto para la tierra de la distracción. Mientras disfrutaba del viaje y el destino, tuve la moderación para frenar.

Mi teléfono sonó en el bolsillo de mi abrigo.

—¿Cómo llegaste?— preguntó Melissa.

Me reí. —Viva y fría, pero aquí—.

—¿Conseguiste pon?—

—Del más galán de los taxistas—.

—Bueno. Me alegra oírlo. Tengo que irme ahora, pero te veré pronto—.

—¡Eso es genial! ¿Te bronceaste?—

—¡Sabes que lo hice!— dijo mientras se reía.

Curiosa, hice una pregunta atrevida. —¿Conociste a un hombre guapo brasileño?—

Ella se quedó callada por un momento, lo cual fue revelador. Rápidamente, le di una salida. —Se me hace tan difícil entender portugués. Puedo distinguir italiano y algo de francés. ¿Pero portugués? ¡Demasiado difícil!—

—¡Si!— repitió. —Es tan difícil hablar, pero tan fácil de admirar,— dijo riendo. —No, no conocí a ningún hombre brasileño lindo. Estaba

ocupada trabajando—.

—He oído que los hombres argentinos son hermosos—, agregué.

—¡Lo son! ¡Los modelos masculinos más hermosos son de Argentina!—

Iba a decir algo más, pero se calló. —Mira. Tengo que irme ahora, ¡pero estoy deseando ponerme al día contigo!—

—Si. Estaré en la firma mañana para ventilarlo—.

—¡Gracias!—

—¡Que tengas una gran última noche allí!—

—Lo haré—.

Con eso, Melissa desconectó. Casi de inmediato, mi teléfono volvió a sonar. Miré el número, pero no lo reconocí, salvo el código de área de Puerto Rico.

—¿Hola?—

—¡Hola Marta! Te habla Elena Matos—.

—Hola, Doña Matos. ¿Qué puedo hacer por ti?—

—¡No sabía que te ibas hoy! Pensé que era mañana—.

Puse los ojos en blanco, ya que sabía que había sido claro con mi fecha de salida. —Me disculpo por la confusión—.

—Por supuesto. Mira; Quiero contratarte—.

Me recliné en mi asiento. —No creo que sea posible, Doña Elena. No es que no quiera el trabajo. Es que solo acepto pago en efectivo—.

—¿Harás una excepción?—

Negué con la cabeza. —No. Mis condiciones son estrictas."

Ella dejó escapar un suspiro. —Haré un viaje especial a Chicago para darte el dinero—.

Eso me sorprendió. —¿Estás segura de que vale la pena?

—Si—, afirmó.

Me encogí de hombros. —Bien. Bueno. Eso funciona."

—Te llamaré cuando llegue—.

—Bueno. Esperaré tu llamada—.

Desconectó sin decir adiós. Me quedé mirando el teléfono mientras preguntas inundaban mi cerebro. Dejé mi rebanada de tarta de queso a medio comer en la mesa de la cocina y me dirigí al comedor. Una vez allí, agarré mi libreta amarilla y un bolígrafo. Empecé a escribir preguntas.

• *¿Por qué Elena desea encontrar a esta persona?*

• *¿Por qué gastaría cuatrocientos dólares en un boleto para pagarme un depósito de quinientos dólares?*

• *Incluso si tiene tanto dinero en efectivo, ¿por qué tomarse la molestia de contratarme? ¿Por qué no contrata a otra persona?*

En una sección separada, escribí lo que sabía.

• *Doña Elena Matos Boria quiere encontrar a la nieta de su tía abuela, su prima segunda. Ella cree que es esta chica.*

• Doña Elena tiene mucho dinero y está aburrida; así es como puede gastar dinero en un boleto a Chicago. Quizás ella depende de mis contactos para encontrar a esta persona.

• Quizás hay más que no me está contando.

Consideré un poco mi última oración. Doña Elena no me contó todo. ¿Pero eso importaba? No me debía su confianza. Me debía dinero por el trabajo que realizaría para ella.

Sonó mi otro teléfono, mi línea privada. Tenía la sospecha de quién podría estar llamando.

—Hola Marta—, dijo el detective Connelly.

Dejé escapar un suspiro. —Hola Kevin. ¿Cómo estás?—

—Mira ... quiero disculparme por no recogerte en el aeropuerto—.

—¿Te pasó algo? ¿Estás bien?—

Él gimió. —No. Estoy bien—.

—¿Por qué no pudiste recogerme?—

—Surgió algo. ¿No te lo dijo el taxista? Te contraté un taxi. Se suponía que debía darte el mensaje—.

La ira me llenó. —¿Pediste un taxi para mí?—

—¿No lo tomaste? ¿Cómo llegaste a casa?—

—Eso no es asunto suyo, detective Connelly. Llegué a casa, como la mujer adulta que soy—.

Él gimió. —Lamento no haber estado allí—.

—No es su problema, detective—.

—Por favor, llámame Kevin—.

—No lo haré—, espeté. Obligándome a mantener la calma, hablé de nuevo. —No se preocupe, detective Connelly—.

—Me gustaría explicarme—.

—No hay ninguna razón para hacerlo—.

—¡Deja de ser tan fría!—

—¡Okay!— Yo despotricaba. —¡Podrías haberme enviado un mensaje de texto! ¡Podrías haberme llamado! Pero no lo hiciste. Creo que no viniste porque cambiaste de opinión en el último minuto, lo cual es tu decisión—. Dije. Necesitaba mantener la calma. No quería darle al detective más de mí de lo que merecía.

—¿Puedo ir a tu apartamento?—

—Diablos no. No hay razón para que vengas. Y tengo que irme ahora—.

—Marta, lo siento—.

Me encogí de hombros. —Está bien. Adiós—.

Colgué, pero el teléfono volvió a sonar. Era Kevin, así que rechacé la llamada.

Al no recogerme, esquivé una bala. Porque él no quería recogerme. ¿Y quién quería ser rechazado? Yo no. Entonces, estaba hecho. Lo intenté. No funcionó. Una relación con Kevin no estaba destinada.

Estaba bien.

Repetí esas frases durante el resto de la noche.

Capítulo Seis

Jane Knight - la abogada - se estaba comportando de manera extraña.

—¡Siento mucho que las cosas estén tan desordenadas!— dijo mientras me saludaba en la puerta.

Miré el comedor de su cocina. Aunque había algunas tazas y platos sueltos, no se veía tan mal.

—Está bien, —dije. —¿Cómo estás?—

Ella sonrió. —Bien. Estoy bien—, agregó.

La miré y ella me devolvió la mirada.

—¡Ave María! ¡No tengo maquillaje puesta! ¿Cómo pude haber olvidado pintarme la cara?—

Podía sentir mi cabeza inclinarse un poco. Jane tenía razón; no tenía maquillaje puesto, lo cual era extraño. Típicamente, Jane estaba preparada temprano en la mañana, todas las mañanas.

En ese momento, Tim, su esposo y abogado, entró en la cocina, vestido solo con una bata y una sonrisa.

—¡Hola Marta! ¿Cómo estuvo Puerto Rico?—

Forcé una sonrisa. —Fue bueno - buena comida, momentos divertidos y en familia. Pero mi vida está aquí. En el frío y la nieve—.

Jane se rió. —¡Entiendo! Sin embargo, estamos felices de tenerte de vuelta—.

Tim se acercó a Jane y le frotó la espalda. Ella lo miró y compartieron una sonrisa.

—Bueno, te dejamos con eso, —dijo Jane. —Si necesitas algo, sabes dónde encontrarme—.

—Por supuesto—.

Me quedé mirando el pasillo incluso después de que desaparecieron en él. Algo extraño estaba pasando. Antes de irme de vacaciones, el matrimonio de Tim y Jane había sido muy difícil. Algo cambió, ya que parecían tan cerca, lo cual fue bueno, por supuesto. Pero raro.

—Lo que sea—, murmuré antes de continuar con mi limpieza. Tres horas más tarde me retuvo en la casa de empeño de Jamie. El saludo de Jamie fue cálido.

—Ahora, ¿por qué volverías a un invierno en Chicago?— Jamie me preguntó.

Me reí. —Bueno...la comida y el clima no fueron la atracción—.

—Si—.

No sabía cuánto compartir con Jamie, ya que recientemente se había hecho amigo de mí. Decidí hacerme más vulnerable.

—La diversión y la familia están ahí, pero el trabajo y mi futuro están aquí—.

Jamie asintió y no dijo nada durante unos segundos. —Suena como mis padres. Salieron de Atenas, Grecia en los años cincuenta. Al principio, lo odiaban. Lo odiaron aún más cuando me reclutaron y fui a Vietnam—.

No sabía eso de Jamie. Dejé de barrer y lo miré.

—¿Como fue eso?— Le pregunté.

—Regresé vivo. Mi primo no pudo hacer lo mismo—.

Asentí. —Mi hijo no regresó de Irak—.

Los ojos de Jamie se agrandaron. Luego respiró hondo y asintió. —Lo siento, Marta. No lo sabía—.

Dejé escapar un suspiro. —Está bien. No estoy buscando simpatía. Solo digo que lo entiendo. Además, me gusta hablar de Héctor. Era una persona viva que respiraba. No era un hombre perfecto. Cuando hablo de él, vuelve a estar vivo—.

—Héctor es un gran nombre—.

—Gracias—, dije mientras sonreía.

—Mi primo Alexander le gustaba robar cosas. También le encantó ver películas pornográficas—.

Me reí a carcajadas y Jamie también.

—Es agradable visitar a aquellos que ya no están con nosotros—, dije.

—Amén—, dijo.

—Bueno, déjame volver a estos pisos—.

Jamie asintió. —Seguro. Puedes limpiar mientras ambos fantaseamos con climas más cálidos—.

—Amen—.

Al salir de la casa de empeños, me sentí un poco más liviana. La despedida de Jamie había sido amistosa, lo que me hizo sentir más cálida en un día tan frío.

Mi siguiente parada fue Erickson Ventures Chicago, el lugar de trabajo de Melissa Bollinger. Al llegar, noté que Niels y Melissa aún no habían regresado. Saqué el polvo, limpié y ventilé las oficinas antes de colocar plantas pequeñas en macetas en ambos escritorios. Con suerte, las plantas limpiarían un poco el aire y serían una buena bienvenida para los inquilinos de la oficina.

Mis últimas limpiezas del día fueron para clientes residenciales. Los miembros de la familia estuvieron presentes para la primera limpieza; hice todo lo posible por ignorarlos mientras ordenaba. Los habitantes de la segunda casa estaban ausentes, afortunadamente. Pude relajarme mientras rápidamente limpié la casa.

Conduciendo a casa, pensé en lo que había logrado ese día. Descubrí que prefería limpiar para los clientes propietarios de negocios que para mis clientes residenciales. Jamie, Melissa y Niels me vieron como un compañero profesional y me trataron como tal.

Mis clientes residenciales me consideraban un poco más intrusivo, lo cual podía entender. Estaba viendo sus asuntos privados; cajas de condones y botellas de vino en la basura. Vi sus recetas, suscripciones a revistas, notas del refrigerador y comida para llevar. Al mirar las tarjetas de Navidad en sus repisas, noté las personas que le agradaban.

¿Qué revelaba yo a mis clientes residenciales? ¿Qué estaba revelando? Casi nada. Llevaba un uniforme marrón con el pelo recogido en un moño. Dije lo menos posible. A excepción de Jane Knight, mi a veces abogada, yo era un libro cerrado. Miré sus cosas, las juzgué y luego les quité su dinero. ¿Fue un intercambio justo? Tal vez no. Pero me propuse limpiar sus hogares lo mejor que pude. También me propuse cobrar un poco más de lo que cobraban otras sirvientas. Le recordó a mis clientes que era una limpiadora de calidad. También ayudó a engordar mi cuenta bancaria.

No olvidé que era reemplazable. Pero mis clientes residenciales también fueron reemplazables.

Al volver a casa, no pude detener el gemido que escapó de mis labios tan pronto vi los escalones que conducían a mi apartamento. Mis vacaciones de una semana y media de sentarme al sol y rellenar mi cara me habían puesto fuera de forma. Aun así, subí los escalones.

Gemí de nuevo cuando vi el pequeño rectángulo de papel blanco encajado entre mi puerta y la jamba. Suspirando, lo quité. Leí el anverso y el reverso.

—Llámame—, había escrito el detective Kevin Connelly al dorso.

—No lo haré—, dije mientras desmenuzaba la tarjeta.

Capítulo Siete

No estaba 100% segura de que el timbre de mi teléfono pudiera atribuirse a una persona, pero así parecía.

Había estado de regreso en Chicago por tres días y tres noches, y estaba recuperando mi ritmo. Bueno, al menos, mi ritmo de limpieza. El ritmo de mi vida personal todavía estaba en la basura. Tal vez si levantara el teléfono, podría hacer algo sobre mis problemas de vida personal.

Sin embargo, no pude atender las llamadas del detective, ya que estaba la cuestión de mi orgullo. El detective Connelly dijo que me recogería al aeropuerto, y luego no lo hizo. Merecía un castigo por eso. ¿Se merecía el derecho a darme una explicación? Tal vez.

Si fuera una mejor persona, probablemente le daría una oportunidad. Tomaría la llamada y lo dejaría hablar. Pero no me sentía con ganas de ser la persona más grande.

Aun así, me quedé mirando el teléfono cantante. ¿Por qué no debería atender la llamada de Kevin? ¿Por qué estaba actuando como una joven de veinte años que tenía otros pretendientes golpeando su puerta?

La respuesta fue orgullo: eso, y tiempo; no tenía tiempo para perder.

Yo tampoco era difícil. No necesitaba una especie de hombre de que no tuviera una historia, pero necesitaba a alguien que supiera lo que quería. Quería un hombre que pudiera admitir para qué tenía tiempo y para qué no tenía tiempo.

El detective Connelly tuvo el lujo del tiempo. Era guapo, fuerte y todavía estaba en los años treinta. Tenía tiempo para perder el tiempo y ser quisquilloso. Estaba un poco celosa por eso, que probablemente era la razón por la que evitaba sus llamadas.

Sin embargo, no pude esquivar sus llamadas para siempre, ya que él tenía una historia de hacerse escuchar. Dejé escapar un suspiro y volví a mirar la televisión, ya que tenía una semana y media de programas para ponerme al día. Vi un episodio de Judge Judy, ya que estaba hambrienta de chismes. Extrañaba mis charlas con Melissa. Sin embargo, ella se estaba haciendo escasa. Intenté a llegar a Erickson Ventures en diferentes momentos del día, solo para intentar atraparla. Sin embargo, Niels y ella seguían siendo escasos. Lo tomé como una confirmación de que su relación profesional se había convertido en una relación personal.

—No es mi problema—, dije mientras dejaba escapar un suspiro y me hundía aún más en mi sofá.

La jueza Judy estaba regañando a una divorciada tacaña cuando escuché un golpe en la puerta de mi apartamento.

—¿Qué demonios?— Murmuré.

Con un camisón de franela y pantalones, me levanté del sofá y me acerqué a la mirilla. A través de la abertura, vi una melena roja familiar. Gemí y abrí mi puerta.

—Marta—, dijo el detective Connelly mientras me echaba un vistazo.

—Detective Connelly—, dije, mientras colgaba de la puerta. No lo deje entrar en mi apartamento.

—¿Por qué volvemos a eso?— preguntó mientras dejaba escapar un suspiro.

Mierda. ¿Con qué madurez se suponía que debía comportarme? Reprimí un gemido y abrí la puerta, dejándolo entrar a mi casa.

El detective pareció sorprendido cuando entró. Con las manos en los bolsillos, giró hacia la izquierda y hacia la derecha, probablemente mirando mi comedor, la sala y la cocina.

—¿A qué le debo este placer?— Pregunté mientras cerraba la puerta de mi casa.

—Por el hecho de que no aceptas mis malditas llamadas—, dijo enojado.

—No digas palabras malas en mi casa."

Tuvo la vergüenza de sonrojarse. —Lo siento. Ha sido un largo día. Sin embargo, no es una excusa. Sé cómo te sientes con las blasfemias —.

Me encogí de hombros. —Lo entiendo—. Aun así, mis brazos estaban cruzados sobre mi pecho.

—Todavía estás enojada conmigo—, dijo.

Dejé escapar un suspiro. —¿Quieres un café?—

Él sonrió. —Si. Por favor—.

Diez minutos después nos sostuvo en la mesa de mi cocina.

—Esto es muy bueno—, dijo mientras tomaba un sorbo de mi café.

Decidí guardar un poco de me furia, porque, después de todo, el detective Connelly era compañía. Y tenía modales. Además, fue agradable hablar con alguien en persona. Y también era lindo.

—Te acusaría de tratar de encantarme, pero sé que este es un café bastante bueno—.

Él sonrió. —Lo es—.

Me recliné en mi silla. —Te estoy castigando. Por eso no estoy aceptando tus llamadas—.

Su sonrisa decayó. Dejó la taza en el plato antes de volver a hablar. —Entiendo por qué. Sin embargo, desearía que dejaras de estar enojada—.

—Me expuse cuando te pedí que me recogieras. No viniste—.

—Pedí un taxi—.

Lo detuve con una mano. —No he terminado de hablar—.

Asintió y yo seguí hablando.

—Lo puedes atribuir a mi historia policiaca. El hecho de que limpio para las personas y el hecho de que los velo. Pongo mucho valor en la comunicación no verbal. No me recogiste. Lo tomé como una señal de que te estaba pidiendo demasiado. ¿Estaba equivocada? —

Kevin tragó y miró hacia otro lado. Me sorprendió ver que sus ojos brillaban. Cuando volvió a mirarme de nuevo, sus ojos estaban claros.

—En ese momento, no parecía un gran favor. Estaba emocionado de verte de nuevo. Pero llegó el día y entré en pánico. Eres intimidante. Los aeropuertos son raros. Quiero decir, no te he visto en dos semanas, ¿y se suponía que debía recogerte y llevarte a casa como si fuera un Uber? ¿Y qué? Esa no fue una cita. Fue un favor—.

Abrí la boca para hablar, pero me detuvo.

—Estoy hablando ahora. Mierda. Si pudiera retroceder en el tiempo, te habría dicho que, si te recogía, tendrías que tomar un café conmigo. Quizás almorzar. Pero no lo hice. Quizás debería haber dicho no a recogerte y pedirte una cita en su lugar—.

—¿Por qué no pudiste levantar el teléfono y decirme eso? ¿Por qué no me enviaste un mensaje de texto? ¿Por qué pensaste que estaría bien y no enojada porque me dejaste afuera en una acera fría?— Pregunté.

—Porque—, respondió enojado. —¡Mírate! ¡Eres hermosa! Con tu camisón grande y tu hermoso cabello oscuro. Eres inteligente, intimidante y me asustas—, agregó.

Me reí entre dientes y luego gemí. Me froté los brazos y miré a mi alrededor mientras trataba de reunir el valor para decir lo que quería.

—¡Tú eres intimidante! Eres un policía. Lindo y pelirrojo. Joven y divertido. Pero tenía que intentar una relación contigo. Se derrumbó, pero tuve que intentar—.

Mi discurso terminó tan pronto como sentí la mano de Kevin en mi brazo. Me acercó más, aterrizando su boca en la mía. Conmocionada, cerré los ojos. Los labios de Kevin eran suaves mientras besaban los míos, una y otra vez. Suspiré. Había pasado tanto tiempo desde que alguien me había besado, y de una manera tan competente.

El astuto detective captó la señal. Se levantó de su asiento y me paro de mi silla para poder profundizar el beso.

Maldita sea. Mi café sabía bien, especialmente en la boca de Kevin.

Cuando las manos de Kevin llegaron a mis caderas, lo empujé. Respiré y di un paso atrás.

—Wow, —dijo mientras tomaba aire. —Jesucristo—.

—¡Blasfemia!— Le amonesté.

—Lo siento—, se disculpó.

—¿Eres católico?—

Él sonrió. —Por supuesto—.

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza. —No puedo creer que haya preguntado eso—.

—Ese fue un beso increíble—, dijo Kevin.

—No tenías mi permiso para hacer eso—.

Él se encogió de hombros. —Tenía que intentarlo. Tuve que intentar recuperar algo—.

Me enojé de nuevo. —No. No puedes pasar de dejarme en la acera a besarme en mi apartamento—.

Su rostro decayó.

—¿Cómo diablos llegaste a mi apartamento?—

Él rió. —Le traje unas donas a la dueña—.

—Maldita Doña Justa y su gusto por lo dulce—.

El detective se rió a carcajadas. —Yo también podría conseguirte un poco—.

—¿Debería hacer una broma de policías y donas?—

Él gimió. —Por favor, no lo hagas. Eres mucho más cómica que eso —.

Dejé escapar un suspiro. —Tienes que irte—.

—Está bien—, respondió, pero no hizo ningún movimiento para irse. —¿Cómo reparo el daño que he hecho?—

Me encogí de hombros. —No lo sé—.

—Dame algo. Por favor—, suplicó Kevin.

Negué con la cabeza. —No. Que se te ocurra algo por tu cuenta que no consiste en venir a mi casa a las diez de la noche y besarme mientras estoy en bata—.

—Esa es la situación ideal—, bromeó.

—¡Kevin!—

—¿Fui demasiado lejos cuando te besé?—

Me encogí de hombros. —No sé—.

Él sonrió. —Entonces, me voy a poner en marcha mientras las cosas están buenas—.

Puse los ojos en blanco y me pregunté si los hombres alguna vez alcanzaron una edad en la que fueran completamente maduros.

Kevin caminó hacia la puerta que abrí, pero no la cruzó.

—Quiero que me digas como te fue tus vacaciones—.

—Podría habértelo dicho si me hubieras recogido—.

—Mierda. Todavía tengo que superar eso—.

Me encogí de hombros. —Necesitas irte—.

—Me encanta que seas tan propia—, susurró.

Maldita sea. Kevin estaba recuperando terreno.

—Buenas noches—.

—Serán buenas noches ahora—, dijo mientras sonreía.

Puse los ojos en blanco y me reí mientras lo empujaba suavemente

hacia la puerta y la cerraba detrás de él. Lo escuché silbar mientras bajaba las escaleras. Abrí la puerta y pisé el umbral.

—¡Deja de silbar!— Susurré. —¡Les darás a mis vecinos una idea equivocada!—

Se volvió y sonrió. —Sí, señora—.

Cerré la puerta y la bloqueé. Y luego sonreí.

—Ese hombre—, dije mientras suspiraba.

Capítulo Ocho

Decidí que iba a actuar como si el beso no hubiera ocurrido. Tenía que olvidar que Kevin me besó de una manera que me dejó sin palabras. Tuve que ignorar el hecho de que había despertado algo en mí que había estado dormido durante tanto tiempo.

El estímulo habría sido irresponsable y prematuro. Aun así, el intenso esfuerzo de ignorar el beso requirió mucho trabajo y concentración. Tanto era, que casi salté un pie de altura cuando sentí una mano extraña en mi hombro.

—¡Amiga! ¡Sólo soy yo!— dijo Melissa Bollinger.

Me senté en el suelo del baño de mujeres de Erickson Ventures Chicago.

—Me asustaste—, dije mientras me volvía hacia mi amiga.

—No era mi intención—, dijo la bonita rubia. —¡Perdóname, por favor! ¿En qué estaba pensando? Eres una sirvienta y estás limpiando, y quién sabe cuántas veces la gente ha intentado agredirte, y aquí estoy tocándote el brazo cuando estás tan claramente concentrado en la tarea que tienes entre manos, ¡y lo siento mucho!—

Me reí en voz alta. —Está bien. No hay necesidad de profundizar tanto. Estaba perdida en mis pensamientos. Honestamente. No me dio flashbacks de asalto. Lo prometo—.

Dejó escapar un suspiro y se sentó en el banco junto a los lavabos. —¡Uf! Gracias a Dios—.

Me puse de pie y me reí al ver su calzado. —¡Dios mío! ¡Esos tacos rosas son para morirse!—

Melissa rió y movió los tobillos, mostrando sus zapatos. —¿No es así? ¡Los conseguí en Brasil! Mira—, dijo mientras se levantaba. —Puedo usar este traje de color crema y aún lucir profesional, pero con estos tacones, ¡aún me veo divertido!—

—Si. ¡Lo logras bien!—

Rió de nuevo. —Te voy a abrazar ahora. ¡No te he visto en dos semanas!—

Sonreí y le devolví el abrazo antes de soltarla. —Entonces, ¿Brasil estuvo bien?—

Suspiró y volvió a sentarse. —Bueno, la parte profesional fue agitada. Algunas personas no les gusta recibir consejos—, dijo mientras levantaba las cejas, "incluso cuando se trata de un punto de vista experimentado y educado. ¡Incluso cuando están pagando mucho dinero por los consejos!—

—Suena frustrante—.

—Lo es. Pero, ¿qué puedes hacer?—

—No mucho. ¿Cómo fueron las cosas personales?—

Noté sus labios apretados y sus ojos parpadeando rápidamente

antes de que me diera una gran sonrisa. —Fue divertido. Niels y yo trabajamos mucho. Aun así, me propuse salir a comer e ir de compras —.

—Obviamente—, dije. —¿Te gustaría saber sobre mis vacaciones en Puerto Rico?—

—¡Si!— Ella exclamó. —Pero no ahora. Tengo una llamada que hacer. ¡Pero bebidas! ¡Deberíamos salir y tomar algo esta noche!—

—Me encantaría hacer eso—, le dije.

—Te enviaré un mensaje de texto con los detalles más tarde—.

—Me alegro de que hayas vuelto—.

—¡Me alegro de que *tu* hayas vuelto!— repitió antes de regresar a su oficina.

Melissa me envió un mensaje de texto con datos para reunirnos para tomar algo en un lugar cerca de su condominio. Estaba familiar con el área, ya que la había ayudado con un problema de acosador unos meses atrás. Afortunadamente, ese episodio traumatizante estaba en el pasado.

En el bar, Melissa me recibió con un abrazo. —No se me ocurrió invitarte a un lugar más cercano a tu casa—, dijo mientras me acompañaba a una mesa pequeña junto a la barra.

Me encogí de hombros. —Esto es un cambio de vista bienvenido—, dije mientras miraba a mi alrededor.

Era un bar oscuro, pero no tanto que fuera incómodo. La decoración era fina. La multitud presente estaba formada por profesionales que todavía vestían sus trajes de negocios. Yo llevaba jeans oscuros, botas negras y una chaqueta de cuero.

—Me encanta tu atuendo—, dijo Melissa mientras tocaba mi chaqueta.

—Ponga todos los trapos negros juntos y se verán bien—.

—Si pensaste en esta asamblea—, dijo.

Me reí. —Bueno. Tal vez un poco—.

—Y yo en mis trapos de la oficina—, dijo mientras rodaba los ojos.

—Encajas mejor con esta multitud. Están vestidos igual que tú—.

—Lo cual no es bueno—, dijo con seriedad. —Claro, los atuendos son caros, pero ¿dónde está el esfuerzo?— me preguntó. —La vida no se trata solo de trabajo, pero actuamos como si lo fuera—, dijo con un suspiro.

Sabía que algo le pesaba en la mente y en el corazón. Aun así, no la presionaría. No hasta que ella ofreció algo voluntariamente.

—Parece que necesitas unas vacaciones no laborales. ¡Una recarga! — sugerí.

Ella asintió. —Tienes razón. La próxima vez que vayas a Puerto Rico, iré contigo—.

Me reí en voz alta. —Eso está bien para mí. ¿Qué tal un viaje antes

de eso? ¿Quizás Miami o Pennsylvania?—

Ella suspiró. —La gente de mi papá es de Hanover, P.A."

—Nunca antes lo habías mencionado—.

—Está bien. No es exactamente la meca de las vacaciones—.

Asentí con la cabeza y acepté la bebida que me había dado el camarero.

—Una bebida brasileña—, dijo Melissa con una sonrisa.

Sonreí antes de tomar un sorbo. —Muy buena. Sin embargo, puedo ver a qué te refieres con el color—.

—Las bebidas deberían ser coloridas y afrutadas, creo. Esta bebida no es así—.

—Sí, pero Brasil no está en el Caribe. Tal vez no sean tan coloridos allí—.

—¡Gran punto!— Dijo Melissa. —Tal vez haya algo en eso—.

La miré un poco. Quería volver la conversación a las vacaciones. —Entonces, tal vez esa parte de Pennsylvania no sea como Miami o Cuba o incluso Brasil. Pero alejarse ayuda con la perspectiva—.

—¿Regresaste de tus vacaciones con eso? ¿Perspectiva?—

Dejé escapar un suspiro mientras lo consideraba. —Regresé con un mayor aprecio por mis padres. Si soy honesta, regresé sintiéndome triste por estar separado de ellos. El tiempo pasa muy rápido. Mis padres están envejeciendo. Disfruto de Puerto Rico como destino de vacaciones, pero vivo aquí. Pero no tengo mucho aquí, salvo por cómo me gano la vida. Creo que eso me empujó a trabajar para desarrollar una mejor vida personal—.

Melissa me miró durante unos segundos. Parecía estar un poco nerviosa.

—¿Estás bien?—

Ella rió y negó con la cabeza. —Si. Por supuesto—.

Me preguntaba si me iba a decir que se acostaba con su jefe. Se me ocurrió que nadie más en su vida sabía de su aventura.

—¿Qué hay de tu vida personal? ¿Qué vas a hacer al respecto?— Le pregunté.

—Necesito trabajar en la construcción de eso. Algo real, y sostenible a largo plazo—, dijo Melissa.

Supuse que eso era todo lo que me iba a contar sobre su vida personal.

—¡Vacaciones! Sigo pensando que deberías ir en uno, a Pennsylvania o Miami. No tiene qué ser una gran fiesta. Quizás solo un fin de semana—.

Me miró como si su vida dependiera de ello.

—¿Qué piensas?— Empujé.

—Esto es lo que pienso—, dijo.

Sacó su teléfono celular de su bolso y apretó algunos botones.

—¿Qué estás haciendo?—

—Reservando un pasaje—.

Aplaudí. —¡Hurra! ¿A dónde?—

—Pennsylvania. Voy a ver a mis padres y abuelos—.

—¡Qué bueno!—

—Solo será por tres días, pero eso es algo—.

—Lo es, —insistí. —Es tiempo suficiente para algunas comidas familiares, tiempo en el campo y fuera de Chicago—.

—Tienes razón—.

Sintiéndome orgullosa de ella y de mí, pedí otra ronda de bebidas.

—¿Podrás conducir a casa?— Preguntó Melissa.

Me reí. —Bueno… es tiempo de confesarme. Me gusta el ron. Me gustan los tragos de ron. Me doy uno de ellos cuando he tenido un día difícil. Cuando tienes días difíciles seguidos, desarrollas la tolerancia. No es que esté orgullosa de eso—.

—Lo entiendo. ¿Qué otros secretos tienes que compartir?—

Me puse seria y lo consideré. —No creo que pueda vivir en Chicago para siempre—.

—Yo tampoco, —dijo mientras asentía. —Pero ¿qué significa eso para ti? ¿Puerto Rico?—

Las lágrimas llenaron mis ojos, sorprendiéndome. —No. Necesito algo más grande. Es triste -admitirlo en voz alta—.

—Entiendo."

Demasiado pronto, nuestro encuentro llegó a su fin. Miré mi reloj y Melissa miró su teléfono celular.

—Ave María. ¿A dónde va el tiempo?— ella preguntó.

—No sé—.

—Tenemos que hacer esto de nuevo. ¡La próxima semana!— mi amiga dijo.

Me reí en voz alta. —Funciona para mí—.

Después de un abrazo fuera del bar, me dirigí hacia mi vehículo y conduje a casa. Después de estacionarme fuera de mi apartamento, miré mi teléfono móvil, que había estado en silencio, y sin llamadas perdidas.

—Maldita sea—, dije en voz baja.

Mi modo de enojo continuó hasta la mañana siguiente, desafortunadamente. ¿Cómo no iba a enojarme? ¿Kevin me besó y luego se fue? ¿Qué estaba tratando de hacer?

Usé mi ira y fregué las paredes de la ducha de Jane Knight. Sorprendiéndome, entró al baño.

—Hola, Marta—, dijo.

—Hola Jane—.

Ella sonrió antes de ir a su botiquín. Parecía burbujeante, lo que no era propio de ella. Negué con la cabeza y volví a limpiar.

—¿Qué te pasa, Marta?—

Mentalmente dije una palabrota. No quería confiar en Jane Knight. Pero luego recordé que ella no tenía muchos amigos. Ella nunca había confiado eso, pero me di cuenta.

—Problemas de amor, Jane—, dije mientras suspiraba.

Ella sonrió y luego se apoyó en la pared junto a su fregadero. —¿En serio?—

Asentí. —Si. No hay mucho que contar. Estoy recibiendo señales contradictorias y no tengo tiempo para eso. Ya tengo cuarenta años. Este chico es más joven: 35 años. Tiene tiempo para perder el tiempo, ya que hay muchas chicas que jugarán ese juego. Pero no quiero hacerlo, y necesito descubrir cómo salir de esto antes de que sea demasiado tarde y esté demasiado metida—.

Jane se había quedado extrañamente callada. Me volví para mirarla y vi que estaba llorando. Tanto me sorprendió que dejé caer mi esponja.

—¿Jane? ¿Estás bien?—

Se sacudió y luego se secó la cara. —Mierda. Si. Por supuesto. Son los vapores que salen de las químicas que estás usando—.

Asentí. —Por supuesto. Si. ¿Qué tal si prendo el ventilador y cierro la puerta?— Dije, tropezando conmigo misma para proteger el momento vulnerable que Jane había dejado caer a mis pies. —De esa manera, no lo olerás tanto. Además, casi he terminado aquí—.

—Sí, eso funcionará, —dijo. —Estás haciendo un buen trabajo aquí —.

Con eso, Jane se fue. Me quedé mirando la puerta mientras analizaba lo que había pasado. ¿Que dije que provocó una reacción tan emocionante? No pudo ser las fumas de la pasta de vinagre/ líquido para lavar platos/pasta de bicarbonato de sodio que había hecho.

El baño había sido mi último espacio para limpiar ese día. Me pregunté en qué tipo de humor encontraría en Jane.

No tenía por qué preocuparme, ya que Jane se había ido del condominio. Tim tampoco estaba en casa. Negué con la cabeza.

—Las mujeres somos misterios, supongo—, susurré.

Recogí mis cosas y seguí con mi día.

Capítulo Nueve

Los intercambios con mujeres misteriosas fueron el tema del día. Acababa de salir de Jamie's Pawnshop y me dirigía a una limpieza residencial cuando sonó mi teléfono de detective.

—Ay—, quejé.

Pensé en dejar la llamada ir al buzón de voz, pero cambié de opinión. Tenía que ganar dinero independientemente de la limpieza. Apreté el botón del altavoz y seguí conduciendo.

—Esta es Marta—, dije.

—¿Marta? Esta es Doña Elena Matos Boria—.

Asentí. —Hola. ¿Cómo estás?—

—Estoy en Chicago - en el parque que tiene la habichuela plateada. ¿Cuándo podemos reunirnos?—

Sorprendida, parpadeé un par de veces. —¿Quieres decir que estás aquí ... en Chicago? ¿Ahora mismo?—

—Eso es lo que dije—.

En ese momento, Doña Elena no parecía muy amigable. Quizás el frío estaba afectando su estado de ánimo.

—¿Cuánto tiempo planeas estar en Chicago?—

—Sólo hoy. Me voy esta noche—.

—¿Cuándo llegaste aquí?—

—Esta mañana. ¿Cuándo puedes venir?—

Guau. Eso fue mucho volar por un día. Doña Elena tuvo mi atención, admiración y también mis sospechas.

—Volé aquí para pagarte mucho dinero. No quiero esperar más de lo que ya he esperado—, dijo enojada.

Detuve mi carro a un lado de la carretera, donde traté de recobrar un poco de paciencia.

—Agradezco su vuelo aquí para entregarme los fondos, Doña Elena. Ciertamente puedo encontrarme con usted hoy, pero tiene que esperar ya que tengo un compromiso anterior del cual no puedo salir —.

—¿Cuándo puedes venir?— preguntó ella con impaciencia.

Miré la radio de mi auto por el momento. —Puedo verte en tres horas y media. En el Bean, si quieres. Pero tal vez no, ya que se supone que esta noche hará mucho frío—.

—En el bean. Dentro de tres horas y media. Estaré allí—.

Doña Elena enganchó la llamada antes de que pudiera decir otra palabra. Me quedé mirando mi teléfono y me pregunté cuál debería ser mi próximo paso.

Me pregunté si la búsqueda sería tan fácil como pensaba. Pensando rápidamente, busqué en mi cartera una libreta y un bolígrafo. Anoté mis pensamientos.

• *Doña Elena supuestamente voló desde Puerto Rico a Chicago para entregarme fondos. Tiene la intención de irse el mismo día.*

• *Tantos vuelos en un día indica mucho dinero, desesperación e impaciencia.*

• *Doña Elena ya no se porta agradable. Su trato conmigo está marcado por ira y la impaciencia.*

• *Parece saber un poco sobre Chicago. Ella no había indicado haber visitado a Chicago antes. Parece cómoda con el frío.*

Después de considerarlo por un momento, añadí una nota para mí.

• *¿A quién estoy investigando?*

Con esos pensamientos pesando mi mente, guardé mi libreta y me uní al tráfico.

Tres horas y media después me retuvieron en Millennium Park, y fuera del Bean. Hacía frío, pero afortunadamente, me había vestido bien.

También vestida de manera cálida estaba Doña Elena, que caminó hacia mí. La saludé cortésmente.

—Hola, Doña Elena—.

—Hola. Tengo el depósito en efectivo—.

Cogió su bolso, uno de Coach, sacó una revista y lo extendió hacia mí.

—Está ahí—, dijo.

Aprecié su discreción, pero aun así revisé el sobre dentro de la revista para verificar el dinero que me había dado.

—Estás muy decidida a encontrar a tu sobrina—.

—Lo estoy—, dijo. —¿Puedes hacerlo?—

Me encogí de hombros. —Te daré mi mejor esfuerzo, pero no garantizo que encontraré a tu sobrina. Me quedaré con el depósito. Puede darme el resto del dinero en efectivo a medida que le proporcione más información—.

—Te enviaré un cheque por correo—.

Negué con la cabeza. —No. Mis condiciones son las mismas. Dinero en efectivo—.

—¿Esperas que viaje aquí para pagarte de nuevo?—

Mirándola, hice un rápido estudio de Doña Elena. Su ropa de invierno le quedaba bien. Su chaqueta era de marca Canada Goose y sus pantalones y zapatos de invierno no parecían nuevos.

—Voy a hacer todo lo posible para trabajar dentro del depósito. Pero, si necesito más tiempo y dinero, tendrás que volver—.

Ella gruñó y puso los ojos en blanco. —No quiero regresar. Hace mucho frío aquí—.

—Estás cómoda en el frío, Doña Elena. Estarás bien—.

—¿Como sabes eso?— preguntó mientras apretaba las mangas de su bolso.

—No es importante. Lo importante es que encuentre a tu sobrina. Tengo lo que necesito para empezar. La llamaré el lunes para informarle lo que he conseguido—.

—Haz eso—.

—Bien. Entonces adiós—.

—Adiós—, dijo. Doña Elena luego se dio la vuelta y regresó por donde había venido.

Antes de volver a mi carro, la observé durante un par de minutos. Doña Elena era un enigma. Necesitaba aprender más sobre ella. No lo contaría contra el depósito que me había pagado.

Una vez en casa, me di una ducha y comí una cena rápida. Después, agarré mi teléfono e intenté llamar a mi papá. Fue al correo de voz. Llamé a mi madre, pero obtuve el mismo resultado. Finalmente, llamé a mi hermano.

—Ajá. Ajá. Dame un momento—, dijo.

Gemí en voz alta.

—Oye. Relájate. Tú eres la que llamaste—, dijo Rafy.

—¿Por qué tus saludos telefónicos apestan tanto?—

—Porque es mi estúpida hermanita llamándome—.

—¡No soy estúpida!— Dije, sintiéndome como si tuviera catorce años de nuevo.

—Cálmate—, dijo. —Estoy saliendo de la oficina en este momento —.

—¿Estás trabajando tarde esta noche?— Pregunté, sintiéndome culpable por portarme de una manera repugnante.

—Si. Preparándome para trabajar como seguridad para una película que van a filmar aquí en el pueblo—.

—Eso suena bien—.

—Suena bien, —burló Rafy. —Déjame decirte; ¿este actor? ¿El protagonista? Una maldita prima donna—.

Me reí. —¿Cómo se llama el actor?—

—No puedo decirte eso. Firmé un acuerdo de no divulgación—.

—Ah bueno. Entiendo—.

—¿Por qué llamas?—

—¿Te acuerdas de Doña Elena?—

—Si. ¿Qué hay de ella?—

Le conté sobre su vuelo a Chicago y su comportamiento abrasivo. Se quedó callado un rato.

—¿Intentaste llamar a papi?—

—Si. No pude conseguir a papi ni a mami—.

—No compartas esos detalles con mami. Ella no dejaría de hablar de eso—.

—Lo sé—.

—Creo que están en un velorio para un amigo de la familia o algo

así—.

—Oh,— dije. —Tengo un sentimiento extraño sobre Elena. Como, en Puerto Rico, muestra una cara, pero en Chicago, muestra otra—.

—Eso no suena extraño. Los estados unidos son diferentes. La gente se adapta a su entorno—.

—Supongo. Creo que es una buena idea saber con quién estoy negociando—.

—Bueno, conocemos su pedigrí. Sabemos quiénes son la gente de Doña Elena y con quién se casó. Diablos, sabemos a quién enterró. Algunas personas son expertas en guardar secretos. ¿Quién sabe lo que ha hecho ella o en qué se mete?—

—Gracias por los clichés. Esperaba algo más tangible—.

—¡No sé qué decirte, Marta!— Dijo con impaciencia. —Parece una mujer aburrida de mediana edad que quiere pagarte para que le encuentres alguien—.

Estaba agradecido por el tiempo de mi hermano, sabía que mi padre sería la mejor persona para intercambiar ideas. Papá era mejor en los matices mientras que mi hermano era más franco.

—Mira; Preguntaré por ahí. Creo que conozco a un tipo que conocía a su primer marido—.

—¿Por qué no su segundo o tercer marido?— le pregunté.

—Habría sido más vulnerable con su primer marido. Ella le habría revelado más cosas—.

—Buen punto—.

—Sí, es casi como si me ganara la vida haciendo esta mierda—.

Ignoré sus últimas palabras. —Gracias. Los extraño a ustedes—.

El tono enojado de mi hermano desapareció. —Nosotros también te extrañamos—, dijo con brusquedad. —Sabes dónde encontrarnos—.

—Lo sé—.

—Tengo que volver a entrar. Te llamaré si encuentro algo—.

—Suena bien—.

Con eso, colgué el teléfono. Segundos después, volvió a sonar. Dejé escapar un suspiro cuando vi el número. Dejé que sonara un par de veces antes de cogerlo.

—Detective—, saludé.

Él gimió. —¡Marta! Suficiente de eso—.

—Todavía no estás fuera de peligro—.

—Estoy abajo y tengo donas—.

—¡¿Estás aquí?!— Exclamé.

—Si. Baja y ábreme el portón—.

—Pero ... estoy en bata—.

—Ponte un abrigo. ¡Y apúrate! Me estoy congelando las bolas—.

—Voy—, le dije mientras le colgaba.

Rápidamente, bajé las escaleras para admitirlo. Kevin se veía tan

guapo. Su pelo rojo parecía dorado bajo la luz de la farola y sus ojos parecían de un azul brillante.

—¿Puedo entrar?— preguntó.

—Si—.

Me siguió arriba y hacia mi apartamento. Cerré y bloqueé la puerta de entrada. Cuando me di la vuelta, fue para encontrarlo llenando mi espacio.

—¿Qué?— Yo pregunté.

Él se encogió de hombros. —¿Esperaba un beso?—

Negué con la cabeza. —No. Robaste el último. Fue prematuro—.

Él frunció el ceño. —Mierda—.

—Vamos a la cocina. Tengo café—.

El detective sonrió. —Bueno—.

Minutos después, estaba gimiendo por el gran sabor de las donas.

—Tremendos, ¿verdad que sí?—

Asentí. —Tengo que preguntar. ¿Dónde conseguiste estas donas?—

—Pequeño local de mamá y papá a unos diez minutos de aquí—.

—¿Cómo se llama el lugar?—

—Solo venden donas a policías y bomberos. Es un pequeño negocio—.

Hice un puchero. —Que pena—.

Kevin me miró un poco. —¿Qué has estado haciendo?—

—Limpieza. Pasando el rato. Esto y aquello—.

El asintió. — Unas noches atrás, un amigo mío te vio en un bar—.

Parpadeé un par de veces. —¿Un amigo tuyo?—

—Si—.

—Te refieres a un compañero policía, ¿verdad?—

—Si—.

Lo miré fijamente. —¿Me estás siguiendo?—

Él se rió y negó con la cabeza. —No. Estaba en un restaurante al otro lado de la calle del bar donde estabas—.

—¿Oh? ¿Y cómo supo mirarme? ¿Para buscarme?— Pregunté enojada. —¿Cómo supo él reportarte con eso?—

—Mierda. ¿Por qué tienes que hablar como un policía?—

—Porque fui policía. ¡Responde a la pregunta!—

—No sabía que habías ido al bar. Yo...estaba pescando—, dijo dócilmente.

—¿Por qué?—

—Quería asegurarme de que estabas bien, así que le pedí a un compañero de patrulla que trabaja en esta área que vigile tu carro y tu casa. El patrullero dijo que te vio en ropa elegante—.

Suspiré mientras lo miraba. Su preocupación era dulce, pero no aprobaba de sus métodos.

—Si. Estaba en un bar. Estaba encontrándome con alguien—.

—¿Con quién?— preguntó.

—¿Por qué quieres saber?—

—Porque me gustas y no quiero que salgas con otro hombre—.

Eso fue más honestidad de lo que esperaba. —Me encontraba con una amiga, una mujer. Para bebidas—.

El asintió. —¿Pasaste un buen rato?—

Sonreí. —Si—.

El detective siguió mirándome.

—¿En qué estás pensando?— me preguntó.

—¿Qué quieres decir?—

—Pareces inquieta—.

Lo miré un poco. —Me pregunto qué estamos haciendo—, le pregunté mientras me encogía de hombros.

Asintió y se sentó hacia adelante en su asiento. —Creo que quiero salir contigo—, dijo.

Las mariposas y los nervios me llenaron. Asentí. —Okay—.

Seguía mirándome. —¿Dónde encaja James en todo esto?—

Lo miré un poco. —¿James Kostas?— El nombre del otro detective me sorprendió.

—Si—.

Me encogí de hombros. —No lo sé. En ninguna parte, supongo—.

Kevin siguió mirándome.

—Sabes que cuando la gente se está conociendo, van juntos a lugares—.

—¿De verdad?— preguntó mientras se recostaba en su asiento.

—Si. Ha pasado un tiempo desde la última vez que tuve una cita. Eso no es cierto. Han pasado un par de meses—, dije mientras miraba el calendario que colgaba en la cocina.

—¿Con quién saliste?—

Negué con la cabeza. —No te voy a decir eso—.

—Fue el intérprete, ¿verdad?—

No respondí. Kevin sonrió.

—¿Cómo te fue?— me preguntó.

—No bueno. ¿Sabes algo de malas citas?—

Él se rió a carcajadas. —Una cosa o dos—.

—Entonces, ¿me vas a invitar a una cita o algo?—

El asintió. —Si. ¿Quieres cenar mañana por la noche?—

Tragué y me miré las uñas. —No me estás dando mucho aviso. Tendré que mirar mi agenda—.

Sacudió la cabeza. —Ya vi tu calendario. Estás libre—.

Me reí.

—Bueno. ¿Me vas a dejar plantada de nuevo?—

Su rostro decayó. —No—.

Asentí. —Bueno. Solo quiero que sepas que, si crees que esto no va

a ir a ninguna parte, puedes hacérmelo saber. Lo llamaremos bueno y seguiremos nuestro propio camino—.

Kevin respiró hondo y se reclinó. —¿Por qué estás planeando un resultado negativo?—

—Soy inteligente, supongo. No he tenido citas en una eternidad. No quiero perder el tiempo y no quiero salir lastimada—.

—Nadie quiere ser lastimado—.

—Las citas me dan miedo—, susurré.

El asintió. —Lo sé. Pero si no lo intentamos, no sabremos que podrá pasar—.

Lo miré un poco más. —Bien. Probablemente me debería ir—.

Él se paró. —Bueno. Te recogeré mañana a las ocho—.

—Okay—.

Lo acompañé a la puerta.

—¿Me darás un beso?—

Reí y agité mi cabeza. —No—.

—Tenía que intentarlo—, dijo con una sonrisa. —Cierra la puerta. Te veré mañana—.

—Buenas noches—.

Cerré y bloqueé la puerta. Me quedé allí hasta que lo oí bajar los escalones.

Estaba nerviosa, asustada y emocionada. Resistí la tentación de tomar un trago de ron, pero tenía que hacer algo con mi energía.

Fui a la cocina, donde agarré un trapo. Rocié mi fregadero con líquido para lavar platos y luego comencé a fregar todo lo que había allí.

—Todo estará bien—, me susurré a mí misma.

A menos que no estuviera bien, e incluso si no fuera así, habría sabido que lo intenté, y eso importaba.

Capítulo Diez

El destino prioritario del día siguiente fue para sobreestimado (en mi opinión) Panera Bread. Iba a encontrarme con Ada Barros, mi contadora/asesora financiera. Mi exmarido Aníbal Robles (contador público certificado con su propio negocio de contabilidad), se había extendido (nuevamente) y me había ofrecido gratuitamente el uso de uno de sus asociadas.

No fui estúpida. Sabía que la asistencia era la forma de Aníbal de mantenerme cerca. Para él, era una manera de decirle a nuestro hijo que todavía me estaba cuidando.

Quizás utilizar los servicios de Ada Barros fue una mala idea, pero la verdad era que los necesitaba. Y eran gratis.

Me senté en la mesa favorita de Ada y esperé. Mordí la galleta demasiado dura y bebí un buen café mientras miraba a mi alrededor. El lugar era suficientemente limpio. Había mucha gente comiendo y amamantando bebidas mientras trabajaban en tabletas y computadoras portátiles.

Me preguntaba por qué no trabajaban en la biblioteca o en sus casas. ¿Por qué iban a un lugar como este? Se me ocurrió que tal vez querían estar cerca de otras personas. Quizás vivían solos. Quizás no les agradaban sus compañeros de trabajo. Quizás aquí, podrían levantar los ojos de sus pantallas y mirar a otras personas como ellos.

Esperar a Ada me dio tiempo para considerar mi situación de vida. Me gustaba, aunque me sentía sola. El alivio vino cuando fui a limpiar para la gente. La diversión vino cuando lo detectaban.

Quince minutos después de mi café, me di cuenta de que Ada no iba aparecer. Haciendo una mueca, alcancé mi teléfono y la llamé.

—Ay, Marta—, dijo a modo de disculpa. —¿Podrás venir aquí a la oficina?—

Gemí en el teléfono. —¿Por qué no puedes venir aquí?—

—Mi carro está en el taller y olvidé enviarte un mensaje de texto. Mierda. Mira la hora; Olvidé recoger el carro—.

—¿Está la nueva esposa de Aníbal en la oficina?—

—No. Gretchen no está aquí—.

Pensé en el viaje y solté un suspiro. —Bien. Estaré allí en treinta minutos—.

Treinta y cinco minutos después me encontró estacionándome en el lugar de trabajo de mi exmarido. Aníbal le había dado una especie de nombre financiero genérico a su negocio, lo cual fue una decisión inteligente. Sin embargo, siempre había sido inteligente.

Nerviosa, salí de mi auto y me dirigí a la oficina. Tan pronto como entré a la oficina, Ada salió de una pequeña habitación para saludarme.

—Marta. Aquí—.

La seguí a su oficina y me senté en su escritorio mientras ella escribía en su computadora portátil.

—¿Cómo estuvo el café en Panera?— preguntó con una media sonrisa.

—Genial—, dije, forzando la emoción en mi voz.

Sus ojos marrones me miraron. —¿De verdad?—

—No. Fue una mierda. Como siempre—.

Ella sonrió y volvió a su pantalla. —¿Cómo estuvo el viaje a P.R.? —

Me quedé mirando a Ada, preguntándome cuánto le contaría a Aníbal. Probablemente todo, o tal vez nada. Aun así, podría compartirlo, ya que de todos modos mis vacaciones eran conocimiento común.

—Bueno. Super bien. Mi hermano es genial. Mis sobrinos están creciendo y mis padres están envejeciendo. Vi a algunos viejos amigos y familiares, fui a la playa y comí demasiada comida frita. Sin embargo, fue una buena visita. Grandes recuerdos para el banco de memorias—.

Los ojos de Ada se veían vidriosos. Decidí sacudir su jaula un poquito.

—Lo triste es que no sabes cuándo volverás a ver gente. ¿Mis tíos, tías y primos? Podría haberles dicho mi último adiós—.

Ada tragó y parpadeó un par de veces antes de tomar su café helado.

—Necesito ir allá—, dijo Ada.

—Si. Dije eso mucho. Sin embargo, tuve que pasar un susto para realizar la importancia de la visita—.

—¿Qué pasó?— Preguntó mientras me miraba.

Negué con la cabeza. —Oh. Solo un error de trabajo. Nada de importancia. Lo importante fue la visita—.

Ella dejó escapar un suspiro. —Bueno. Lo pensaré. ¿Cuánto dinero has ganado?—

Le di la información.

—No tienes deudas, y te estás acercando a un numero de ahorros saludable. Pero estás envejeciendo y tu trabajo no se vuelve más fácil. Necesitas encontrar otra fuente de ingreso—.

—Estoy trabajando en eso—, dije.

—Bueno. Establezcamos algunas metas financieras para el mes. Voy a enviarte un mensaje de texto con algunos enlaces sobre préstamos de HUD - eso significa el departamento de vivienda y desarrollo urbano—.

—Ay. ¿Otra vez esto?— Dije, repentinamente asustada. Unos meses atrás, Ada me había mencionado que debería comprar una casa.

Descarte el consejo y tenía toda la intención de hacerlo de nuevo.

—Capital es importante. Puedes pedir prestado contra él y es bueno para las deducciones de impuestos. Si estás en un aprieto, puedes alquilar una habitación o la casa entera—.

—Supongo que eso tiene sentido—. Tendría que pensarlo.

—Bien—, fue su respuesta.

Programé reunirme con ella el mes siguiente. Después, me levanté y miré la puerta que conducía a la oficina de Aníbal. La entrada de su oficina estaba custodiada por una secretaria que era menos atractiva que su nueva esposa, y me reí.

—¿Qué es gracioso?— Ada me preguntó.

Negué con la cabeza. —Nada. Gracias, Ada—.

—De nada—.

Caminé hasta el escritorio que pertenecía a la secretaria de mi exmarido. Ella me miró antes de hablar.

—¿Puedo ayudarte?—

—Si. Me gustaría hablar con Aníbal—.

Parpadeó un par de veces. —¿Tiene una cita, señorita ...?—

—Morales—, le respondí.

—Puedo hacer una cita para usted. El Sr. Robles está muy ocupado —.

Asentí. —Entiendo. Sin embargo, quiero que consultes con Aníbal. Dile que Marta está aquí—.

Ella sacudió su cabeza. —Está en una llamada importante—.

La cabeza de Ada salió de su oficina. —¿Tina? Llámate a Aníbal. Ahora—, enunció.

Tina dejó escapar un suspiro y tomó el auricular antes de girar en su silla. —Lo siento, señor Robles. Aquí hay una mujer que quiere verte. Ella no quiere hacer cita y Ada me dijo que te llamara. El nombre de la mujer es Marta Morales—.

Segundos después, abrió la puerta de Aníbal. Mi ex marido se veía bien, rechoncho alrededor de la cintura, pero bien. Miró de mí a Tina – su secretaria.

—¿Tina? Nunca hagas esperar a Marta. Nunca—.

—Um. Sí señor. Está bien—, dijo Tina mientras apartaba la mirada.

—¿Me entiende?—

Dejé escapar un suspiro, ya que me sentía culpable por mi juego de poder. —Tu secretaria no fue grosera, Aníbal, solo eficiente—.

Tina parecía estar a punto de llorar. Le temblaban las manos mientras reorganizaba los bolígrafos en su escritorio.

—Marta. Pasa. Por favor—, dijo mi ex marido.

Entré a la oficina. Aníbal cerró la puerta detrás de mí y me tomé el tiempo para admirar su espacio. En las paredes había fotografías de Puerto Rico - fotos que él había tomado. Una imagen del tamaño de

un póster me detuvo en seco - era de Héctor de edad adolescente mientras corría en bicicleta.

—Maldita sea—, dije.

Aníbal asintió y tragó.

—¿Las fotos que tengo de él en mi apartamento? Los tengo memorizados. Pero, ¿cuándo voy a la casa de un miembro de la familia y veo una foto de él que había olvidado o nunca había visto antes? Detiene mi corazón—, dije mientras tocaba mi pecho. —Sé que no era solo mío, —dije mientras miraba a Aníbal. —Era tu hijo, y era hermano mayor para tus otros hijos; nieto de nuestros padres y sobrino y primo de muchos—.

Aníbal sacó un pañuelo de papel de una caja en su escritorio.

—Estoy bien—, le dije, pensando que estaba tratando de consolarme.

—Yo no estoy bien—, dijo mientras se secaba los ojos.

Me dio la espalda por un momento; supuse que estaba tratando de componerse. Entonces mis propios ojos se llenaron de lágrimas.

—Maldita sea. ¿Me puedes dar un pañuelo?—

Sin mirarme, me entregó la caja completa. —Llévatelos todos—, dijo mientras se aclaraba la garganta.

—Tremendo. Asesoramiento financiero y pañuelos gratuitos. Eso es un servicio completo—, dije mientras sonreía.

Aníbal se rió entre dientes y se volvió hacia mí. —Sigues siendo cómica—.

Me encogí de hombros. —Lo intento. Me hago reír—.

Se aclaró la garganta y luego se apoyó en su escritorio. —Siéntate, por favor—, dijo mientras señalaba una silla.

Lo hice.

—¿Qué te trae a mi oficina?—

Dejé escapar un suspiro. —¿Has intentado acercarte a Waleska? ¿Sobre Adán?—

Respiró hondo y negó con la cabeza. —Lo intenté ¿hace un año y medio? No quiso hablarme—.

—¿Has oído hablar de los derechos de los abuelos? Son leyes aquí en Chicago. Estoy pensando en investigarlos—.

Aníbal extendió la mano hacia la caja de pañuelos y me la quitó. Sacó uno y se secó los ojos. —Mierda. Parece que tendré que aferrarme a estos."

—Lo siento, Aníbal—.

Aníbal negó con la cabeza. —No, no, —afirmó. —Nunca te disculpes por venir a mi oficina para hablarme de nuestro hijo—.

Asentí. —Bueno ... estoy pensando en acercarme a ella de nuevo, pero en persona. De una manera amistosa, eso es. Antes de pensar en contratar a un abogado—.

—Si necesitas un abogado, llámeme. Yo pagaré por él—.

Sonreí a medias. —Tengo un abogado. Pero gracias—.

Su teléfono de escritorio sonó. Frunció los ojos y luego apartó la mirada, ignorando la llamada.

—¿Cómo estuvo Puerto Rico?—

Sonreí. —Fue ... como siempre. Bueno, cálido, soleado, sabroso y familiar. Lleno de familiares y amigos entrometidos—.

Él sonrió y asintió. —Si. Necesito ir pa' allá pronto—.

Asentí. —Si. Bien. No dejes que te quíte más tiempo—. Me iba ir.

Aníbal negó con la cabeza. —No. No estaba haciendo nada que no pudiera esperar. ¿Cómo está tu hermano?—

—Rafy está bien. Todavía corriendo la boca y antagonizando a la gente. Pero le va bien en la fuerza policial y también en casa. Sus chicos son geniales—.

—¿Wanda también?—

Por un momento, un recuerdo pasó ante mí: Rafy, Aníbal, Wanda, yo y el pequeño Héctor sentados en el patio de nuestra casa en Puerto Rico. Héctor estaba acariciando al ahora-fallecido perro German Shepherd de mi hermano. Podía ver las manos gorditas de mi bebé y casi olía su espalda perfumada con talco para bebés. Volvería si pudiera, pero tal vez no. Mis sobrinos no estarían. Mi hijo no se habría casado ni habría tenido un hijo.

—Wanda está bien—, dije finalmente. —Trabajando como psicóloga para el Departamento de Salud. Felizmente manejando los horarios de los gemelos—.

—¿Qué hay de tus padres?—

—Volviéndose viejos. ¿Cómo se atreven hacer eso?—

La sonrisa de mi exmarido cayó. —La vida encuentra formas de seguir siendo cruel, supongo—.

En ese momento alguien tocó la puerta. Aníbal dejó escapar un suspiro y abrió la puerta.

—¿Qué, Tina?— preguntó con impaciencia.

Su secretaria se aclaró la garganta. —Es tu esposa, Gretchen. Ella dice que es importante—.

Aníbal dejó escapar un suspiro y cogió su teléfono. —¿Qué?— preguntó. Se quedó callado por un momento. —¿Quién diablos te llamó? ¿Eh? ¿Quién te llamó?— gruñó.

Cogí mi cartera y caminé hacia la puerta. —Me iré, Aníbal. No quiero causarte problemas—.

Mi exmarido me miró fijamente. —Entiendo, Marta. Sabes dónde encontrarme—.

Miré el cartel de nuestro hijo. Vi a Aníbal en sus facciones. —Está bien, Aníbal. Cuídate—.

Salí de su oficina y vi como la secretaria hacía todo lo posible por

no mirarme. Eché un vistazo a Ada en su oficina. Sus ojos estaban muy abiertos mientras me miraban.

—Vi lo que hiciste—, le dije.

—No es así—, dijo rápidamente.

—No es mi problema. Te veré el mes que viene—, dije mientras salía de la oficina.

Antes de que pudiera abrir la puerta de mi coche, Aníbal se dirigió hacia mí.

—Lamento eso—.

Negué con la cabeza. —No es asunto mío, Aníbal—.

—No me importa. Sin embargo, si te comunicas con Waleska y ella es receptiva, hágamelo saber. ¿Me ayudas a ver a Adán?— preguntó mientras su voz se quebraba. —Tengo otros tres hijos, pero ninguno de ellos reemplazará a mi Héctor. Quiero ver a su hijo—.

Tragué lágrimas. —Serás mi primera llamada, ¿de acuerdo? Si tengo que llamar a un abogado, te lo haré saber—.

—Está bien—, dijo mientras abría la puerta de mi coche.

Me miró mientras subía. —¿Marta?—

—¿Sí, Aníbal?—

—Lo siento—, susurró.

Cerré mis ojos por un momento. No sabía la razón de la cual Aníbal se estaba disculpando, y no quería saberlo. Asentí con la cabeza y abrí mis ojos de nuevo.

—Cuídate, Aníbal. Gracias por el consejo financiero—.

Iba a decirle que Ada fue la que me delató, pero no lo hice. De ninguna manera necesitaba ese tipo de drama en mi vida.

Capítulo Once

Dejé al lado el drama que había desarrollado en la oficina de Aníbal y me fui a casa para prepararme para mi cita con el detective Kevin Connelly. Tenía cuatro horas hasta entonces, pero era bueno estar preparada.

Me paré frente a mi armario abierto y observé el contenido. Necesitaba tiempo para revisar mi guardarropa y mis atuendos. Tuve que decidir qué tipo de mensaje enviaría mi ropa. Tuve que peinarme, pero no tanto. No podía alisarme por completo porque se vería muy diferente a mi cabello de todos los días. Mis elecciones cosméticas implicarían un acto de equilibrio similar. Usaría delineador de ojos y un poco de rímel, un toque de lápiz labial, pero no un tono brillante.

—¿Por qué soy tan loca?— Me pregunté a mí misma.

Negué con la cabeza y cerré la puerta del armario. Decidí prepararme para mi cita cuarenta y cinco minutos antes y no antes. Con eso en mente, agarré el archivo que hice para Doña Elena y me senté a la mesa del comedor.

—¿Dónde empezar?— Pensé en voz alta.

Al principio, por supuesto. Tuve que ponerme en el lugar de Doña Elena. Habiendo depositado su depósito en mi cuenta bancaria de "servicios de consulta, —saqué mi tarjeta de crédito. Agarré mi computadora portátil y visité el sitio web de pruebas de ADN preferido de Doña Elena. Analicé el sitio web, visitando cada página, leyendo las exenciones de responsabilidad y las preguntas frecuentes. Satisfecha, compré una prueba de ADN para mí usando una nueva cuenta de correo electrónico.

Satisfecha con ese proceso, me levanté y caminé un poco por mi sala de estar. Miré la libreta que contenía mis declaraciones y opiniones sobre Doña Elena y comencé a pensar.

Doña Elena estaba tratando de encontrar una sobrina lejana. ¿Pero por qué? ¿Curiosidad? Tal vez. ¿Dinero? Ella tenía suficiente de eso, así que quizás no. Pero tal vez sí. ¿Quién sabía si la gente rica estaba obsesionada con el dinero? Tenía que aprender si las personas ricas se preocupaban por el dinero más que las personas con menos recursos económicos.

Con eso en mente, levanté mi teléfono. Revisé mis contactos y consideré quién podría responder mejor al tipo de preguntas que tenía. Contemplé llamar a mi padre, pero luego descarté el pensamiento. Melissa podría haber sido una excelente segunda opción, pero decidí que no quería molestarla con mis preguntas. Podría haber llamado a Rafy, pero decidí no hacerlo; Quería molestarlo con preguntas más serias.

Podría haberle preguntado al detective Connelly, pero él me haría

preguntas que no quería responder.

Eso dejó a una persona. Marqué el número y me puse nerviosa.

—¿Marta?— preguntó Jane Knight.

—Hola Jane. ¿Estás ocupada?—

—No; Claro que no. Simplemente viendo la televisión—.

Jane Knight estaba viendo la televisión. Eso fue extraño. Ella nunca veía la televisión, ya que siempre estaba apurada y trabajando. Descarté esos pensamientos, ya que no se aplicaban a la razón por la que la había llamado.

—¿Estás bien, Marta?—

Negué con la cabeza. —Sí, por supuesto. Solo quería preguntarte algo muy rápido—.

—Pregunta—.

¿Cortés? Se estaba portando rara.

—Um ... ¿cuál es tu opinión sobre la gente rica? ¿Les preocupa su dinero? ¿Se preocupan por su futuro más que la gente de clase media? —

Por un momento, no escuché nada. Segundos después, escuché el sonido de una puerta abriendo y cerrando. Mentalmente, coloqué a Jane en la oficina de su casa.

—¿Por qué preguntas? ¿Encontraste una caja fuerte llena de dinero en efectivo o algo así?—

Sonaba escéptica y un poco salada, más como ella misma.

—No. Mi situación financiera no ha mejorado de esa manera. Pero estoy tratando con alguien cuyas motivaciones me confunden. Financiablemente, está muy bien, pero me ha contratado para que le busque a alguien—.

—Ah. Las investigaciones—, dijo Jane. Podía escuchar la sonrisa en su voz.

—No—, respondí. —No. Eso no es. Estoy...consultando—.

Jane dejó escapar un suspiro. —Mi teléfono no puede ser pirateado. Puedes hablar libremente—.

—¿Como es eso posible?—

—¿Sabes lo cara que soy?—

—Si, lo sé—.

—Entonces, ¿por qué estás perdiendo mi tiempo con una pregunta estúpida como esa?—

Eso sonaba más como la Jane Knight que conocía, y me sentí intimidada de nuevo.

—Si. Estoy investigando algo para un cliente. Quiere que le encuentre a alguien, alguien que, al principio, no pueda mejorar la situación de mi cliente. Esta investigación me hace cuestionar los motivos de mi cliente. ¿Se trata de dinero? ¿A los ricos les importa el dinero?—

—Espera un segundo. Tus preguntas se están volviendo buenas—, dijo Jane. Escuché el sonido de la madera chirriando y la imaginé sentada detrás de su escritorio. —Bueno. Si ella es el tipo de persona que valora su posición social, entonces sí, siempre se preocupará por el dinero. Puede que tenga más dinero que suficiente, pero eso no impedirá que se preocupe por hacer más y conservarlo—.

—Eso encaja. Mi cliente es condescendiente e insiste en que la traten con respeto—.

—Entonces se trata de dinero. Probablemente,— dijo Jane. —O podría estar tratando de ajustar una vieja cuenta—.

—Dios mío—, dije mientras gemía.

—Cuéntame más—, instó Jane.

—¿No estabas viendo la televisión con Tim?—

—Esa mierda esta aburrida—.

Me reí. —Bueno, conocí a mi cliente en Puerto Rico. Insistí en que me pagara en efectivo. Ella no me vio antes de que me fuera de la isla, así que pensé que el trabajo estaba cancelado. Pero luego voló aquí por un día para entregar el efectivo en persona—.

—¿Marta?—

—Si—.

—Ten cuidado con este caso—.

—Mierda—, dije, momentáneamente permitiéndome una palabrota.

Poco después, Jane desconectó. Habiendo encontrado más energía nerviosa, recorrí mi sala de estar de nuevo. Me retorcí las manos mientras me preguntaba si debería despedir a Doña Elena como cliente.

—Piensa, Marta—, dije mientras dejaba escapar un suspiro.

Podría hacerlo, decidí. Podría averiguar lo qué quería saber Doña Elena. O podía hacer todo el trabajo que permitiera el retenedor y luego podía detenerme.

Los pies doloridos me hicieron sentarme. Frotándome los pies, recordé que mi cuerpo envejecido no podía limpiar para siempre. Tenía que mantener a Doña Elena como cliente.

Dos horas más tarde, tenía cuatro atuendos desechados en mi cama, mi cara completamente maquillada y la mitad de mi cabello alisado mientras que la otra mitad todavía estaba ondulada. Oficialmente me estaba volviendo loca.

Sonó el timbre de la puerta, lo que hizo que mi pánico se intensificara.

—¿Qué diablos?— Dije en voz alta.

Corrí hacia la mirilla de la puerta principal, a través de la cual vi a un detective de policía alto y pelirrojo.

—¡¿Qué estás haciendo aquí?!—

Kevin fingió mirar su reloj. —Umm ... tenemos una cita—.

—¡Sí, pero no te toca hasta treinta minutos! ¿Por qué llegaste tan temprano?—

Con una mirada de incredulidad en su rostro, miró mi puerta. —¿Me estás haciendo pasar un mal rato por llegar temprano?—

—¡No! No—, insistí. —Existe temprano, eso es como cinco o diez minutos antes, y luego existe estúpido temprano, que es algo más de quince minutos. ¡¿Adivina qué clase de temprano estas?!—

Kevin tuvo el descaro de reír. —¿Quieres que me vaya?—

—Quiero que no llegues tan temprano—.

—Bueno, ¿qué quieres que haga, Marta? Estabas enojada porque te dejé plantada antes, y ahora, estás enojada porque llegué demasiado temprano—.

Maldije su razonamiento inteligente. —Bien. Te abriré la puerta, pero no puedes mirar—.

Él sonrió. —¿Estás desnuda?—

—¡No, chico sucio!—

Él se rió a carcajadas. —Okay. No miraré—.

—Puedes abrir los ojos, pero solo una vez que te haya llevado al sofá y hayas oído cerrar la puerta de mi habitación. ¿Okay?—

—Está bien—, fue su respuesta.

—¡Mantén los ojos cerrados!—

—¡Lo haré! ¡¿Puedes abrir la puerta?!—

Afortunadamente, cumplió mis deseos. Puse mi mano sobre su antebrazo sorprendentemente musculoso mientras lo guiaba al sofá.

—No puedo decidir si estoy excitado o aterrorizado—, dijo.

Dejé escapar un suspiro. —¿Cómo es eso?—

—¿Estás desnuda? ¿O tienes escamas y verrugas por toda la piel?—

Me burlé. —No estoy desnuda y no parezco un troll. Confía en mí; me has visto en mi peor momento—.

Kevin se reclinó en el sofá y sonrió mientras sus ojos permanecían cerrados. —Bien. Puedes dejarme aquí,— dijo mientras agitaba una mano hacia mí. —Tengo algunas fantasías que hacer—.

—Eres un niño mal portado—.

—De tantas maneras—.

Dejé a Kevin con sus fantasías. Cerré la puerta del dormitorio y miré mi reflejo en el espejo. Tenía trabajo que hacer.

Rápidamente, pasé la plancha por el lado ondulado de mi cabello. Del fondo de mi pila de ropa, agarré unos pantalones negros y una blusa de seda gris. Fui ligero con el maquillaje y cómoda con mis zapatos.

Cuando abrí la puerta del dormitorio, fue para ver al detective mirándome, y muy seriamente. Me sonrojé. Él sonrió y luego se puso de pie.

—Me gusta esto: esperar en tu sala mientras te preparas—.

Sonreí. —¿Era eso el plan?—

Kevin rió a carcajadas. —No, pero funcionó. Vamos,— dijo mientras me presentaba su brazo. —Te llevaré a ti y a tu sentido del humor a una cita—.

Me reí. —Bueno. Mi sentido del humor te hará pasar un buen rato —.

—¿Qué hay de ti? ¿Me darás un buen rato?—

Dejé escapar un suspiro mientras agarraba mi bolso. —Espero que tenga un juego mejor que ese, Detective—.

Él rió. —No puedo esperar darte mis mejores líneas de recogida en el bar—.

Me reí de nuevo.

Así fue como pasé la mayor parte de mi noche con él, riendo y sonriendo. El hizo lo mismo. Cenamos en un pequeño restaurante del que no había oído hablar. Después fuimos a un pub de estilo irlandés.

—¿Qué tienes en Puerto Rico?—

—¿En cuanto a qué?— Pregunté antes de tomar otro sorbo de mi bebida.

—Pubs. ¿Los tienes ahí? "

Negué con la cabeza. —No. Creo que eso es solo una cosa del Reino Unido, creo—.

—¿Dónde beben?— preguntó mientras se sentaba en un banco.

—Bueno, donde podamos. Siempre que podamos—.

Él sonrió. —Entiendo. ¿Pero hay carácter en sus cantinas? ¿Un estilo?—

Asentí. —Si. Tal vez haya un poco de estilo español en los bares, pero no demasiado. Puerto Rico ha estado haciendo lo suyo durante unos cientos de años. Creo que la mayoría de los puertorriqueños considerarían una situación ideal para beber como hacerlo con sus seres queridos. ¿Quizás durante una comida? Riendo sin juicios ni preocupaciones. Tal vez bebiendo solo con fines medicinales—.

—¿Cómo bebes?— preguntó antes de tomar un sorbo de cerveza.

—¿Aquí o en PR?—

—Ambos—.

—En Puerto Rico, bebo socialmente y típicamente bebo cerveza. Aquí en casa, bebo con fines medicinales. Un trago de ron aquí o allá, si mi día ha sido duro. O si tengo que escuchar a mi mamá arengarme —.

Kevin sonrió, así que continué.

—Si mami se pone dramática, podría tener un par de tiros. Si mi día ha sido estresante, o bueno, comeré un trozo de tarta de queso para celebrarlo—.

Kevin se reclinó en su asiento mientras me miraba. Discretamente

dejé escapar un lento suspiro mientras lo miraba. Sus ojos azules eran tan fascinantes. Parecían un océano en calma, pero también misteriosos como un cielo que se oscurecía.

—¿Como fueron tus vacaciones?—

—Simplemente encantadores. Pero tal vez soy un poco más caritativa porque he estado alejado de Puerto Rico durante un par de días—.

—¿Fue difícil?—

—Bueno, quedarme en el dormitorio de mi infancia, escuchar viejos argumentos, la condescendencia sobre la profesión que elegí y mi madre olvidando que soy una mujer adulta hizo para situaciones difíciles. Ver la tumba de mi hijo fue triste y feliz. Estar con la familia, el clima cálido, comer buena comida e incluso ir a misa fue bueno—.

Me miró fijamente.

—¿Cómo estuvo tu día, Kevin?—

Gruño y miró su cerveza. Luego se dio la vuelta para encontrar a alguien. Cuando la camarera apareció, levantó un dedo. Ella asintió con la cabeza, que fue cuando Kevin se volvió hacia mí.

—Fue duro y triste, Marta. No quiero hablar de ello—.

—¿Tragas las cosas difíciles? ¿O sea, lo mantienes dentro de ti?—

El rostro de Kevin se puso serio y me miró fijamente por un momento antes de asentir. —Si. Aunque no debería. Me quedan años en el trabajo. Hay más estrés que viene. De eso estoy seguro—.

—¿Necesitas que sea una distracción?—

—Eres una distracción—.

Mariposas llenaron mi vientre. La camarera llegó con la cerveza de Kevin.

—¿Quieres que te cuente sobre mis clientes?—

—Sí, quiero—, fue su respuesta.

Le hablé de algunas de las personas para las que limpiaba, pero no de Jane o Melissa, ya que las protegía. Le gustaba escuchar sobre mis otros clientes y experiencias pasadas.

—¿Puedo preguntarte algo?— Yo consulté.

—Seguro—.

—¿Alguna vez has tenido el lujo de decir no a un caso o a una persona sospechosa? ¿Si son demasiado peligrosos? ¿Puedes hacer eso, profesionalmente o personalmente?—

Los ojos de Kevin se agrandaron cuando pareció considerar mi pregunta.

—Si. Siempre puedo pedir ayuda. A veces, un compañero detective se asocia conmigo. Sin embargo, no significa que siempre pida ayuda. Personalmente, no creo que pueda rechazar un trabajo o una mala situación. Mi profesión significa iluminar la oscuridad—.

Lo consideré mientras miraba a mi alrededor.

—¿Por qué lo preguntas?—

—Tengo un cliente. Ella podría ser malas noticias. Ella no me ha dado evidencia para verificar eso, pero tengo un presentimiento, ¿sabes?—

—¿Estás en peligro?—

—No—.

—Quédate atenta. Si la situación empeora, pida ayuda. Pídame ayuda—.

—Gracias. Lo haré—.

Miré mi reloj. Era tarde.

—¿Hora de acostarte?— me preguntó.

Me reí. —Si. Tengo que trabajar mañana—.

—Bueno. Déjame llevarte a casa—.

Una sensación de paz se instaló en mí cuando el detective me llevó a casa. La seguridad también. Quizás no mi corazón, pero mi persona. Me imaginé que era una de las ventajas de salir con un policía. Kevin me acompañó a mi apartamento, pero lo detuve en la puerta.

—¿Puedo entrar a tomar una copa?—

Negué con la cabeza y sonreí. —No. Lo siento. Ya es tarde. Tienes que irte a la cama. Yo también—.

—¿Es una invitación?—

—¿Qué te dije sobre las líneas de recogida cansadas?—

Su risa llenó el hueco de la escalera. —Si. Mencionaste eso. Tendré que traer mis mejores líneas—.

Yo también reí.

—Lo pasé muy bien—, le dije.

Aun sonriendo, estuvo de acuerdo. —Yo también. Tendremos que hacer esto de nuevo, pronto".

"Sabes dónde encontrarme—.

Kevin me miró fijamente.

—No puedes besarme. Todavía no—, le dije.

Él se burló en respuesta. —Eso es presuntuosa de tu parte—.

Reí. —¿En qué piensas?—

—¿Es una noche de tarta de queso o de ron?—

Yo sonreí. Kevin llevó su mano a mi cara y la sostuvo. Me sorprendió lo bien que se sintió.

—Eres tan bonita—, dijo.

—Tú también eres guapo—.

—Me voy—, dijo mientras dejaba caer la mano.

—Bueno. Ten cuidado ahí fuera—.

—Por supuesto. Te llamare—.

—Buenas noches—, dije.

Entré y cerré la puerta. Escuché los pasos que bajaban por las escaleras. Cuando los escuché hacer eco, dejé escapar un suspiro.

—Marta; ten cuidado con ese—, susurré.

Aun así, sonreí mientras me retiraba a mi habitación a pasar la noche.

Capítulo Doce

Necesitaba limpiar para que mi mente pudiera viajar. Con suerte, mis pensamientos presentarían un camino de investigación para el caso de Doña Elena. Queriendo un espacio para ordenar, me dirigí a Erickson Ventures Chicago.

Después de entrar en la oficina, miré el escritorio de Melissa. Estaba desocupada, a pesar de que era horario de trabajo. Sin embargo, no viajaba por trabajo, sino que estaba en Hanover, Pennsylvania, visitando a su familia. Estaba orgulloso de ella.

Miré la oficina de Niels y vi que la puerta estaba abierta. Las luces estaban apagadas, lo que significaba que aún no había llegado.

Empecé a limpiar. Comencé con las superficies altas: estantes, librerías y artefactos de iluminación. Incluso limpié los interruptores de luz. Después, limpié el escritorio de Melissa. Limpié todas las ventanas con el limpiador con aroma a limón que tanto le gustaba.

Pasé al baño de hombres. Solo tenía un usuario y Niels parecía un hombre limpio. Dejando su baño, llegué al baño de Melissa. La distracción me permitió perderme en mis pensamientos, afortunadamente.

Si pudiera creer en el sitio web de las pruebas de ADN, Doña Elena estaba relacionada con al menos 900 personas. Recordé la conversación que tuvimos en la panadería de Puerto Rico.

—Venimos de los mismos pueblos de montaña. Espero que cuando te hagas la prueba de ADN, encontrarás que estás relacionado con tantas personas como yo, si no más. Apuesto que tú y yo somos primas lejanas, lo que significa que tú también estarías relacionado con la sobrina que quiero encontrar. Sería una buena oportunidad para que la conozcas—.

Una conexión de ADN confirmada entre la sobrina de Doña Elena, Edna Nazario (su sobrina), y yo sería un buen punto de conversación. Se suponía que iba a recibir mi prueba de ADN por correo en los próximos días. Haría la cosa grosera de escupir y pagaría por la decodificación expresa de mi ADN.

—No lo suficientemente rápido—, murmuré mientras limpiaba el alféizar de la ventana del baño.

No podía confiar en una prueba de ADN para acercarme a la sobrina. ¿Quién sabía si los probadores de ADN querían conocer a sus conexiones genéticas en la vida real? Tenía que acercarme a ella de una manera que fuera independiente de las pruebas de ADN.

Edna Nazario era el nombre de la sobrina de Doña Elena y se suponía que era una técnica dental en algún lugar del Gran Chicago. Tendría que investigar por Internet en casa. Más tarde visitaría algunos sitios web de consultorios dentales locales. Tal vez tenga suerte y encuentre el nombre de Edna en la lista de empleados.

Plan establecido, me mudé a la oficina del Sr. Erickson. Le quité el polvo a los estantes y revisé sus ventanas y alféizares. Subí a una pequeña escalera y desempolvé las lámparas.

—Eres minuciosa—, escuché decir una voz con acento.

Todavía de pie en la escalera, me viré para mirar hacia la puerta. El Sr. Niels Erickson estaba parado allí. Tenía las manos en los bolsillos mientras se apoyaba en la jamba de la puerta. Parecía tener todo el tiempo del mundo.

Bajé la escalera y me volví para mirar hacia la puerta. —Buenos días, señor Erickson. ¿Cómo estás?—

—Estoy bien—, dijo. Su inglés, aunque perfecto, tenía un acento. Probablemente no le molestó él ni a nadie más. Era europeo, danés, para ser preciso. Se destacó, literal y figurativamente, ya que era bastante alto y estaba muy en forma. Su cabello era oscuro y grueso. Sus ojos azul claro eran penetrantes. Pómulos afilados enmarcaban su hermoso rostro.

El Sr. Erickson fue cortés, pero algo estaba en marcha. Parecía reservado, y tal vez un poco molesto.

—No tardaré, Sr. Erickson—.

—Llámame Niels. Por favor—.

Me sonrojé de nuevo. —Niels. Si. No tardare mucho. En poco tiempo estaré fuera de tu cabello—.

—No hay prisa—.

Por un momento, me quedé allí parada. Estaba incómoda. Estaba en el espacio de trabajo del Sr. Erickson, pero él no estaba trabajando; él estaba ahí parado y mirándome. Sin saber qué más hacer, volví a limpiar. Limpié el respaldo de su silla y luego las patas de la silla.

—Eso es minucioso - desempolvar la silla de esa manera. ¿No te parece innecesario?—

Me levanté y me sacudí las rodillas. —Algunos podrían pensar que sí. Pero me gusta considerar las posibilidades. ¿Qué pasaría si alguien se sentara en tu piso? O caer. Es posible que miren a su alrededor y encuentren polvo en su silla. Me gusta dejar espacios impecables. Creo que un espacio limpio le permite a alguien saber que todo esté bajo control—.

El asintió. —Soy consciente de eso—.

Niels me hizo sentir ansiosa y nerviosa, y deseaba que simplemente se fuera. Incluso podría ir y darse un vuelco en el baño recién limpiado. Después de todo, nada atraía el trasero de un hombre como un inodoro limpio.

Aun así, se quedó allí.

Dejé escapar un suspiro silencioso y enchufé la aspiradora a un tomacorriente en la pared. Tiré del cable detrás de mí y me dirigí al rincón más alejado de su oficina.

—Melissa está de vacaciones—, dijo.

Mierda, mierda, mierda, pensé.

—Lo sé—, dije mientras me volvía para mirar a Niels.

—Melissa solo planeo tres días. Me llamó y extendió sus vacaciones por dos días más. Eso la hará estar ausente durante cinco días—.

Era una sirvienta, pero podría hacer aritmética básica. Si no fuera un cliente que pagaba, probablemente habría tenido mejores palabras para él. Pero tenía facturas que pagar. Además, quería seguir trabajando en Erickson Ventures para poder vigilar a Melissa.

Sospechaba que mi amistad con Melissa estaba cabreando a Niels. Aun así, lo miré.

Me dio una lenta sonrisa. —¿No tienes respuesta para mí?—

—No escuché una pregunta, Sr. Erickson—.

Sus ojos brillaron intensamente y su sonrisa se ensanchó. Estaba radiante. Me di cuenta de lo que había hecho - lo había intrigado. Eso no fue una buena idea.

—No, no lo hice. Eres una manzana inteligente, Marta. ¿Es esa la expresión?—

Asentí. —Lo es. ¿Qué me está preguntando, señor Erickson?—

—¿Le aconsejaste a Melissa que fuera a visitar a su familia?—

Nerviosa, apreté la manija de la aspiradora. Pensé en la ubicación de mi teléfono celular, que estaba en mi bolsillo derecho. Kevin estaba en mi marcación rápida. Mi rociador de pimienta estaba en mi bolsillo izquierdo. Además, el pisapapeles de cristal del escritorio de Niels también funcionaría bien como arma.

—Le di la sugerencia—, dije finalmente.

Asintió y se puso de pie.

—La necesito aquí en la oficina—.

—Puedo apreciar por qué. Melissa es una gran trabajadora—.

El asintió. —Ella es. Creo que tendré que llamarla y decirle que vuelva temprano—.

Niels era un cabrón. Dejando a un lado los sentimientos de ira, miré su escritorio. Vi fotos de su esposa, hijo e hija.

—Las vacaciones son buenas. Creo que la está pasando bien en Pennsylvania—.

—Tal vez—, dijo mientras se encogía de hombros.

Lo miré un poco. —Familia lo es todo. ¿No estás de acuerdo?—

Parpadeó un par de veces. —Estoy de acuerdo—.

Asentí. —Estoy segura de que hará lo que crea que es mejor—.

Niels abrió la boca para hablar de nuevo. Habiendo tenido suficiente de su charla psicópata, lo miré a los ojos y luego encendí la aspiradora. Le di mi espalda y comencé a aspirar.

Niels estaba haciendo todo lo posible para hacerme sentir nerviosa.

Ignorarlo fue un simple gesto que pude hacer. Sin embargo, una confrontación futura podría no ser tan segura para mí.

Cuando terminé de aspirar la parte trasera de su oficina, me volví para mirar hacia la puerta. Niels se había ido. Echando un vistazo al vestíbulo y al escritorio de Melissa, vi que él tampoco estaba allí. Miré hacia el baño, pero no escuché correr el agua ni el ventilador ruidoso.

—Buen Dios—, dije mientras dejaba escapar un suspiro.

Rápidamente terminé el resto de mis limpiezas del día. Incluso Jane comentó sobre mi rapidez.

—No hay razón—, dije mientras fregaba el interior de su microondas. —No es cierto ... pisé los dedos de alguien con posición. Me corrigieron. Mantendré la boca cerrada de aquí en adelante—.

Jane siguió mirándome. —Avísame si necesitas ayuda con algo—.

—Lo haré, gracias—, le dije antes de volverme hacia la microonda.

Necesitaba mantener la boca cerrada sobre Niels y Melissa. ¿Estaba jugando al titiritero con la vida de Melissa? Quizás lo estaba. ¿Quién era yo para portarme como hermana mayor a ella? No tenía el derecho. Además, no quería convertir a Niels en un enemigo.

Con eso en mente, me propuse enfocarme en encontrar a Edna Nazario, la sobrina de Doña Elena. Después de ducharme, me senté frente a mi computadora y busqué consultorios dentales en el área del Gran Chicago. Cuando obtuve diez páginas de resultados, refiné mis criterios de búsqueda. Una búsqueda de Edna Nazario y consultorios dentales en Chicago arrojó menos resultados.

Llevaba veinte minutos de búsqueda cuando sonó mi celular. Sin apartar los ojos de la pantalla del portátil, contesté el teléfono.

—¿Hola?—

—¡Amiga!— Dijo la voz de Melissa.

Sonreí y me alejé de la pantalla. —¡Hola! ¿Cómo está Pennsylvania?—

—Lo llamamos 'P.A.' aquí. Pennsylvania tiene muchas sílabas—.

Me reí. —Gracias por el consejo de la jerga local—.

Ella también rió.

—¿Cómo van tus vacaciones?—

—Bueno, me estaba divirtiendo, pero luego Niels me llamó con una emergencia. Ahora, estoy de regreso—.

Mi sonrisa se desvaneció. —Oh. ¿Cuándo se suponía que te ibas a ir?—

—Pasado mañana. Iba a intentar extender las vacaciones por un par de días más, pero Niels dijo que hay una emergencia y que podría volver a P.A. en el otoño. Así que eso es todo. Estoy en el aeropuerto de Harrisburg—.

Me rasqué la nariz mientras consideraba qué decir. Eché un vistazo a la puerta que conducía al exterior de mi apartamento. Mi casa era

pequeña, pero tenía control sobre quién entraba. Mi amiga parecía tener poco control sobre lo que estaba sucediendo en su vida.

—No puedo esperar a verte—, dije, forzando la alegría en mi voz.

—¡Ese es el espíritu!— dijo mientras se reía. —¿Cuándo podemos volver a tomar bebidas?—

Diez minutos después me sostuvo sirviéndome un trago de ron, sin tarta de queso al lado, porque no estaba celebrando.

Estaba volviendo a aprender a ocuparme de mis propios asuntos, y no los asuntos de otros. Apestaba.

Capítulo Trece

A la tarde siguiente, reanudé mi búsqueda de Edna. Fue sorprendentemente fructífero, tal vez sospechosamente. Ya había localizado unas diez Edna Nazarios en el área metropolitana de Chicago. Cuatro de ellas eran asistentes dentales.

—¿Qué pasa con mujeres llamadas Edna y su amor por el trabajo dental?— Murmuré.

Entonces se me ocurrió que tal vez solo había una Edna Nazario y que tal vez trabajaba en varias oficinas. Tal vez ella cambiaba de trabajo y algunas de los negocios no habían puesto al día sus sitios web.

Gemí y dejé escapar un suspiro. Al parecer, tendría que investigar en persona. Sin embargo, no podía visitar esas oficinas y hacer preguntas. Necesitaría operar con el pretexto de necesitar trabajo dental.

Cogí mi cartera y saqué mi espejo compacto. Eché un buen vistazo a mi boca. Necesitaba retocar mi lápiz labial. La pelusa sobre mi labio se veía un poco prominente. ¿Se estaban oscureciendo esos pelos? Los años cuarenta eran feroces.

—Concéntrate—, dije mientras me miraba los dientes. Miré mis incisivos, caninos y un par de molares.

—Maldita sea—, murmuré. En Puerto Rico, tuve un examen dental completo, una limpieza y un empaste. El trabajo dental era más barato allí, lo que significaba que no tenía la necesidad de visitar a un dentista en Chicago.

Dejé mi compacto y miré la pantalla de mi computadora, que estaba mostrando un negocio dental cosmético. Edna Nazario era una de las asistentes dentales. Una bombilla mental prendió cuando vi que hacían trabajo dental cosmético. Quizás podría ir a una consulta de blanqueamiento.

—No hay momento como el presente—, dije mientras alcanzaba mi teléfono.

Miré el sitio web, preguntándome cómo programar mi cita para poder ver a Edna Nazario. Tenía que ir por un día ajetreado, lo sabía. Marqué el número y esperé a hablar con alguien.

—Visions of Teeth consultorio dental. Habla Mayra. ¿Como puedo ayudarte?—

—Hola. Me llamo Marta. Necesito un trabajo dental. ¿Creo?— Inyecté una buena cantidad de duda en mi tono, ya que quería dejarme abierto a más información y ventas adicionales.

—Seguro—, dijo Mayra con entusiasmo. —¿Puedes venir para una consulta? Es gratis—.

—No sé—, dije mientras suspiraba. —Yo...no tengo seguro dental,

así que tendría que pagar en efectivo. Tengo que ver qué me permite el presupuesto y lo que no me permite—.

—Ofrecemos financiación aquí, Marta, y también damos un descuento por pago en efectivo. Estamos dispuestos a hacer lo que sea necesario para brindarle una sonrisa hermosa—.

—Bueno, ¿qué tal una evaluación? ¿Qué días son buenos para eso? —

—Los martes y miércoles son nuestros días más ocupados. Podemos verte más pronto si vienes un lunes, un jueves o un viernes —.

Escribí los "días ocupados" en una libreta.

—Bueno. ¿Qué pasa si solo quiero blanquear mis dientes o algo así? ¿Qué pasa si no hago nada en absoluto? ¿Cobra por eso?—

—No—, dijo ella. —Por supuesto que no. Queremos que se sienta lo más cómoda posible. ¡El trabajo dental da miedo!—

Sonreí. —¡Tienes razón! ¿Cómo suena el 5 de enero?—

—Bueno, eso es martes. Nuestro día más ajetreado. ¿Puedes venir un jueves?—

Gruñí. —¿Sabes qué? Estoy algo ocupada. ¿Qué tal si te devuelvo la llamada otro día?—

Aun así, escribí el martes 5 de enero en mi libreta.

—Si el martes funciona para usted, lo haremos funcionar para nosotros. ¿Puede darme tu número de teléfono, Marta?—

—Claro que sí, Mayra—.

Después de colgar el teléfono, anoté mi tiempo de investigación en el archivo de Doña Elena. También le agregué el costo de la gasolina, el estacionamiento y tal vez incluso un blanqueamiento dental.

—Un buen comienzo—, dije mientras dejaba escapar un suspiro y me desperezaba.

Aproximadamente dos horas después, mi teléfono volvió a sonar. Dejé mi guineo y atendí la llamada.

—¿Puedo hablar con la Señorita Marta?— preguntó una voz con acento.

Me reí en voz alta. —¿Por qué no me sorprende que puedas hablar algo de español?—

—Porque soy un detective de policía de Chicago, Illinois—, dijo Kevin.

—Tu español es bueno—.

—Lo tomaré como un cumplido—.

—Será mejor que tenga cuidado contigo—, dije mientras tiraba la cáscara de plátano en el zafacón.

—Ese es inteligente, —dijo mientras se reía. —¿Pero por qué?—

—Porque hablas más español de lo que has dicho—, dije mientras me apoyaba en mi mostrador.

Él rió entre dientes. —Tal vez debería haber mantenido eso en secreto por un tiempo más—.

Me reí en voz alta. —Quizás, pero, de nuevo, podría haber podido determinar tu fluidez a través de otros métodos—.

Rió de nuevo. —Por favor. Dime cómo—.

Sonreí y caminé hacia mi sala de estar, donde me senté en el sofá. —Bueno. Creo que puedo saber cuándo la gente entiende español, o inglés, según la conversación—.

—¿Cómo determinas eso?—

—Si estoy en un restaurante o en una tienda y la gente habla en inglés, pero deja de hablar una vez que hablo español, me dan sospechas. A veces diré un buen chiste en español para ver si reaccionan—.

—¿Eso funciona?—

—A veces—.

—Eres demasiado inteligente—.

—¿Es eso un problema?—

—No, señora—.

—Vamos a tener un problema si me vuelve a llamar 'señora'—, le dije.

Rió de nuevo. —No puedo tener eso. Mis disculpas, señorita Morales—.

—Disculpa aceptada." Luego dejé escapar un suspiro y me senté en una silla en mi cocina. —Háblame de tu día—, le pedí.

Kevin compartió un par de casos que describió como aburridos. Habló de otros policías antes de decirme que estaba cansado y en casa.

—¿Que tal tu día?— me preguntó.

Lo consideré. No había forma de que pudiera contarle sobre mi investigación. Después de todo, no tenía licencia. Además, sospechaba que el buen detective podría no aprobar de mi trabajo de tiempo parcial.

—Tuve un día extraña—, confesé.

—¿Cómo es eso?— preguntó.

—Uno de mis clientes de limpieza. Me paga muy bien y es muy respetuoso y cortés. Se mantiene fuera de mi camino—.

—¿Entonces?—

—Este es un cliente profesional, en el sentido de que limpio su oficina comercial, pero no su casa—.

—Entiendo."

—Pero tengo la sensación de que presta más atención a las cosas de lo que pensaba—.

—¿Qué cosas? ¿Qué específicamente? " Kevin preguntó. El humor desapareció de su tono.

—Observa mi comportamiento—.

El detective se quedó callado un rato.

—¿Te sientes amenazada?—

Si, pero no dije eso.

—No—, respondí.

No podía renunciar a ese trabajo. Era buen dinero y Melissa y Niels me dieron mi espacio. Además, podría estar atenta a Melissa.

—No creo que estés siendo sincera—, dijo Kevin. —Eres inteligente. Eres cautelosa. Si la atención de este tipo te llamó la atención, hay una razón para eso—.

—Eres un buen detective—, le felicité.

—No intentes distraerme—, dijo, y con bastante severidad.

—Eso fue un poco sexy—, agregué mientras sonreía.

Él se rió a carcajadas. —¿De verdad?—

—Si—.

—Deja de distraerme—, dijo. —¿Sientes que estás en peligro?—

—No. Creo que el cliente tiene curiosidad por mí y por lo que hago. Pero es un hombre casado y tiene hijos. Es un buen jefe a mi amiga, quien es su empleada—.

—Ah. Melissa Bollinger. ¿Hablas de Niels Erickson?—

Maldita sea. No necesitaba que el detective metiera su nariz en mi vida profesional.

—Necesito que dejes esto en paz, Kevin—.

—¿Por qué?—

—Porque te lo estoy diciendo. ¿Bueno? ¿Lo dejarás solo?—

Se quedó callado un rato. —Tengo sentimientos conflictos sobre esto—.

—Entiendo. Pero necesito este trabajo. Niels es un hombre inteligente. No necesito problemas. Solo quería compartir el incómodo intercambio que tuve con él hoy—.

—¡Pero no hiciste eso!— dijo enojado. —¡No me dijiste lo que sucedió que te puso tan incómoda!—

—¡Para!—

—¿Qué dije?—

—Necesito que seas… mi amigo. ¿Mi amigo especial? ¿Mi señor que llama? No sea un detective cuando te diga esto—.

Él rió. —Primero tenemos que analizar la primera parte de esa declaración—.

—No, no lo hagamos—, le pedí.

—Pero si lo haremos. ¿Tiene algún problema con la palabra NOVIO?— dijo en voz alta.

—Shhh—, dije. —¡No digas eso!—

Él rió. —¿Por qué no? ¡NOVIO!— el gritó.

—Oh, Dios mío—, dije mientras caminaba por mi cocina. —¡No digas eso! ¡No eres mi novio!—

—¿Por qué no?—

—Porque esa etiqueta significa una relación. ¡Solo hemos ido a una cita!—

—Hemos tenido DOS citas y nos hemos besado—.

Maldita sea. Kevin tenía razón. Unos meses atrás habíamos compartido un almuerzo. Se suponía que me estaba interrogando, pero había decidido posponer eso porque no quería arruinar nuestra comida.

—Bueno. Tuvimos dos citas, pero tú robaste ese beso—.

—Como un pillo—, dijo.

Deje escapar un suspiro. —Simplemente no me llames tu novia. Todavía no te lo has merecido—.

—Estamos teniendo nuestra primera pelea. Definitivamente somos novio y novia—.

Gemí y luego reí. —Eres incorregible—.

—Soy persistente—, afirmó.

—También me dejaste colgada en el aeropuerto—, agregué.

Kevin gimió. —Mierda. Nunca olvidarás eso. ¿Ves? Eso es algo que puedes dominarme. Si no fuéramos novios, no podrías hacerme sentir culpable por una falla—.

—Eso no tiene sentido—.

—Estoy corriendo con eso—.

Suspiré. —Mira. Necesito que no seas detective en esto, ¿de acuerdo?—

—Sabes que no puedo abandonar ese tipo de pensamiento. No funciona de esa manera—, dijo, la convicción llenando su tono.

—Necesito que lo intentes. Limpiar y mantener felices a mis clientes es mi forma de ganarme la vida, Kevin—.

Él gimió. —Okay, Okay. No me olvidaré de este tipo extraño, pero dejaré de mirarlo. Por ahora—.

—Si haces algo, avísame primero. ¿Por favor?—

—Lo hare—, dijo. —Ahora. Puedo respetar el hecho de que no quieres que te llame novia. ¿Qué tal si te llamé mi 'beba' y tú puedes llamarme tu 'papi chulo'?—

Kevin era incorregible, persistente e hilarante. Acepté una invitación a una segunda cita (o tercera, dependiendo de quién contaba) con él, siempre y cuando no me llamara "beba—. No hizo promesas. Estaba bien con eso.

Capítulo Catorce

Una de las ventajas de ser sirvienta era la oportunidad de observar a las personas. Me interesaron muchísimo. Me encantaba cuando eran normales y me encantaba cuando eran raros.

Pero lo extraño podría ser demasiado extraño, especialmente si el comportamiento extraño provenía de alguien que anteriormente había sido como una esfinge en su autocontrol.

—¡Buenos días, Marta!— Jane exclamó mientras me abría la puerta de la cocina.

Dejé escapar un suspiro. —Hola Jane. ¿Cómo estás?—

—¡Estoy bien! ¡Excelente! Estoy probando una nueva bebida de kombucha. ¿Lo has probado?—

Negué con la cabeza mientras me quité el abrigo y lo colgué de un perchero junto a la puerta. —Todavía no—.

—¿Quieres tratar un poco?— ella preguntó.

En ese momento, Tim Peterson, su esposo, entró en la cocina. Él estaba sonriendo. —¡Hola Marta! ¿Cómo estás?—

Asentí. —Bueno. ¿Cómo está usted?—

—Genial—, me dijo. —Ahora, cariño—, le dijo a Jane. —Sabes que Marta es una chica de café. ¿No es así?— preguntó mientras me miraba.

Asentí. —Lo soy, pero agradezco la oferta—.

—Avísame si cambias de opinión—, dijo Jane mientras me sonreía.

—Lo haré. Creo que empezaré con la oficina esta mañana, por si acaso alguno de ustedes quiere trabajar desde casa hoy—.

—Eso es genial—, dijo Tim.

Salí del área de bienvenida del asilo y me dirigí al armario que contenía mi equipo de limpieza. De ahí fui a la oficina. Una vez que la puerta estuvo cerrada, dejé escapar un suspiro.

Caminé hasta el escritorio y discretamente miré el calendario. No sabía lo que estaba buscando, pero era un punto de partida.

—Hmm—, dije cuando vi una pista. Hasta un día atrás, Tim Peterson había estado fuera de la ciudad.

Levanté la cabeza y miré por la puerta de vidrio de la oficina hacia la cocina. Las diferencias de comportamiento de Jane podrían atribuirse a las ausencias de su marido.

—Pero ¿cómo?— Susurré.

Miré las otras cosas sobre el escritorio, el alféizar de la ventana y las estanterías, pero no vi nada que pudiera indicar la causa de los cambios de humor de Jane.

—Ah, bueno—, dije. Seguí limpiando la oficina y luego el resto del condominio. Mis esfuerzos dieron como resultado un hogar limpio y un elogio efusivo, pero no más pistas sobre lo que estaba afligiendo a

mi jefa/abogada/cliente.

Erickson Ventures Chicago fue mi siguiente parada. Estaba ansiosa por volver a ver a mi amiga.

—Es hora de seguir con la rareza—, dije.

No tenía por qué preocuparme. Mientras que Niels Erickson era un psicópata de grado A, Melissa era un soplo de aire fresco.

—¡Es tan bueno verte!— Ella exclamó.

Yo sonreí. —Igualmente. ¿Estás ocupada?—

Ella sacudió su cabeza. —No. Acabo de terminar una conferencia telefónica. Te haré compañía mientras limpias—.

—Suena como un plan—.

Trabajé en los estantes altos de la sala de espera mientras Melissa se sentaba en un sofá.

—Entonces, ¿cómo estuvo P.A.?—

—Pennsylvania del sur/central no cambia mucho. Sin embargo, es consolador—.

—Eso es genial. ¿Cómo está la familia?—

—Bien, —dijo mientras sonreía. —Mi mamá es la cubana, como sabes. Papá es el de P.A. Hablan de mudarse al sur a Florida, donde hace calor. Mamá no lo escucha—.

—¿De Verdad?— Pregunté mientras me reía. —¿Por qué no?—

—Ella dice que a los locos les gusta el clima cálido—.

Me reí en voz alta.

—Mamá dice que pueden evitar a los desquiciados si se quedan en P.A. Además, le gusta el frío—.

—¿Qué piensas? ¿Alguna vez te imaginas moviéndote allí? "

Dejó escapar un suspiro y frunció los labios. —Sabes, solía pensar que no podía. ¿Pero ahora? No lo sé. Quizás sea madurez. Tal vez sea mi tiempo en Chicago sin familia. Creo que podría volver a vivir en una ciudad pequeña, lo que es Hanover, en comparación con Chicago —.

—Eso es genial—.

—¿Qué? ¿No me vas a obligar a quedarme en Chicago? Me extrañarías—.

—¡Terriblemente! Pero me encantaría imaginarte en un pueblo pequeño. Cerca de la familia. Tal vez construyendo tu propia familia —.

Me di cuenta de lo silenciosa que estaba la oficina de Niels. ¿Había estado escuchando a escondidas? Probablemente. Aun así, continué como si él no estuviera allí.

—Puerto Rico sigue cambiando. No es una sorpresa, lo sé. Pero me sorprende. Salgo del avión y regreso a casa con algo familiar pero nuevo—.

—¿Puedes ver una vida por ti misma, si tuvieras que regresar?—

Habiendo terminado de quitar el polvo, me bajé del taburete y me volví hacia ella. —Creo que no. No veo un lugar donde pueda encajar allí. Ya no—.

Sonó el teléfono de Melissa. —Dame un momento—.

—Me mudaré a los baños—, susurré.

Melissa asintió y luego se sentó en su escritorio. Respiré hondo y entré a la oficina de Niels, donde lo vi en su escritorio, escribiendo en silencio. ¿Estaba escribiendo o estaba haciendo aguaje? ¿Estaba generando algún tipo de manifiesto psicópata?

—Señor Erickson?— Yo pregunté.

Dejó de escribir y me miró. —Marta. Hola. ¿Estás bien?—

—Lo estoy, señor. Gracias por preguntar. Me moveré a tu baño ahora si te parece bien—.

—Por supuesto—.

—Si me disculpas—, dije mientras salía de su puerta y me dirigía al baño.

Después de limpiar el baño del Sr. Erickson, pasé al baño de mujeres. No estuve allí mucho antes de que Melissa se uniera a mí.

—¡Bebidas de nuevo! ¿Cuándo podemos hacer eso? " preguntó mientras se sentaba en el banco.

—¿Qué funciona para ti?—

—¿Qué tal el sábado por la noche?—

Sonríe. —No puedo. Tengo una cita."

—¿QUÉ? ¿¿¿¿Qué????—

Me reí y le conté sobre el detective Kevin Connelly.

—¡Oh Dios mío!— dijo mientras sonreía. —¡Eso es tan increíble! Estoy tan emocionada por ti—.

Me encogí de hombros. —Puede que sea temprano para ilusiones, pero me estoy divirtiendo. Kevin es divertido—.

Ella arqueó las cejas. —¿Qué hay del otro detective? ¿Detective Kostas?—

Me reí. —¿Cómo recuerdas el nombre del detective Kostas?—

—¡Porque tu vida es emocionante!—

Me reí y terminé de limpiar el baño.

—¡Comparte conmigo!— exigió.

Limpié el espejo antes de hablar. —El detective Kostas parece ser un hombre que no está listo para estar con solo una mujer. Si sabes a lo que me refiero—.

Miré a Melissa y vi que se estaba sonrojando.

—Entiendo lo que dices. Pero, ¿Cómo es el detective Connelly?—

Yo sonreí. —Kevin es más receptivo a la idea de salir con una sola mujer. Está listo para divertirse y sonreír y reír—.

—¡Un gran comienzo!—

—Eso creo—, respondí.

Terminé de limpiar el baño y me mudé a la oficina de Niels, que afortunadamente estaba vacía. Después, fui al área de trabajo de Melissa.

—Te llamaré más tarde para averiguar un día en el que podamos salir a tomar algo—.

—Por favor, hazlo—, le dije.

Guardé mi equipo de limpieza y me estaba preparando para dirigirme hacia la puerta. Melissa me miró fijamente.

—¿Estás feliz de volver?— Le pregunté a ella.

Parpadeó un par de veces antes de responder. —Aquí es donde trabajo. Tengo obligaciones aquí. Amigos—, agregó.

Me reí mientras consideraba algo.

—¿Qué?—

—¿Crees que cubanos y puertorriqueños comparten las mismas expresiones?—

—Vamos a probarlo—.

—Te conozco bacalao—, dije.

Su reacción - ojos llenos de lágrimas y muchos asentimientos - me alertó sobre su familiaridad con la expresión que indicaba que el hablante sabía que la otra persona estaba ocultando algo.

—Conozco el dicho—, dijo finalmente.

—Sabes dónde encontrarme—, le dije.

Estaba sombrío cuando dejé Erickson Ventures. Tuve la sensación de que Melissa sabía que Niels estaba tratando de controlarla, pero no estaba segura sí estaba lista para hacer algo al respecto. Aun así, su amor por su familia y la vida fácil de su estado natal significaban algo.

Dándome una extraña sensación de comodidad estaban los dos clientes residenciales que tenía. Ellos me ignoraron y yo los ignoré. Deliberadamente ignoré el contenido de sus zafacones y lo que cubría sus mesas de noche y sus tocadores. No leí listas puestas en refrigeradores ni miré notas adhesivas en monitores de computadora. No vi cuántos juegos de llaves estaban en las mesas de las consolas o colgaban por ganchos de la pared. Acabé de limpiar. Me despedí, se despidieron, y eso fue todo.

De camino a casa, pasé por un colmado para comprar tarta de queso y ron. Las vidas personales de Jane Knight y Melissa Bollinger estaban retorciendo mis entrañas en nudos. Por mucho que quisiera, no era mi trabajo limpiar o reorganizar sus vidas personales. Así que, me ocupé de mi propia vida.

Mi madre me llamó esa noche.

—Hola, mami—, dije mientras ponía pausa en mi DVR. Me había puesto al día con un programa de televisión sobre procedimientos policiales.

—Hola. ¿Cómo están las cosas?—

—Bueno. Limpieza. Pasando el rato. Viviendo un invierno en Chicago. ¿Cómo están las cosas por allá?—

—Van bien. Mira: ¿Cómo te va la investigación para Doña Elena? —

Sonreí. —Mamá, ella es una clienta. No puedo compartir esa información—.

—¡Por supuesto que puedes! ¡Yo soy tú madre! Puedo ayudarte—.

Asentí. —Y eres de gran ayuda. ¿Qué tal esto? Si necesito que busques algo por allá, te lo haré saber—.

—Puedo ayudarte ahora—.

—No puedes, mamá. No tienes que perder tu tiempo en este asunto básico—. le dije, tratando de tranquilizarla. —Eres una mujer ocupada; cuidas a papá, ayudas con los hijos de Rafy y haces las cosas con la iglesia y todos tus hermanos. Me sorprende que tengas tiempo para ti—.

—Bueno, yo no—, afirmó. —Ayer mismo, tu tía Josefa me pidió que viniera para darle una opinión sobre un sofá que compró. Pero, ¿por qué necesita mi opinión? ¡Josefa ya lo compró! ¿Qué tipo de respuesta esperaba? Por supuesto, tuve que decirle que tenía muy buen gusto... —

Me sentí un poco mal manipulando la atención de mi madre. Alivié mi culpa diciéndome a mí misma que le estaba prestando un oído. La escuché a medias mientras miraba la televisión, preguntándome qué haría el detective de policía de mediana edad y poco atractivo para encontrar al tipo que le había robado los diamantes a la bonita joven heredera de petróleo. La heredera estaba coqueteando con el detective, lo que la hacía parecer más culpable.

—Fue alguien adentro—, accidentalmente murmuré en voz alta.

—¿Qué?— Preguntó mamá. —¿Qué dijiste?—

De repente me senté erecta. —Nada, mamá. Solo decía que probablemente, los viejos sofás de la tía Josefa se arruinaron por alguien en la casa—.

—¡Eso es lo que dije!— fue su respuesta. Mamá luego retomó donde lo dejó.

No pude evitar dejar que mi mente viajara, mientras mamá estaba inmersa en su monólogo. Si estuviera en Puerto Rico, ¿cuánto tiempo tendría para escuchar esa conversación? ¿Tendría que escucharlo en persona? ¿Podría sacar un periódico y fingir un leve interés, como hubiera hecho mi padre? ¿O tal vez mirar mi teléfono como sabía qué hacía mi hermano Rafy?

De repente, me sentí mal. ¿Quién escuchaba a mi mamá? ¿Ignoraron otros su conversación tanto como yo? ¿La gente la daba por sentada? Las lágrimas llenaron mis ojos y me obligué a escucharla.

—... pero no me comprará sofás nuevos. Dice que estos están bien

—.

—Son sofás bonitos, mamá. ¿No dijiste que querías un juego de comedor nuevo?—

—¡Si! Lo dije. Pero este también funciona—, dijo.

Noté que sonaba un poco más entusiasta. Tal vez se dio cuenta de que le estaba prestando atención.

—¿Mamá?—

—Si—.

—Visité a Aníbal. ¿Quieres saber lo que paso?—

—¡Si! ¡Por supuesto que sí!— dijo emocionada.

Entonces, le conté lo que pasó. Simpatizaba con las dificultades mías y de Aníbal con la ex esposa de nuestro hijo. Estaba orgullosa de mí por tratar a mi exmarido con amabilidad y respeto.

—¿Qué vas a hacer? ¿Acercarte a Waleska?—

—La verdad es que tengo un poco de miedo. Waleska tiene todo el poder—.

Mamá dejó escapar un suspiro. —Puedo ver eso. Pero tienes que intentarlo—.

—Creo que lo haré. Gracias por escucharme—.

Ella se aclaró la garganta. —Por supuesto. Para eso estoy aquí. Yo siempre estoy aquí—.

—Gracias mamá—.

Después de haber terminado la llamada, me quedé mirando mi teléfono celular. Me pregunté si todas las relaciones de madre e hija eran complicadas. Recordé cómo le dije a Héctor que siempre estaría ahí para él. Revisé mi lista de contactos antes de encontrar el número que estaba buscando. Presioné el botón verde del auricular.

—¿Hello?— preguntó una voz con acento puertorriqueño.

—¿Hola? Cleofe? Esta es Marta Morales. ¿La madre de Héctor?—

No había hablado así en voz alta en un tiempo. Por supuesto, todavía era la madre de Héctor. Eso nunca cambiaría. Malditas lágrimas. Los sequé y continué.

—Hola, Marta—, dijo amablemente. —¿Cómo estás?—

Dejé escapar un suspiro de alivio. —Bien. ¿Cómo está usted?—

—Ay, Marta. Mi esposo, Víctor, tiene cáncer. Se me va—.

—Lamento mucho oír eso, Cleofe—.

La escuché contarme sobre su esposo y cuánto tiempo había estado enfermo. Después, llegué al motivo de la llamada.

—¿Cleofe? Te llamo porque quería saber cómo ponerme en contacto con Waleska—.

—Bueno. Pero ... ¿por qué necesitas el teléfono de ella?—

Dejé escapar un suspiro lento y tranquilizador. —Quiero ver cómo le va a Waleska. Quiero ver a mi nieto—.

—Adán está bien y es muy querido. No te preocupes—.

Al instante, me puse de pie. —¿Waleska sigue viviendo en Cobblewood Towers?—

—No me siento cómoda diciéndote eso—.

Maldita sea, maldije mentalmente. Caminé mientras pensaba qué decir a continuación.

—¿Cleofe? Gracias por tu tiempo. Te voy a dejar. No quiero que te mantengas alejada de Víctor por más tiempo—.

—Marta—, preguntó rápidamente. —¿Qué vas a hacer?—

—Me voy a preparar para trabajar mañana. Pero cuídate y saluda a Víctor. Buenas noches—.

—¡Marta!—

Colgué y luego tiré mi teléfono celular contra el cojín del sofá.

—¡Maldita sea!— Maldije. Traté de contener las lágrimas, pero luego me pregunté por qué. Me senté en mi sofá y lloré.

Dejar las lágrimas caer se sintió bien, pero no era una actividad útil. Como no tenía nada más que hacer, hice lo que le dije a Cleofe sobre lo que iba a hacer: me preparé para el día siguiente.

Capítulo Quince

Habían pasado tres días desde que había hablado con Cleofe, la madre de Waleska. Le había permitido intimidarme para que no me pusiera en contacto con la madre de mi nieto.

Avergonzada y deprimida, me vestí para mi cita con Kevin. Íbamos a ver una película y después cenaríamos.

—¿Te dije que te ves bien?— Preguntó.

Su carro de lujo europeo olía a cuero y limpieza. Me gustó.

—Si. Gracias—.

Puse un poco de esfuerzo en mi atuendo. Debajo de mi chaqueta larga, vestía una blusa negra y pantalones negros con botas debajo. Dejé que mi cabello hiciera lo suyo y también usé una mano ligera al aplicar mi maquillaje.

Kevin seguía mirándome furtivamente, incluso mientras conducía.

—Oh, lo siento. ¿No te felicité por tu vestido? Te ves guapo esta noche—.

Él rió entre dientes. —Gracias—.

—¿Me estabas mirando por eso?—

—No—, dijo mientras miraba hacia el tráfico de nuevo.

—¿Qué es?—

—Estás deprimida—.

Dejé escapar un suspiro. —No soy burbujeante, detective—.

Él rió. —No dije que lo fueras. Solo digo que estás deprimida y se nota—.

—Tienes razón—.

—¿Te importaría decirme qué tienes en mente?—

Lo consideré. —Bueno, seguro. Pero tienes que prometerme que no harás nada sobre lo que te voy a decir—.

—¡Dios mío, Marta! ¡¿De nuevo?!—

—¿Otra vez que?— Me quejé.

Él se burló. —Me has pedido que no haga nada con respecto al probable psicópata para el que trabajas. Ahora, ¿algo más te está molestando que podría estar en contra de la ley?—

—No. No es así—.

—Así es como lo estás haciendo sonar. Las declaraciones que preceden con "prometes no hacer nada" levantan todo tipo de alarmas. Como ... tal vez te metas en cosas que se supone que no debes. Como ... continuamente—.

Estaba más cerca de la verdad de lo que me gustaba.

—Okay, Okay—, repetí. —Podría tener que demandar a alguien por algo. No quiero hacer eso—.

—¡Ave María! ¡¿Por qué?!— dijo.

—La viuda de mi hijo. Tengo miedo de que esté intentando

alejarme de mi nieto. He estado investigando los derechos de los abuelos. No quiero que tengamos que llegar a eso: involucrar a las cortes—.

Kevin dejó escapar un suspiro. —Wow—.

—Lo sé. Llamé a Cleofe, esa es la mamá de Waleska, pero no me dio la información sobre su hija. Está tratando de disuadirme de que vuelva a ponerme en contacto—.

—¿Waleska? ¿Cleofe?— Dijo Kevin.

Asentí. —Si. Waleska era mi nuera y Cleofe es su madre—.

—No tendrás que preocuparte de que busque esos nombres, porque no hay forma de que me acuerde de ellos—.

Sonreí. —Entiendo. Waleska es algo común en los países hispanos. Cleofe, un nombre tradicional como Mildred, ha caído en popularidad —.

—No puedo imaginarme por qué—.

Me reí, y luego él también.

—¿Quieres que te conseja?—

—Si. Sí—, repetí mientras me volvía hacia el detective.

—No asumas nada. El hecho de que la...suegra de su hijo no quiera que te comuniques no significa que su nuera no lo quiera. Pero mantenga el número de un abogado en espera. Las cosas podrían ponerse feas—.

—Eso es lo que temo—.

—No lo estés. Ese es tu nieto. Deberías ser parte de su vida—.

—Eso es lo que quiero—, dije suavemente.

—Opta por un enfoque fácil. Escribe una carta a tu nuera, que sea amable, y sin amenazas ni culpas—.

—Eso suena como un movimiento seguro—.

—Quieres tratar esto con cuidado—.

—Lo haré—.

Estuve perdida en mis pensamientos durante el resto de nuestro viaje, e incluso cuando entramos al cine. Kevin pareció respetar mi silencio, por lo que estaba agradecida.

Sin embargo, me perdí en mis pensamientos más de lo debido.

—Espérate un momento. ¿Qué estamos viendo?— Pregunté mientras nos acercábamos a las puertas de una sala de cine.

—La película titulada 1906. Las maravillas sin éxito. Ya sabes, la Serie Mundial, los White Sox y los Cubs—.

—¡Kevin! ¡Eso suena tan aburrido!—

Sus ojos azules se expandieron. —¿Que estás diciendo? ¡Esto es genial!—

Gemí y miré a los otros teatros. —Hay una película de hombres lobo ahí. Y la siguiente habitación muestra una película sobre la fuga de la prisión. Y hay una comedia sobre la realeza británica. ¿Por qué

no elegiste uno de esos?—

—¡Dijiste que no te importaba!— argumentó.

Dejé escapar un suspiro. —Diantre. Bien. Vamos a verlo—.

—Eso me hace sentir mal—.

—No. Veremos tu película. Podría ser bueno—.

Kevin sonrió. —Te va a fascinar. Ya verás—.

La película apestaba. Mientras lo veía, se me ocurrieron ideas sobre qué decir en una carta a Waleska. Le preguntaría cómo estaba y le diría que me encantaría tener la oportunidad de visitarla a ella y a Adán. No aplicaría presión.

Después de mentalmente escribir la carta, pasé a pensar en mi próxima consulta dental. No quería que me blanqueen los dientes, ya que era demasiado caro. Dudaba que una visita fuera suficiente para obtener la información que necesitaba sobre Edna Nazario. Además, necesitaba conocer la verdadera razón por la que Doña Elena estaba buscando a Edna.

Recordé que todavía no había chequeado mi correo con Doña Justa. Se suponía que había llegado mi equipo para el examen de ADN. Necesitaba calcular la cantidad de saliva que necesitaría suministrar y cuánto tiempo necesitaba ayunar antes de contribuir la saliva.

Por muy desgarrador que fuera, tendría que empezar a buscar un cliente comercial que no fuera Erickson Ventures Chicago. Fue difícil caminar la línea entre ser amiga de Melissa y su empleada. Además, estaba el hecho de que su jefe era espeluznante.

—Maldita sea—, dije en voz alta.

—Lo sé—, susurró Kevin. —Pero al final lo recuperan. Ya verás—.

Kevin pensó que estaba reaccionando a la película. Lo dejé correr con eso. Cuando terminó, dejé escapar un suspiro de alivio.

—¿Te gustó?— preguntó.

—¿Te gustó a ti?— Yo respondí.

—No responda una pregunta con una pregunta—, dijo mientras se levantaba de la silla.

Suspiré. —Si lo disfrutaste, me alegro. Honestamente—.

Y era la verdad; Kevin trabajaba duro y estaba emocionado de ver la película.

Seguía mirándome. —No te gustó—.

—No. Lo siento—.

—¿De verdad?— Sonaba incrédulo, y quizás un poco enfogonado.

—¿Estás tratando de pelear porque no me gustó la película? ¡Yo estaba tranquila! No exigí que cambiaras los boletos. Dije que me alegraba que lo disfrutaras. Pero, si insistes en conocer mi opinión, la compartiré—. Tomé un respiro y continué. —Oh Dios mío. Deberían haber dejado esa película en 1906. Deberían haber dejado que el

hombre lobo de al lado se comiera la película, o al menos el guion—.

—¡Ay, Marta!—

—¡Querías saber!— Pontifiqué. —Además, ¿has visto cuántas mujeres hay aquí en el teatro?—

Miré a mi alrededor y señalé a las personas sentadas, las que se preparaban para irse y las que habían cerca de la salida.

—Contándome a mí, hay como… tres mujeres aquí. Y como cincuenta hombres. ¿Crees que es una coincidencia?—

—No lo es—, intervino una mujer sentada un par de filas detrás de nosotros. —Perdí una apuesta con mi esposo—, dijo la mujer de mediana edad mientras señalaba el hombre sentado a su lado. —Por eso estoy viendo este espectáculo de mierda de una película—.

Me reí en voz alta. —Gracias por eso—.

—Mira, Sam, recibí un 'gracias' de un extraña—, le dijo la mujer a su esposo. —Nunca recuperaré los noventa minutos que desperdicié en esta película—.

Su esposo sacudió el fondo de su bolsa de palomitas de maíz. —Eso es lo que obtienes cuando desafías al guerrero—.

Kevin se rió entre dientes y dejó escapar un gemido. —Bien. Okay. Vámonos—.

—¿Qué estabas planeando para la cena?— Pregunté mientras nos dirigíamos al estacionamiento.

—Comida mexicano—, dijo.

Negué con la cabeza. —No. Inténtalo de nuevo—.

—Bien. ¿Qué deseas?—

—Biftec, creo. ¿Quizás un poco de tarta de queso después?—

Frunció los labios. —Okay. ¿Compensará por mi elección de película?—

—Creo que sí—.

Así, nuestra noche mejoró. Después de una buena comida y una mejor conversación, Kevin me llevó a casa.

—¿Cuándo volveremos a hacer esto?— preguntó.

Me volví hacia él. —Bueno, tengo algo que hacer mañana por la noche. Es un poco aburrido, pero puedes venir conmigo si quieres—.

—Guau. ¿Cómo podría rechazar eso?— Kevin preguntó secamente.

Me reí. —¡Será gratis! Y puede ser divertido. Será educativo—.

—Dime más—.

—Es una charla en una biblioteca. Un experto en ADN y genealogía hablará sobre las pruebas de ADN enviadas por correo y cómo se conectan con los árboles genealógicos—.

Kevin asintió. —Admito que eso atrae al detective en mí. ¿Qué más tienes para aliviar la noche de aburrimiento?—

—Bueno. Después, podemos volver a mi casa. Voy a freír unas frituras y podemos compartir un poco de la cerveza que importé de..."

—Hecho—, dijo, interrumpiéndome. —Me tenías en la cerveza. No —, corrigió, —me tenías en frituras—.

—Es una cita—, dije.

—Seguro que sí—, fue su respuesta.

Kevin detuvo su auto frente a la puerta que controlaba el acceso a mi puerta.

—Entonces. ¿Puedo darte un beso de buenas noches?—

Dejé escapar un suspiro. —Un beso. Sin lengua—.

—Acepto—, dijo.

Tuve que admitir que estaba emocionada. Kevin se inclinó hacia mí y yo me incliné hacia él. Sus labios eran suaves pero firmes. Estaban calientes, incluso cuando la cabina de su vehículo estaba fría. Sonrió y me besó de nuevo.

—Te gusta besarme, Marta—.

Reí. —No lo odio—.

—Puedo leerte como un libro—.

—Tal vez. Tengo que irme. Tengo mucho que hacer mañana—.

—¿Cuándo debería ir a recogerte?—

—¿Qué tal si te reúnes conmigo por allá? Tengo algo que hacer antes de llegar a la biblioteca—.

—¿Qué tienes que hacer?—

—Limpiando cosas—.

—Okay. Corre hacia arriba. Te vigilaré hasta que llegues a la puerta—.

—Buenas noches—.

—Tú también, Marta—.

No podía dejar de sonreír mientras me metía en la ducha. A pesar de ver una película mala, fue una buena noche.

Capítulo Dieciséis

Lo que tenía que hacer antes de encontrarme con Kevin era una reunión con Jane Knight. Ella no me esperaba.

—Oye. ¿Qué estás haciendo aquí?— Preguntó Jane. Ella había estado limpiando su encimera.

—Quería apagar el horno esta noche para poder limpiarlo mañana. Tengo que aplicar un limpiador que durará toda la noche—.

—¿No es un limpiador fuerte?— preguntó, frunciendo el ceño.

—Sí, pero… cualquier otro limpiador verde es un dolor en el trasero. Easy-Off hace el trabajo bien y rápido—.

—Te pago por la limpieza ecológica, no para las cosas fáciles con químicos agresivos—.

Tuve mi respuesta. Jane estaba dentro de los rangos normales. Interesante.

—Bueno. Déjame sacar mi vinagre y bicarbonato de sodio del carro —.

Ella me miró. —Espera un minuto. ¿Me vas a cobrar más porque tardarás más en fregar el horno?—

—Si fueras un cliente por horas, lo haría. Pero eres de tarifa plana, así que no—.

—Y con razón. Usa el material verde—.

Cuarenta minutos después, el horno estaba cubierto de una sustancia blanca pegajosa. Jane se había sentado a la mesa de la cocina para leer una revista.

—No podrás usar el horno hasta mañana por la noche—, dije mientras me quitaba los guantes.

—¿Qué? ¿Por qué?—

—Se necesita un tiempo para eliminar todo el bicarbonato de sodio. Se mete en las grietas y esas cosas—.

—¿Por qué no lo mencionaste antes?—

Dejé escapar un suspiro. —Lo siento si olvidé ese detalle, Jane—.

Ella puso los ojos en blanco. —Lo que sea. Supongo que mañana comeré comida para llevar—.

—¿Planeabas cocinar una gran comida?—

—No. Tim está fuera de la ciudad—.

A ha. Más información.

—Lo limpiaré mañana—.

—Sí, sí. Continúe con tu noche. ¿Tienes planes?— Jane preguntó mientras bajaba su revista.

—Tal vez—.

—¿Qué? ¿Qué estás haciendo?—

—Tengo una cita—.

Su boca se abrió. —¿Con quién?—

—Un hombre—, me desvié.

—¿Quién es este chico?—

—¿Me lo preguntas de manera amistosa o profesional?—

—¿Qué importa? De todos modos, la línea está borrosa—.

—Tienes razón. Mi cita es con un detective de la policía —.

Jane sonrió, y se veía tan bonita haciéndolo.

—¿Es uno de los de antes? ¿El que ayudó con María o intentó ayudar a encontrarla?—

Me reí. —Si—.

—¿Cuál?— preguntó mientras aplaudía.

—¿Qué tal si lo adivinas?—

—Si. ¡SI! ¡Mi razonamiento deductivo es incomparable! Pero tendrás que darme una pista—.

Pensé por un momento. —Bueno. Mi cita es con el detective que sonríe más fácilmente. También se ríe más rápido—.

Me miró fijamente durante unos segundos. —El pelirrojo—.

Reí. —¿Cómo lo sabes?—

Ella se burló. —Los hombres calvos tienen algo que demostrar. La gente pelirroja desarrolla una piel gruesa desde jovencitos. Aprenden a reírse de las cosas antes. Tienen buen sentido del humor—.

—Kevin se ríe rápido—.

—Me alegro—, dijo antes de levantar su revista de nuevo.

—Te veré mañana—.

Me moví para irme, pero Jane me detuvo.

—¿Marta?—

—¿Sí, Jane?—

—Tienes que molestar a los detectives para que te pongan al día sobre María Álvarez—.

—¿Puedes hacer eso por mí?—

—No. No tengo otro garaje para que limpies. Sin embargo, es necesario averiguar que sabe la policía—.

—Entiendo. Bueno—.

—Vete. Que tengas una buena cita—.

Felizmente lo hice. Me dirigí a la biblioteca ya que estaba vestida con un atuendo informal para la cita. Sonreí tan pronto como vi el auto de Kevin. Estaba en la puerta de mi auto tan pronto como estacioné.

—¿Puedo saludarte con un beso?— Preguntó.

—Un beso. Sin lengua—.

—No creo que pudiera darte lengua en un estacionamiento—.

—Eso suena ilícito—.

—Porque lo es—.

—No lo es—, discutí, pero sonreí.

—¿De verdad vas a discutir la ley conmigo?— preguntó mientras el

me agarro por mi cadera y me acerco a él.

—Quizás no ahora mismo. Hace frío. ¿Más tarde?—

—¿Qué tal si me das un beso?—

—Está bien—.

Sus labios estaban calientes, y otras partes de mi cuerpo también se calentaron.

—¿Por qué hueles a vinagre? ¿Has comido chips de sal y vinagre? "

Gruñí. —No. Tuve que pasar por la casa de un cliente. Tenía que rociar su horno con vinagre y bicarbonato de sodio".

—¿Por qué harías eso?—

—Para limpiarlo. ¿Huelo mal?—

"No. Me gustan las hojuelas de sal y vinagre".

"Bueno. ¿Estas listo para entrar?—

"Si. Me estoy congelando el trasero—.

Entonces entramos. Nos sentamos cerca de la parte de atrás del cuarto mientras esperábamos a que los otros usuarios de la biblioteca ocuparan los asientos delante de nosotros. No tuvimos que esperar mucho.

—¡Cuidado con las pruebas de ADN en casa!— advirtió nuestra anfitriona, una genealogista de mediana edad llamada April Lee. —Es posible que obtenga respuestas a preguntas que no sabía hacer. Incluso obtendrás respuestas a preguntas que no querías que te respondieran—, dijo April, con la voz llena de seriedad.

Inmediatamente tuvo mi atención. Agarré mi cuaderno y bolígrafo y me preparé para tomar notas. Kevin frunció el ceño mientras lo miraba, pero no dijo nada.

—¿Qué tal si sigo adelante y respondo a algunas preguntas frecuentes de manera preventiva? Las pruebas de ADN le dirán quiénes podrían ser sus padres y quiénes no. Pueden decirte que no eres irlandés en absoluto, pero que eres lituano—.

—No—, susurró Kevin.

Me reí entre dientes, pero guardé silencio.

—Las pruebas de ADN le enseñarán que los secretos ya no se pueden llevar a la tumba—.

Anoté eso y me senté más frente en mi asiento.

—Eso es una bendición para las fuerzas del orden. El ADN les ha ayudado a resolver casos que se han enfriado por mucho tiempo. Tu ADN—, dijo April mientras caminaba, —podría ayudar a sacudir un criminal desconocido de tu árbol genealógico—.

—No, conocemos a esos tipos—, dijo un hombre, haciendo reír a muchos en la audiencia.

April Lee también rió. —Buen punto. ¡Podría arruinarse el relato de la abuela de que eres pariente lejano del presidente Barack Obama! Es posible que descubra que es pariente de Rod Blagojevich—.

—Eso es más apropiado—, dijo una mujer mayor.

—Ustedes son una multitud divertida—, dijo April Lee mientras sonreía.

—Y usted es una narradora talentosa—, dijo un señor mayor.

April sonrió. —Gracias. Pero sí, me encanta contar historias. Eso es lo que es la genealogía: sacar hechos del aire, y su saliva, para formar la historia de su vida y lo que vino antes que usted—.

La charla sobre genealogía genética fue una hora excelente y entretenida, y un aprendizaje agradable. También tomé una gran cantidad de notas. Cuando terminó, le agradecí a April por su tiempo, al igual que muchos otros.

—¿Por qué tomaste tantas notas?— Kevin preguntó mientras me acompañaba a mi carro.

—Yo...voy a hacer una prueba de ADN. Tengo curiosidad por saber en qué me meteré antes de enviar mi saliva a una empresa desconocida—.

—Inteligente. Pero, ¿por qué ponerte a prueba?—

—Curiosidad—.

—Hmm—, dijo. —Bien. Te seguiré a tu apartamento—.

Cuarenta y cinco minutos después tenía al detective sentado a la mesa de mi cocina y bebiendo una cerveza.

—¿Habría alguna sorpresa en tu prueba de ADN?— Le pregunté a Kevin. Estaba friendo una mezcla de plátano/papa/carne molida sazonada/pimiento llamado alcapurrias.

Kevin se rió a carcajadas. —No. Pero quizás. Mis padres vinieron aquí desde Irlanda. Mis abuelos se quedaron allá. En lo que respecta a la etnia, no habrá sorpresas. Sin embargo, papá se parece más a su tío que a su padre—.

Me reí a carcajadas, al igual que Kevin.

—Vaya. Quizás no deberías hacer una prueba de ADN—.

—Lo sé—, dijo mientras tomaba otro sorbo de cerveza. —Mis abuelos han fallecido, así que no les haría daño—.

—Sin embargo, quizás sus recuerdos. Además, sus hijos, ¿tus primos?—

—Si. Tengo muchos de ellos. Tantos—.

—Yo también—, dije mientras dejaba un plato de alcapurrias fritas en la mesa. Tomé una cerveza para mí y me senté frente a Kevin.

Kevin sonrió mientras miraba el plato.

—Vas a querer tener cuidado. Las alcapurrias están calientes. Un poco de gusto adquirido..."

Al buen detective no le importaba. Usando una servilleta, tomó una alcapurria y le dio un mordisco. Inmediatamente, sus ojos se abrieron al igual que su boca. Sopló aire caliente como un dragón de antaño.

—Te advertí que estaban caliente—.

—Tengo hambre—, dijo con la boca llena. —Pero maldición; estos son buenos—.

—Me alegra que te gusten—.

Comimos un poco más antes de freír las empanadillas de pizza.

—¿Esperas algún misterio en tu prueba de ADN? ¿En tu árbol genealógico?— me preguntó.

—Realmente no. Soy puertorriqueña, así que espero ver que la mayor parte de mi ADN será española, con algo de ADN nativo americano y africano también. Lo que me da curiosidad es con cuántas personas podría estar relacionada—.

Después de freír las empanadillas de pizza, volví a sentarme a la mesa.

—¿Cómo tienes espacio para toda esta comida?— Preguntó Kevin.

—No almorcé—, dije mientras sonreía.

—Bueno, yo almorcé. Pero no puedo dejar de comer—, se quejó el detective.

—Entonces come—, le pedí.

Kevin siguió mirándome. Sus ojos azules sostuvieron los míos.

—Tomaste muchas notas. En la biblioteca—, dijo.

Asentí. —Me gusta hacer mi tarea—.

—Sí, pero tomaste notas en español. ¿Por qué hiciste eso?—

Me encogí. —No creo que te hayas dado cuenta de eso—.

Él se encogió de hombros. —Es lo que hago, Marta—. Se sentó hacia adelante en su asiento. —Esto es lo que pienso; Creo que escribiste esas notas en español porque no querías que las entendiera. Soy bastante bueno leyendo español, porque también hago mi tarea—.

Suspiré. —Bueno. Okay. ¿Quieres que te cuente cosas?—

—Si. Seguro. Pero... ¿por qué el subterfugio? Eso te hizo parecer más sospechosa. Si hubieras escrito tus notas en inglés, no habría pensado mucho en eso—.

Tenía que darle algo a Kevin. Sin embargo, no demasiado, ya que no necesitaba saber sobre mi trabajo secundario.

—Bueno. Una amiga de la familia busca a un pariente en Chicago. Esta amiga de la familia es pariente lejana mía. Ella quería saber si yo podía ayudar a encontrar a esta prima lejana. Lo más probable es que yo sea pariente de la prima de Chicago. Su ADN fue probado. Quiero ver si puedo acercarme a ella de esa manera—.

Kevin se rascó el cuello. —Bueno. Pero, ¿por qué esta amiga de la familia no se acerca a ella misma? ¿No habla inglés? ¿No habla español la persona que vive en Chicago?—

—Doña Elena Matos, la prima lejana mía, habla inglés y español. No sé lo que habla esta otra prima. Pero le dije que la ayudaría. Ella es una vieja amiga de la familia—.

—Esto suena incompleto—.

Me encogí de hombros. —Tal vez. Pero quería ayudar—.

Por dinero, quería ayudar porque me pagaban. Pero no le revelaría eso a Kevin.

—¿Por qué no querías que supiera sobre esto? ¿Por qué escribiste tus notas en español?—

—Porque no quería que investigaras cosas por mí. No quería que miraras a la gente—.

—¿Por qué no?—

Me encogí de hombros. —No lo sé. Soy privada—.

Kevin se recostó. —Marta, estamos tratando de conocernos. Si me ocultas cosas ... eso obstaculizará la construcción de una relación—.

—Lo sé, Kevin. Lo sé—, dije, comenzando a entrar en pánico. —Pero esto es nuevo para mí. No sé cuánto darte. No sé qué compartir. No he tenido citas en una eternidad. Y me estoy haciendo mayor—, dije mientras mi voz se quebraba. —No sé qué te va a mandar a hacer las maletas o a mí. No lo sé, pero quiero aprender—.

Kevin detuvo mis argumentos de pánico a su manera probada: besándome. Me relajé. Sin embargo, se detuvo antes de que las cosas se calentaran demasiado.

—Nos tomaremos las cosas tan despacio como sea necesario—.

—Eso funciona para mí—, dije, tratando de recuperar el aliento.

—No me mientas. No me gustan las mentiras—.

—No lo comparto todo. Eso es difícil. Eso llevará tiempo—.

El asintió. —Está bien. Siempre que lo compartas alguna vez—.

Dejé escapar un suspiro. —Bueno. Eso funciona—.

Seguía mirándome. —Sabes algo? Si no hubiera comido mi peso en comida frita, estaría poniéndote los movimientos—.

—Esa es una buena frase para ligar. Deberías aferrarte a ese—.

Él rió fuerte y duro. Yo también lo hice.

—Con toda seriedad—, dijo mientras se secaba un ojo, —la comida frita ayudará a absorber toda la cerveza que he tomado. Esa cerveza es buena. Liviana, pero buena—.

—Si. Algunos de mis amigos lo prefieren para el desayuno y no para el almuerzo o la cena. Prefieren Coors o Heineken como bebidas por la noche—.

El detective me miró fijamente. —Si no hubiera tenido amigos bebedores, eso me habría asustado—.

Me reí a carcajadas esa vez. Acompañé a Kevin hacia la puerta poco después.

—¿Kevin?—

—Si—.

—¿Cómo va la búsqueda? ¿Por María Álvarez?—

Kevin dejó escapar un suspiro. —En curso. Tengo que hablar con

James para obtener los detalles. Ha vuelto a tomar la iniciativa en eso —.

Asentí.

—Estás a salvo, ¿de acuerdo? Habría compartido algo de otra manera—.

—El detective Kostas no me llama tanto como antes—.

Kevin, que había estado caminando hacia la puerta, se detuvo y se volvió hacia mí. —¿Que qué?—

Me sonrojé. —James solía llamarme cada dos días más o menos. Solo para ver cómo estaba y para darme noticias sobre María—.

Kevin asintió y respiró hondo. —Eso tiene que terminar ahora—.

—Las llamadas de antes eran sobre asuntos oficiales—.

—De ahora en adelante te informaré oficialmente. James no tendrá que llamarte, —afirmó.

—Kevin; ha sido una buena noche. No busques algo donde existe nada—.

Gruñó algo y luego dejó escapar un suspiro. —Okay. Hablaré con James sobre María. Te traeré al cuartel si es necesario—.

Asentí. —Me gustaría eso—.

Le abrí la puerta. Se apoyó en el marco y me miró. —Esta fue una buena cita, Marta. Todo. La charla en la biblioteca sobre el ADN, las frituras y las confidencias. Esto fue bueno—.

—¿Sí?—

—Sí—, respondió.

Se inclinó y me besó dos veces. —Te enviaré un mensaje de texto mañana, ¿de acuerdo?—

—Okay—.

—Buenas noches, Marta—.

—Tú también, Kevin—.

Me besó de nuevo y luego se fue.

Debería haber vuelto a mis notas sobre el caso de Doña Elena. En cambio, me sumergí en los pensamientos de la maravillosa noche que había tenido.

Capítulo Diecisiete

El ajuste de cuentas no esperaría. Pensé que tenía más tiempo. Pero ella no se quedaría lejos para siempre. Ella conocía las mismas personas que yo. Sabía a quién llamar. Ella también sabía atacar, que era cuando mis defensas estaban bajas (durante la noche). Ella supo qué decirme, tan pronto como me llamó por teléfono.

—¿Soy una buena madre, Marta?— preguntó Zoraida Mercado, también conocida como mamá.

Dejé escapar un suspiro y me hundí en mi sofá.

—Si, mami. Eres una buena madre—.

—Bueno. Bueno. Gracias por decir eso. Mi misión es ser una buena madre. Siempre. No soy perfecta—, dijo, su voz comenzando a cantar un poco. —¿Pero ¿quién es? Yo no. No. No soy perfecta—.

Cerré los ojos y dejé escapar otro suspiro. También me quité los zapatos porque tenía que ponerme cómoda. Zoraida Mercado tenía que desahogarse y se iba a tomar su tiempo.

—Si. Mi hija vive en Chicago. La extraño—, dijo. —Vive tan lejos. ¿Cómo puedo vigilarla si vive tan lejos? No puedo. Pero yo amo; amo con tanta fuerza, desde muy lejos. Y desearía que mi hija pudiera quererme también—.

—Mami, te quiero—.

—¡Cállate! ¡Estoy hablando aquí! " Ella regañó.

—Buen, Dios—, gemí.

—¡No te atrevas a llevar ese tono conmigo!—

—Lo siento mamá. ¿Estabas diciendo?—

—Ajá. Si. Intento ser una buena madre. Una madre solidaria. Una madre con la que puedas hablar. ¿Te imaginas lo difícil que fue para mí descubrir que mi hija tiene novio? ¿Un hombre del que no sé nada? —

—Ave María. ¿Quién derramó las habichuelas?—

—¡No importa quién me lo haya dicho!—

—Doña Justa. Tenía que haber sido ella—.

—¡No importa quién!— repitió.

—Está bien, mamá—, le dije. —Estoy saliendo con alguien. Es un detective de la policía llamado Kevin—.

—¿Cuál es su apellido?—

—Creo que te he dado suficiente información—, dije mientras me dirigía a la cocina.

—¿Era este el hombre que te recogió en el aeropuerto?—

Me burlé. —No. Kevin no me recogió en el aeropuerto—.

—¿Es un buen hombre?—

Abrí el gabinete sobre la estufa, buscando mi ron.

—Creo que he terminado de responder a tus preguntas—.

—¿Por qué?—

Me serví un trago y lo olí. —Porque no me gusta la forma en que me haces preguntas, mamá—.

—¿De qué otra manera podría saberlo?— exigió.

—Preguntando, mamá. Sin el drama—.

Tiré el ron hacia atrás.

—Bueno. Te pregunto ahora y de buena manera. Cuéntame sobre él—.

—No—, dije mientras dejaba el vaso en el mostrador. —Es demasiado tarde para eso—.

—¿Estás bebiendo ron?—

—No voy a responder a eso. Y no fuiste amable. Esta conversación ha terminado—.

Luego me despedí rápidamente y colgué. Mamá llamó de nuevo, pero lo ignoré. Sonó de nuevo.

—Él bebe de mami—, dije mientras miraba el número de Rafy. Tampoco acepté la llamada de mi hermano mayor.

Guardé el drama de mi familia, y me puse a trabajar en otras cosas.

—Es hora de formular algunas preguntas—, dije mientras sacaba el archivo que tenía para Edna Nazario.

Capítulo Dieciocho

Era el día de mi consulta de cosmética dental. Pasé hilo dental y me cepillé los dientes. Me aseguré de que mi cara estuviera libre de pelos extraños y que mi nariz estuviera limpia también.

Dirigiéndome al consultorio dental en Oak Park, me pregunté para qué tipo de cita me había preparada más: visitas al ginecólogo o al dentista.

—Nosotras mujeres somos criaturas vanas—, dije mientras entré en el estacionamiento del consultorio dental Visions of Teeth. —Que nombre raro—. Murmuré a mí misma.

Respiré hondo y entre a la oficina. Mis primeras impresiones fueron buenas. La sala de espera era lujosa. Una alfombra de felpa honda tenía por encima asientos de cuero contemporáneos. En el centro había una otomana larga con mechones. Revistas corrientes, sin arrugas, se encontraban en soportes a lo largo de las paredes. Estaciones de carga se colocaron discretamente dentro de los apoyabrazos de las sillas. Había una barra de café a un lado. Me dirigí a un escritorio central.

—¡Buenos días! Bienvenido a Visions of Teeth. ¿Tiene cita?—

—Si. Mi nombre es Marta Morales—, dije mientras miraba la etiqueta que tenía abrochado a su blusa.

¡Ah! Fue Mayra, la mujer que atendió mi llamada. Miré a otra mujer sentada detrás de un escritorio, pero no pude leer su etiqueta.

—Gracias por venir, Marta. ¿Podría completar estas formas de admisión?—

—Claro—, dije.

Me tomé el tiempo de examinar el formulario antes de dirigirme a la sala de espera. —No tengo seguro médico. Pagaré en efectivo o a crédito. ¿Será eso un problema?—

Mayra sonrió. —De ningún modo—.

Me senté con el portapapeles y el bolígrafo proporcionado por la servicial Mayra. Completé mi nombre, pero en vez de anotar mi dirección actual, enumeré mi apartado postal recién adquirido. Afortunadamente, era una dirección postal real y no un número de caja. Tampoco incluí mi número de seguro social. Registré una tarjeta de crédito que tenía un límite de cien dólares.

Mantuve un ojo en la recepción. Tan pronto como vi a Mayra irse, agarré el portapapeles y me dirigí hacia allí.

—Perdóneme; ¿Quieres que te devuelve las formas o debo dárselos al...higienista?—

La mujer de cabello oscuro miró en mi dirección. Desafortunadamente, su etiqueta con su nombre decía Sylvia. —Puedo aceptarlo, señorita Morales—, dijo con una sonrisa.

—Gracias—, dije.

Regresé a mi asiento y esperé. Me tomé el tiempo para mirar a todos los otros clientes en la habitación. Parecían distraídos. Algunos miraron sus teléfonos celulares mientras que otros leyeron revistas. Mayra no se había equivocado con el ajetreo del día; la sala de espera estaba llena. Poco después, me llamaron de nuevo.

—¿Señorita Morales?— dijo una mujer que vestía en una bata de laboratorio blanca.

Agarré mi bolso y me dirigí hacia ella. Espiando su etiqueta con su nombre, vi que se llamaba Raquel. Maldita sea. ¿Dónde estaba Edna Nazario?

Me preguntaba cuánto tiempo tendría que continuar con la farsa. Aun así, fingí una sonrisa y me dirigí a un sillón dental en una habitación que estaba desocupada.

Entró y sonrió una mujer con una bata de laboratorio blanca.

—Hola. Soy Nanette. Escuché que estás interesada en el blanqueamiento dental—.

—Tal vez. No estoy muy segura. ¿Podrías contarme más sobre eso? —

—Está bien—, dijo mientras se sentaba en un taburete con ruedas. —¿Puede sonreír para mí? ¿Grande?—

Me reí y ella también. —Eso nunca deja de hacer sonreír a la gente —, explicó. —¿Puedo ver su boca?— preguntó mientras me mostraba sus manos, que estaban cubiertas por el guante.

—Claro—, respondí.

Usando sus manos, movió mis labios mientras examinaba mis dientes. Ella asintió con la cabeza y luego se sentó.

—Bueno, Marta. Odio rechazar a los clientes potenciales, pero ... sus dientes se ven bien—.

Sonreí. —Es bueno saberlo—.

—¿Qué provoca esto?— preguntó mientras se quitaba los guantes y los colocaba en un zafacón. —El deseo de blanquear tu sonrisa—.

Sabía que las mejores mentiras eran verdades veladas. —Mi novio es más joven que yo. Él es muy guapo. Supongo que me preocupa que mujeres más jóvenes llamen su atención—.

—Si. Lo entiendo. Muchos de nuestros clientes vienen aquí para recibir tratamiento porque quieren lo mismo que usted: la admiración de los demás. Ya sea una pareja romántica, compañeros de trabajo, amigos o incluso miembros de la familia. Pero no necesitas eso—, susurró.

Maldita sea. Tenía que encontrar la única higienista dental con ética en la oficina. Necesitaba más tiempo allí para poder ver a Edna Nazario y luego, de alguna manera, asegurarme de que era la mujer indicada.

Nanette estaba a punto de decir algo más cuando entró una mujer vestida con una bata blanca y con un sujetapapeles. Le susurró algo a Nanette y luego me dio una media sonrisa antes de salir de la oficina.

Pero fue suficiente. La mujer vestida con bata tenía una etiqueta con el nombre "Edna—.

Capítulo Diecinueve

—¿Marta? Notamos que no anotó su número de seguro social en la solicitud—, dijo Nanette.

—Es correcto—.

—Necesitamos eso para la facturación—, dijo Nanette.

Negué con la cabeza. —No estoy pagando con el seguro, e incluso si lo estuviera, tengo un número de seguro independiente de mi número social, lo cual no necesitan—.

El rostro de Nanette se tensó. —Bueno, entonces no podemos hacer negocios—.

Asentí. —Entiendo. Aprecio que me digas que no necesito un blanqueamiento dental—.

—Bueno, nadie lo necesita—, dijo, dando marcha atrás un poco. —Tal vez te beneficie—.

La miré por un segundo. Tuve la sensación de que su enfoque suave estaba dando paso a uno más duro. En ese momento, la mujer llamada Edna volvió a entrar en la oficina.

—Sabes, esta consulta, aunque es gratuita, nos cuesta dinero—, dijo. —Nanette le está dando tiempo a usted que lo pudiera dar a un cliente de pago—.

Me tomé un segundo para mirar a Edna. Estaba segura que tenía un aspecto puertorriqueño. Sus ojos estaban sesgados y tenía la cara en forma de corazón que había visto con frecuencia en la isla. Noté que no usaba muchas joyas y que su maquillaje estaba bien aplicado. Sus zapatos color melocotón parecían caros.

—Y sí, tenemos derecho a solicitar su número de seguro social—, agregó Edna.

—Estoy segura de que su gerencia le dice que lo piden. Sin embargo, los ciudadanos solo deben proporcionar sus números de seguro social a sus empleadores, instituciones bancarias, empresas de cierre de bienes raíces, compañías de seguros médicos y compañías de tarjetas de crédito. Puedes solicitar mi social, pero no estoy obligada a dárselo—.

Vi como Edna miraba el portapapeles. —Me di cuenta de que no incluyó su lugar de trabajo—.

—No lo puse—, verifiqué.

La conducta de Nanette cambió. Sacudió su pie y giró un anillo en su dedo mientras forzaba una sonrisa.

—Creo que hemos terminado aquí, señorita Morales—, dijo Edna bruscamente.

Yo sonreí. —¿De qué parte de Arecibo es tu gente?— Le pregunté.

Sus ojos se abrieron rápidamente. Se puso rígida y dejó caer el bolígrafo que había estado en el portapapeles.

—¿Cómo sabes de Arecibo?— Preguntó Edna mientras recogía el bolígrafo del suelo.

—Mi gente son de allí. Fue solo la generación de nuestros abuelos que comenzaron a migrar de Puerto Rico a Estados Unidos. Antes de eso, se quedaban en sus pueblos, barrios y sectores. Incluso después de mudarse a Estados Unidos, los puertorriqueños generalmente se casaban con las personas que les eran familiares: otros puertorriqueños. Es por eso que ves las mismas características en nuestra gente: ojos almendrados y rostros en forma de corazón en mujeres bonitas como tú—. Le dije mientras sonreía.

Edna asintió un par de veces. —Bueno…por intrigante que sea eso, nuestro negocio se hace aquí. Gracias por venir, señorita Morales. La encontraremos si necesitamos más información suya—.

Me levanté y agarré mi bolso. —Puedes intentarlo—, le dije a Edna mientras sonreía.

Nanette estaba pálida cuando me volví hacia ella. —Gracias por su tiempo, Nanette—.

Con el corazón acelerado, rápidamente salí de la oficina y llegué a mi carro. Una vez allí, salí del estacionamiento y estacioné en la calle afuera de un restaurant Panera Bread.

Desde la comodidad de mi auto, hice una llamada.

—¿Marta?— preguntó Doña Elena.

—Hola, Doña Elena. ¿Cómo estás?—

—Estoy bien. ¿Tienes información para mí?—

Doña Edna fue directamente al grano. —Si. He hecho mi trabajo. Encontré a Edna Nazario—.

Escuché su repentina inhalación. —¿La viste?—

—Aún mejor. Hablé con ella—.

—Oh Dios mío. Ave María. Deja que me siente—.

Sintiéndome un poco alarmada, pacientemente esperé a que Doña Elena volviera a la línea.

—Bueno. Dime ... ¿cómo es Edna?—

Por un momento, pensé en cómo describirle a Edna a Doña Elena. —Parece que Edna Nazario salió de una casa en los montes de Esperanza. Ella es puertorriqueña. Ella es a quien estás buscando—.

—Guau. ¿Tomaste una foto de Edna?—

Gruñí. —No hice. No lo solicitaste—.

—¿Cuántas horas laborables te quedan en el depósito?—

—Aproximadamente seis horas,— dije.

—¿Cómo es eso posible?—

—Mi tarifa actual es de treinta dólares la hora. No solo eso, sino que el dinero para gastos se deduce de ese depósito. Eso deja seis horas—.

Doña Elena dejó escapar un suspiro. —Bueno. Seis horas—.

—A menos que tenga que hacer otro trabajo desde casa—.

—¡Okay!— Ella chasqueó.

Respiré hondo para calmarme. —Muy bien, Doña Elena. Restablezcamos las expectativas aquí. Querías que encontrara a Edna Nazario por ti, y lo hice. Te quedan un puñado de horas. ¿Qué más quieres?—

—Quiero fotos de Edna Nazario. Quiero saber dónde vive. Quiero fotografías de su lugar de trabajo—.

—Bueno. Te conseguiré esa información. ¿Te gustaría saber mi opinión sobre Edna?—

—Por supuesto que sí—, dijo.

—Bueno. Puedo darte algo rápido ahora. Generaré algo más largo y un poco más detallado más adelante. Te lo mandaré—.

—¿Cómo es ella?—

Pensé en mi impresión de Edna. —Creo que es una persona en que no debes confiar, Doña Elena—.

—Bueno—, dijo Doña Elena con un suspiro. —Es bueno saberlo—.

Desconecté con Doña Elena. Agarré mi grabadora y dicté notas sobre lo que sucedió durante mi visita a Visions of Teeth. Lo transcribiría al papel más tarde.

Veinte minutos después me sostuvo mirando mi teléfono celular. Era cerca de la hora del almuerzo y todavía tenía que hacer trabajos de limpieza. Encendí mi auto y salí.

Formulé un plan para mi noche mientras limpiaba las paredes de la ducha de Jane. Terminaría el piso de Jane, iría a la casa de empeños y me después a casa a cambiarme y luego vigilaría a Visions of Teeth. Cerrarían la oficina a las ocho de la noche, así que supuse que tenía tiempo.

Enjuagué la ducha y luego rápidamente fregué el piso del baño. Estaba en la cocina ya a punto de irme cuando Jane Knight me detuvo.

—Marta—, dijo.

Me volví hacia ella. —¿Sí, Jane?—

Ella miró por la ventana por un momento, luciendo como si estuviera tratando de concentrarse. Ella se sacudió y me sonrió.

—No importa, Marta. Tienes otras cosas que hacer—.

Si, los tenía. Aun así, dejé mi bolso sobre la mesa de Jane.

—No tengo nada que hacer esta noche—.

Jane me miró fijamente, de repente luciendo nerviosa. Pensando rápidamente, caminé hacia su refrigerador y lo abrí. Allí, vi carne asada cocida.

—¿Quieres que te prepare unos sándwiches de carne asados?—

Ella abrazó sus brazos. —Si. Seguro. ¿Quieres uno conmigo?—

—Seguro que sí—, dije mientras sacaba la carne asada y otros

ingredientes.

Saqué el sartén de su horno y la puse encima de la estufa. Unté con mantequilla el pan rústico y comencé a hacer los sándwiches.

—Tengo una olla de barro. Hago asados aproximadamente dos veces al mes—, dije sin mirar directamente a Jane. —¿Creo que es una receta sureña americana? No puertorriqueña. Solía comer la carne sazonada con papas al horno al lado. Quizás también un poco de brócoli al vapor. Pero entonces, un día, decidí cambiar algo. Solo para probarlo,— dije mientras la miraba.

Jane estaba sentada en el taburete y me miró fijamente. Seguí adelante.

—Entonces, decidí hacer sándwiches con ellos. Fue una revelación para mí lo buenos que eran. Lo cual es un poco gracioso—, dije mientras me reía. —Es probable que otras personas los cocinen de esta manera todo el tiempo—.

Una vez que preparé el sándwich de Jane, lo puse en un plato y se lo presenté. Coloqué la mía en un plato y me senté a su lado en la barra. Tomé algunos bocados de mi sándwich.

Por el rabillo del ojo, vi a Jane llorando mientras comía su sándwich.

—Eres una mujer fuerte, Jane. Tan feroz,— dije suavemente. Aun así, miré mi asado y no a ella. —Creo que tal vez estás tomando pastillas para ... ¿cambiar tu estado de ánimo?—

Su cabeza azotó mi dirección. —¿Qué viste?—

Negué con la cabeza mientras la miraba. —Nada. Noté tus diferencias de comportamiento. No es asunto mío—, dije mientras dejaba mi sándwich. —Yo ... solo quiero que sepas que creo que eres increíble, tal como eres. Creo que otras personas tomarían pastillas para ser como tú cuando no las tomas—.

Jane empezó a sollozar. Se levantó y puso su sándwich en su plato antes de salir corriendo al pasillo.

—Por favor. Disfruta tu sándwich. Es bueno. Puedes limpiar la cocina mañana. Me voy acostar—, dijo. Luego corrió hacia las escaleras y su habitación, supuse.

Dejé escapar un suspiro y recogí su plato y el mío. Los puse en el fregadero y luego salí de su apartamento. En mi auto, miré mi reloj. Habían pasado solo unos quince minutos más en la casa de Jane de lo que había planeado. Esperaba que el tiempo la ayudara.

La casa de empeño de Jamie estaba cerrada para el público, pero abierta para mí. Jamie estaba allí, trabajando en algunos libros.

—¡Marta! ¿Cómo estás?— preguntó.

Sonreí. —Bien. Manteniéndome ocupada. ¿Cómo están las cosas?—

—Bien. Gracias a Dios—.

Dejé de caminar hacia el armario de la limpieza y lo miré. El

hombre de 65 años me miró por un minuto. —Mi hija. Mantiene los libros del negocio, pero lo hace mal. Tengo que mirarlos y asegurarme de que está haciendo todo bien—.

Asentí. —¿Puedes contratar ese trabajo a otra persona?—

Jamie gimió. —Si pudiera. Pero no. Estoy moralmente obligado a emplear a mi hija. Mi esposa me mataría si sugiriera lo contrario—.

—¿A tu hija le gusta el trabajo?—

Jamie pareció pensar en ello. —Le encanta estar con la familia. Le gustan los clientes. Eso vale algo. Pero le gusta la moda y el maquillaje. No quiere vender mercancía de casas de empeño,— dijo mientras señalaba los mostradores de la tienda.

Por un momento, me pregunté qué estaría haciendo Héctor si hubiera vivido. ¿Contabilidad? ¿Limpiaría conmigo o se desmayaría en mi sofá o en el de Waleska?

—Es un trabajo en progreso: criar niños. No se acaba. Definitivamente no está hecho para mí, ya que mi hija todavía vive en casa. Es el estilo griego. Pero no al estilo estadounidense—.

Asentí. —Para los puertorriqueños, los tradicionales que todavía están en la isla, la pareja se muda tan pronto como se casan—.

—¿Lo hiciste tu?—

Asentí. —Si. ¿Y usted?—

Sacudió la cabeza. —No. Después de casarnos, mi esposa y yo vivimos con mi familia por un año. Fue bueno, pero a veces irritante. Sin embargo, fue después de Vietnam. Fue bueno tener la familia cerca—.

Miré de nuevo y Jamie se rió. —Voy a dejar de hablarle de niños y guerras. Hay otras cosas de las que hablar—, añadió. —Como los niños que no saben hacer matemáticas básicas—.

Me reí en voz alta. —Convenido. Tengo un contable que me ayuda a mantener mis libros—.

—¿De verdad? ¿Ella es buena?—

Me encogí de hombros. —Bueno, los servicios de Ada son gratuitos pero buenos. Pero creo que es una chismosa—.

Jamie se rió a carcajadas. —Recibes lo que pagas—.

—¿No es esa la verdad?— Negué con la cabeza, recordando lo que se suponía que debía hacer. —Con eso en mente, déjame limpiar sus cosas—.

—Eres un profesional—, dijo.

—Como tú—, dije.

Me dirigí al armario de la limpieza y seguí adelante. Antes de irme, hablé con él una vez más.

—¿Jamie?—

—¿Sí, Marta?—

—Tu amigo ... Mercería de Barney, ¿todavía necesita una

sirvienta?—

—Puedo preguntarle. ¿Estás pensando en expandirte?—

Me encogí de hombros. —Podría tener un cliente que quizás va cerrar su negocio, así que tal vez—.

—Te daré una respuesta la semana que viene—.

—Gracias, Jamie—.

—Por supuesto—.

Capítulo Veinte

Corrí a casa y rápidamente me cambié de ropa. Me vestí con pantalones oscuros, una camisa oscura y una chaqueta oscura. Después, corrí a mi auto y me dirigí a Visions of Teeth.

Como esperaba, la oficina seguía abierta. Estacioné en una calle frente a ellos y me subí al asiento trasero. Descubrí que las ventanillas del pasajero de atrás hacían un excelente trabajo en ocultarme. Además, la gente tendía a mirar los asientos delanteros antes de mirar los asientos traseros.

Mi teléfono celular eligió ese momento para sonar, y gemí mientras miraba el identificador de llamadas. Fue Melissa. Quería hablar con ella, pero no pude. Rechacé la llamada e hice una nota mental para llamarla más tarde. Manteniendo mi cámara cerca, seguí mirando a Visions of Teeth.

Finalmente, Edna Nazario y Mayra salieron por la puerta principal. Con mi cámara, hice zoom sobre ellas y tomé tantas fotos como pude. Por alguna razón, decidí tomar fotos de sus vehículos y sus placas. Como ya estaba allí, tomé fotografías del resto de los empleados cuando salieron de la oficina.

Una vez que todos los autos salieron del estacionamiento de Visions of Teeth, encendí mi auto, lo que coincidió con el timbre de mi teléfono. Lo puse en altavoz y contesté.

—¿Hola?—

—Oye. ¿Qué haces?— preguntó Kevin.

Mordí mi labio mientras lo consideraba. —En rumbo a casa después de un trabajo tardío—.

—Son casi las nueve en punto. ¿Para quién limpias tan tarde?—

Dejé escapar un suspiro. —Si tengo más cosas que hacer durante el día, citas personales y todo eso, tengo que hacer ajustes. Algunos de mis clientes están de acuerdo con que llegue más tarde en la noche—.

—¿Tenías una cita personal hoy?—

—¿Por qué tantas preguntas?—

—Porque soy curioso. Porque me importas—, dijo Kevin.

—Tenía una cita con el dentista esta mañana. Llegué tarde con otro cliente, que cambió todo lo demás en mi horario. Pero ahora estoy de camino a casa. ¿Qué has estado haciendo hoy?—

—Cosas de trabajo. Cosas de detectives. Cosas de policías—.

—No. Voy a necesitar más que eso, detective Connelly—.

—¿Por qué?— Dijo.

—Me acabas de hacer preguntas muy directas. Tengo derecho a pedir lo mismo. Pero no lo estoy—, dije mientras doblaba una calle. —Solo quiero más de lo que me has dado—.

—Bueno. Cayó una red de drogas. Hablé con un informante hoy.

No pude almorzar hoy, por eso te llamo ahora. ¿Quieres cenar?—

Sonreí. —Eso es un sí."

Nos encontramos en una pequeña tienda de delicatessen a unos diez minutos de mi casa.

—Háblame de tu día—, dijo Kevin mientras tomaba un trago de su cerveza.

Pensé en lo que podría decirle. —Hablé con mi cliente de la casa de empeños sobre la crianza de niños, adultos, y lo difícil que es. Una vez más, me pregunté en qué estaría metido Héctor si hubiera sobrevivido a la guerra. Jamie me contó sobre su hija y cómo ella no es la mejor empleada, pero cómo él no podía hacer nada al respecto—.

Kevin se rió. —El nepotismo—.

—Háblame de tus padres—, le dije.

—Papá es médico y mamá es abogada—.

Las ocupaciones de los padres de Kevin habían surgido en conversaciones antes. Estaba impresionada e intimidada por sus profesiones, y no tenía prisa por conocerlos.

—¿Todavía están de acuerdo con que seas policía?—

—No lo sé. Han pasado casi veinte años, así que están acostumbrados—.

Al mirar a Kevin, me pregunté quién era el pelirrojo: su madre o su padre. Pensé en preguntar, pero luego me preocupé de que hablara de conocer a los padres. ¿Fue una suposición prematura? Quizás. Me arriesgué.

—¿Quién es el pelirrojo? ¿Tu mamá o tu papá?—

Mordió una fritura. —Ambos. Casi—, calificó con un movimiento de cabeza. —Mami es pelirroja. Papá es rubio, pero su padre es pelirrojo—.

Asentí.

—Estás bien con los pelirrojos—, dijo.

—Bueno, uno en particular."

Él se rió a carcajadas. —Lo sé—.

Bebí un sorbo de cerveza antes de volver a hablar. —Sé que algunas personas no encuentran atractivo los pelirrojos, pero no lo entiendo—. Me quedé mirando cómo su cabello pasó de rojo a naranja y dorado. —Parece fuego, o como una puesta de sol. Está tan vivo. Tan vibrante—.

Kevin me miró como si su vida dependiera de ello. Seguí hablando. —La mayoría de las personas en Puerto Rico son morenas. Muchos españoles tienen el pelo oscuro. Luego está el ADN indio taíno y luego el ADN africano. Por supuesto, otros grupos inmigraron. Hay pelirrojos en la isla y rubios naturales también. Pero sobre todo morenas, lo cual está bien. La tez más oscura ayuda con el sol constante—.

Kevin asintió y se recostó. —Estas super-enamorada de mí, Marta —, dijo.

Me reí en voz alta. —¿Yo?—

—Si. Te gustan los pelirrojos y te encanta lo que tengo—.

Kevin rió mientras me ponía los ojos en blanco.

—Bueno, me gustas, así que ahí está—.

—Seguro—, dijo.

Reprimí un bostezo.

—Wow. Mi encanto ha expirado—, dijo mientras miraba su reloj.

—Solo estoy cansada. Ha sido un día largo. Mañana también tengo un día temprano—.

—Déjame acompañarte a tu carro—.

Kevin pagó la cuenta y me acompañó hasta mi vehículo.

—¿Kevin?—

—Si—.

—Creo que quiero saber, formalmente, dónde está el caso de María Álvarez. ¿Cómo puedo hacer eso?—

Dejó escapar un suspiro. —Puedes venir a la estación mañana. ¿Cómo se ve tu horario?—

Acordamos una hora. Kevin abrió la puerta de mi vehículo, pero no soltó la manija ni me dejó entrar. Inclinó su cabeza hacia la mía y me besó.

—Los besos de lengua llegarán pronto—, advirtió.

Me reí. —Tal vez—.

—Vete a casa—, dijo cuando finalmente abrió la puerta. —Envíame un mensaje de texto cuando llegues—.

—Lo haré. Buenas noches, detective—.

Me dio otro beso y luego se dirigió a la acera donde me observó irme. Me sentí segura y querida.

Una vez en casa, importé las imágenes de mi cámara digital a mi computadora portátil. Recorté algunos y eliminé otros. Habiendo encontrado suficientes imágenes de Edna Nazario, las adjunté a un correo electrónico a Doña Elena. Escribí un mensaje detallando todo el trabajo que había hecho por ella. Estaba a punto de enviarlo cuando decidí ver si resultados de mi examen de ADN estaban disponibles los.

Me conecté al sitio web y descubrí que sí. Encantada, descubrí mi haplogrupo materno, A2. Mi primer antepasado materna fue nativo americano, lo cual no fue sorprendente. Mi ADN era principalmente español, con algunos nativos americanos y africanos. También encontré algo de francés e italiano. Lo que me sorprendió fue la cantidad de personas con las que estaba relacionada: eran más de novecientas. Pensando rápidamente, miré donde el sitio web indicaba que Doña Elena y yo éramos primas lejanas.

Decidí comprobar si Edna Nazario era pariente mío, y busqué su

nombre en el base de datos. Descubrí que ella también era prima cuarta, pero curiosamente, Edna no era pariente de Doña Elena. Aturdida, me puse de pie. Retrocedí un par de pasos y volví a mirar la pantalla de mi computadora.

Doña Elena no era pariente de Edna Nazario. Edna Nazario no era sobrina de Doña Elena. Doña Elena me había contratada con engaños.

Agarré mi teléfono celular y llamé a la casa de mis padres.

—Hola mamá—, dijo papá.

Suspire alto en alivio. Me alegré de no tener que pasar por mi madre para llegar a él.

—Hola papá. ¿Cómo estás?—

—Bueno. Mirando los Capitanes vencer a los Piratas—. Los Capitanes eran el equipo de baloncesto de Arecibo y eran muy buenos - los mejores de la isla.

—Suena bien, papá. Um. ¿Puedo hacerte unas preguntas sobre el caso de Doña Elena?—

Escuché el sonido de madera crujiendo y cojines moviéndose; Podía imaginarme a mi padre levantándose de su sillón reclinable.

—Seguro—.

—¿Está mami al alcance del oído?—

—¿Qué tal si te llevo al patio?—

Sonreí. —Eso suena genial, papá—.

—¿Esteban? ¿A dónde vas?— preguntó mamá.

—A la marquesina para hablar con mi hija—.

—¿Acerca de?—

—No es de tu incumbencia, mujer—.

A mi mamá le gustaba arengar a mi papá. Afortunadamente, mi padre de modales apacibles podía dar tan bueno como recibía. Oí cerrarse la puerta corrediza de vidrio.

—Ajá—, dijo.

Suspiré. —Estoy bastante segura de que Doña Elena me contrató bajo pretextos falsos—. Luego le expliqué lo que había encontrado con las pruebas de ADN, así como la información que había encontrado de Doña Elena.

—Hmmm. Te dije que cuestionaras los motivos de Doña Elena, ¿no es así?—

Papá sonaba un poco enojado.

—No con tantas palabras, pero sí, lo hiciste—.

—Doña Elena no firmó contrato contigo. Ella no tiene que ser honesta contigo. Ella te pagó por un servicio que realizaste. Ahora, debes cumplir lo que prometiste—.

Gruñí. —Papá. Pero ... ¿y si hace algo terrible con la información que le he proporcionado?—

—Para eso están los contratos—, dijo en voz alta. —

Responsabilidad—.

—Lo sé, papá—.

—Esto es lo que haces. Averigüe por qué Doña Elena quiere esa información. Si descubres que está tratando de hacer cosas ilegales con la información, devuélvale su depósito. No hay contrato, así que tú también estás protegida—.

—¿Podrías intercambiar ideas conmigo un poco?— Le pregunté.

Él rió. —No me gustaría nada mejor—.

Volví a mi computadora portátil. —Papá, soy pariente de Edna Nazario. Edna tiene un pequeño árbol genealógico en el sitio web y yo conozco el nuestro. Si su árbol es correcto y el mío también, eso significa que Edna y yo estamos relacionados a través de ti—.

—¿Cuántas generaciones de lejos?—

—Tres a cuatro—, dije.

—Jesucristo—, se quejó.

—¡Cuida tu lenguaje!— Escuché a mamá gritar.

Mami había estado escuchando a escondidas. No era sorprendente. Papá la ignoró.

—¿Tengo que decirte cuántos primos hermanos tienes?— Papá me preguntó.

Gruñí. —De tu lado de la familia, mis primos son más de quince—.

—Ese eres tú—, dijo papá cansado. —Tengo más de setenta y cinco primos hermanos. ¡Primos hermanos! Ni siquiera puedo decirte cuántos primos segundos y primos terceros tengo. El vínculo de primo tercero puede significar algo con familias más pequeñas, pero no con familias grandes, católicas y agrícolas como la nuestra. Significa una mierda—, dijo papá.

—¡Cuida tu idioma!— Gritó mamá.

—¡Cállate la boca! ¡Estoy hablando!— Papá gritó en respuesta.

Mierda. Papá estaba un poco enojado.

—Papá, si estás enojado, puedo manejar esto por mi cuenta—.

—No. No. Me llamaste, así que lo manejaremos—, dijo papá enojado. —¡Pero debes empezar a pensar con quién contratas! Debes pensar en protegerte. ¡Si no lo haces, las cosas te irán mal, Marta Morales!—

—Está bien, papá. Lo siento—.

—Si, lo sé. Tenemos que descartar la conexión de ADN que tienes con Edna Nazario, porque es una distracción. No te va a decir por qué Doña Elena quería que encontraras a Edna Nazario. Dame un segundo y déjame pensar—, dijo mientras suspiraba.

—Está bien, papá—.

—Ajá. ¿Puedes ver los nombres de las personas con las que Edna está relacionada?—

Hice clic en el perfil público de Edna. —Si. Puedo—.

—Bueno. Empiece a darme nombres. Empezando por aquellos que están estrechamente relacionados con Edna—.

Encontré uno que sobresalió. —Papá. Javier Núñez. ¡Comparten un 25% de ADN! Eso significa que debe ser ... —

—Su tío, o un hermano—, ofreció papá. —Vuelve a su árbol genealógico - no a los resultados de ADN. Vea quién puede encontrar que tenga el apellido Núñez—.

Yo hice. —Nadie, papá. No aparece en su árbol—.

—¿Quién es su padre?—

—Charlie Daniels—.

Papá se burló. —No es probable. Dijiste que la viste en persona, ¿verdad? ¿Se veía media blanca? ¿O media negra?—

—No podemos decirlo con veracidad completa, pero si tuviera que adivinar, diría que no. Edna parece alguien que verías caminando por Esperanza—.

—¿A quién pertenece el nombre 'Nazario'?—

Miré al árbol genealógico de Edna, donde encontré el nombre de su mama.

—Su madre."

—Bueno. Tenemos una imagen aquí, ahora. Charlie Daniels era el padrastro de Edna Nazario. Javier Núñez es su tío, pero no aparece al lado materno del árbol—.

—¿Javier Núñez es su tío paterno?— Ofrecí.

—Sí—, dijo papá. —¿Estará vivo?—

Investigué un poco y descubrí que no lo era. —No. Falleció dos años atrás—.

—Ese es el rastro más fuerte, Marta, la línea paterna de Edna Nazario. Vuelve al árbol de Doña Elena—.

Lo hice. Mi boca se abrió ante lo que vi. —Guau—.

—¿Qué?— Papá ladró.

—El segundo marido de Doña Elena. Su apellido era Núñez. Carlos Núñez. Pero no tuvieron hijos juntos. Doña Elena no tiene hijos propios—. Me levanté y comencé a caminar. —¿Crees que Edna sabe quién era su padre?—

—No tengo ni idea—, dijo papá. —Pero tienes que dejar a esa chica en paz—.

Asentí. —Estoy de acuerdo. Hay algo sospechoso en esto—.

—La razón para tu contrato fue para que encontraras a Edna Nazario. Tu hiciste eso—.

—Está bien, está bien—, dije mientras dejaba escapar un suspiro. —¿Crees que Doña Elena va a hacer algo malo con la información?—

—Doña Elena es una mujer adinerada que obtuvo la mayor parte de su dinero de su segundo marido. Si se descubre que su esposo difunto tenía un hijo – o hija, bueno, ese chico podría tener un caso

para conseguir algo de ese dinero—.

—Mierda, papá—, dije mientras me hundía en una silla.

—Mira. Es hora de involucrar al nene en esto—.

—Está bien—, le dije.

Mi padre había llamo a mi hermano, y me conecto con la llamada.

—Es mejor que sea bueno—, dijo Rafy. —Porque son las once de la noche y estoy jodidamente cansado—.

Rápidamente, describí todo lo que había encontrado sobre Edna Nazario, Doña Elena, el exmarido fallecido de Doña Elena y su posible relación con Edna Nazario.

—Caramba—, maldijo Rafy.

—Lo más importante aquí es la protección de tu hermana—, dijo papá.

—Sí, sí. Lo sé. Envíame una foto de Edna—.

—Puedo enviarte un mensaje de texto con eso ahora mismo—.

—Hazlo—, dijo Rafy.

—Envíame un mensaje de texto a mi teléfono—, dijo papá.

Segundos después, mi hermano y mi padre tenían la foto de Edna.

—Tienes razón—, dijo Rafy. —Ella parece local. Como de las montañas, local—, dijo Rafy.

—¡Zoraida!— Papá gritó al teléfono.

—¡Papi!— Dije mientras me frotaba la oreja.

—Dios mío, papi—, se quejó mi hermano.

—¿Dónde está mi otro teléfono celular?— Gritó papá.

—Lo tengo aquí—, dijo mamá. —¿De quién es esta foto?— preguntó enojada.

—¿Cómo sabes la contraseña de mi teléfono?— Papá ladró.

—¡Nunca cambias tu contraseña! ¿Y qué te importa si no tienes nada que esconder?—

—Querido Dios, se siente como si estuviera de vuelta en casa—, murmuré.

—De veras—, dijo Rafy mientras gemía.

Papá se quedó callado por un momento. —Parece familiar—, dijo papá.

—¿Sabes a quién se parece?— Escuché a mamá decir.

—¿Quien?— Rafy y yo preguntamos a la misma vez, sabiendo que mami no podía oírnos.

—Se parece a Claudia Núñez. Trabaja en la zapatería Humberto Vidal del pueblo—.

—¿Quién es el padre de Claudia Núñez?— preguntó papi.

—¡Javier Núñez! ¡Oh! ¿Quieres saber quién es?— Mamá preguntó en voz alta.

—Hermano de Carlos Núñez—, dije.

Papá dijo lo mismo en voz alta.

—¿Cómo lo supiste?— Mamá dijo.

—Papá, por favor, dale gracias a mamá—, le imploré. —Si mamá no nos hubiera dado esa confirmación, ¿quién sabe qué tan atrasados estaríamos?—

Papá gimió. —Gracias, Zory—, le dijo a mamá.

—De nada—, respondió.

Escuché la puerta de vidrio abrirse y cerrarse y supe que mi papá había ido a la marquesina nuevamente.

—Marta, esto es lo que haces; Cumples tu contrato con Doña Elena. PERO, solo haces eso tan pronto como tu hermano esté fuera de la casa de ella. Tu hermano tiene que hablar con ella—.

—Eso suena bien, papá—, dijo Rafy. —Tengo tiempo mañana por la noche—.

—Funciona para mí—, dije.

—Está bien, niños. Hicieron un buen trabajo—.

—Tú hiciste la mayor parte, papá—, le dije.

Papi se rió entre dientes.

—Tú hiciste la mayor parte, papá—, repitió mi hermano.

—Esto fue divertido, Marta. Pero hija, tienes que pensar en contratos en el futuro—, aconsejó mi padre.

—Lo haré—.

—Bueno. Te llamaré mañana—, me dijo Rafy. Dejó escapar un suspiro. —Y gracias por el aviso. Si puedo evitar que alguien lastime a otra persona, es un buen día. Se lo diré a otros chicos de la estación, por si acaso—.

—Y recuerda que no estás obligada a decirle a Doña Elena lo que has aprendido sobre Edna Nazario. Pero espera un minuto. Mierda. Tu nombre y ADN están en el sitio web—, protestó papá. —Doña Elena lo va a saber—.

—Carajo—, maldijo Rafy. —Papá tiene razón—.

Sonreí. —No. Usé un seudónimo—.

Podía escuchar la risa de mi papá. —Buena niña—.

—Pero tu correo electrónico. ¿Está adjunto a tu perfil de ADN?— Preguntó Rafy.

—No. Tengo una dirección de correo electrónico falsa. Este no es mi primer día, ¿sabes?— dije.

Era medianoche cuando colgué el teléfono. Aun así, me tomé el tiempo para grabar un montón de notas de lo que había descubierto sobre la relación de Edna Nazario con el segundo marido de Doña Elena. Incluso preparé los que le presentaría a Doña Elena.

Con la mente y el cuerpo agotado, me quedé dormida rápidamente.

Capítulo Veintiuno

Tuve un día ajetreado, así que me levanté bien temprano. Después de desayunar rápido, me dirigí a la casa de Jane Knight. Después de estacionar fuera de su garaje, subí los escalones traseros e hice una lista mental de todo lo que tenía que hacer. La lista estaba compuesta por:

• Limpiar el condominio de Jane

• Ir a Erickson Ventures Chicago y disculparme con Melissa por no devolverle la llamada (y programar una reunión en el bar)

• Reunirme con Kevin en el recinto

• Limpiar las dos propiedades residenciales

• Reunirme con Ada para hablar sobre mis gastos comerciales

• Esperar la llamada de Rafy para que pueda llamar a Doña Elena con los resultados de mi investigación.

Habría cosas intermedias, por supuesto, cosas que podrían retrasar mi agenda. Usando mi llave, abrí la puerta de Jane. Ella no estaba allí, pero su esposo Tim sí estaba. Me detuve por un segundo mientras lo veía sentado en la barra.

—Hola, Marta—, dijo.

—Buenos días, Tim. ¿Cómo estás?— Pregunté mientras colgaba mi abrigo en el armario, que estaba en el pasillo junto a la cocina.

—No lo sé, Marta. Pero tengo una pregunta para ti—.

Nerviosa, me volví hacia él. Tim era un hombre guapo. Tenía pelo oscuro y rizado y grandes ojos marrones. Sabía que tenía hoyuelos cuando sonreía. Probablemente le sentaron bien con su puesto en la oficina del fiscal de distrito.

—¿Qué es, Tim?—

—Jane y yo tomaremos un pequeño 'break'. Quiero que seas mi sirvienta, Marta—.

Guau. Me quedé mirando a Tim, deseando mentalmente que dijera más.

—Últimamente, he pasado mucho tiempo en el trabajo. Voy a alquilar un lugar en la ciudad. ¿Serás mi sirvienta?—

Mis ojos se abrieron un poco. —Me siento halagada, Tim. Gracias. Estoy segura de que serías un gran jefe. Pero Jane es mi cliente—.

Tim sonrió a medias. —Entiendo. Eres leal a ella. Gracias por eso —.

Asentí. —Jane es genial—.

La barbilla de Tim tembló un poco. —Jane es. Ella es genial tal como es—. Tim se aclaró la garganta y luego se puso de pie. —¿Me puedes hacer un favor?—

—¿Qué?—

—Mantén un ojo en ella. Porque Jane confía en ti; por eso confío

en ti. Teníamos una criada antes de contratarte. Pero Jane dijo que te escuchó hablar en el ascensor, defendiéndote mientras discutías con una ejecutiva. Jane pensó que sería bueno conocerte—.

Las palabras de Tim me sorprendieron. Las lágrimas llenaron mis ojos y asentí. —Jane es una gran persona para conocer, Tim. Te prometo que estaré pendiente de ella—.

—Gracias. Y tal vez, si Jane necesita a alguien, ¿puedes llamarme? —

—No es para mí revelar sus confidencias, Tim—.

—Lo sé; Quiero decir si se lastima o algo así—.

Asentí. —Bueno. Seguro—.

—Gracias, Marta. Cuídate—.

—Tú también, Tim—.

Con eso, tomó su billetera y llaves y se fue del condominio. Las lágrimas que había estado conteniendo cayeron de mis ojos. Mi mano fue a mi boca y solté un sollozo. Querido Dios. ¿Había animado a Jane a romper con su marido?

No tuve tiempo para soltar la avería. Además, Tim y Jane eran las únicas personas que tenían derecho a llorar. Me limpié la cara y continué con mi limpieza. Ya preocupada por Jane, miré su congelador y su refrigerador.

La carne asada cruda en su refrigerador me sorprendió. Miré a través de sus alacenas y vi paquetes de aderezo rancho y pimientos pepperoncini. Pensando rápido, la llamé.

—Sí, Marta—, dijo. Su voz sonaba devastada.

—Sí, hola, Jane. Estoy en tu casa. Estaba ordenando la nevera cuando vi tu carne asada. ¿Quieres que te lo ponga en una olla de cocción lenta? Puedo ponerlo bajo. Estará perfectamente preparado cuando llegues a casa—.

Escuchar sus sollozos en el teléfono me hizo maldecir.

—¿Jane? Suenas ocupada" —me desvié. —No importa—.

Jane se aclaró la garganta. —Bueno, lo puedes cocinar—, —dijo ella, restableciendo la orden en su tono. —De todos modos, tendrás una persona menos por la que limpiar, y te pago lo suficiente—.

—Bueno. Te prepararé el asado—.

—Si eso es todo, tengo trabajo que hacer—.

—Si. Seguro. Bueno. Adiós, Jane—.

Usando tiempo que no tenía, rápidamente preparé la carne asada. Jane volvería a casa a un condominio limpio pero vacío esta noche, y eso dolería. Quizás una cena caliente ayudaría con la tristeza.

Con la red de seguridad que era la posición de Kevin, corrí hacia Erickson and Associates. Quince minutos tarde, abrí las puertas y entré corriendo.

—¡Amiga! Estás entrando aquí como la policía—, dijo Melissa

desde su escritorio.

Estaba jadeando. Afortunadamente, Melissa lo encontró cómico.

—No puedo esperar ... para ponerme al día ... tengo que limpiar primero—.

—Bueno. Estaré aquí—.

Corrí al armario de limpieza y luego procedí a limpiar la oficina de Melissa, seguido de su baño. Toque la puerta de la oficina de Niels después.

—Buenos días, Marta—, dijo Niels.

—Buenos días, Sr. Erickson—, fue mi respuesta. —¿Preferirías que limpiara tu baño primero esta mañana?—

—Por favor, hazlo—, dijo.

—Sí señor—.

No tuve tiempo para la locura de Niels. Rápidamente, pero de manera experta, limpié su baño. Después, llegué a su oficina. Agarró su teléfono celular y se levantó de su escritorio.

—No tardaré—, le dije.

—Tómate tu tiempo, Marta. Tengo tiempo—.

Sin complacerlo, encendí la aspiradora y procedí a limpiar su alfombra. Limpié el polvo después, felizmente notando que se había ido. Volví a hacer funcionar la aspiradora y luego recogí toda la basura de la oficina.

—Eres un huracán esta mañana—, me dijo Melissa mientras se levantaba de su escritorio.

Asentí. —Tengo un día muy ocupada, y ni siquiera está a la mitad —.

Dejé las bolsas de basura y saqué mi teléfono celular. —Bueno. Estoy mirando mi calendario. ¿Qué te funciona para una reunión en un bar?—

Melissa sonrió y sacó su propio teléfono. —¿viernes por la noche? —

Me encogí. —Tengo una cita esa noche. ¿Qué tal el domingo por la noche?—

—¡Eso funciona!— ella dijo. —¿Mismo lugar?—

—¿A las seis? Voy a estar allí—.

Ella rió. —Bueno. ¡Pero todavía tienes que llamarme para ponerme al día!—

—¡Lo haré! ¡Cuídate!— Dije mientras agarraba la basura y me iba.

Después de depositar la basura de Erickson en una rampa grande ubicada junto a los ascensores de servicio, fui al garaje y llamé a Kevin.

—Si. ¿Puedes estar aquí en quince? Estoy super ocupado hoy—, dijo.

Miré mi reloj. —¿Puedes sacarme de una multa por exceso de

velocidad?—

Kevin gimió. —Dios. Okay. ¡Pero ven aquí y no te metas en un accidente!—

—Entendido, detective—.

Entonces, corrí a la estación. Estaba fatigada cuando llegué al piso de Kevin. Estaba nerviosa cuando me acerqué a la secretaria del escritorio.

—Hola. Soy Marta Morales. Estoy aquí para ver al detective—.

En ese momento, un detective guapo, musculoso, y con el cabeza calvo se acercó a mí. —Tengo esto, Shirley—, decía el vibrato del detective James Kostas.

Le sonreí y probablemente sonrojé. —Hola James. ¿Cómo estás?—

—Estoy bien. Ha pasado un tiempo—, dijo James mientras daba un paso atrás. —Esperaba tener noticias tuyas después de tus vacaciones en Puerto Rico—.

Nerviosa, me aferré a las asas de mi bolso. —He estado ocupada. Además, no quería molestarte. Dijiste que me llamarías para informarme sobre María Álvarez y sé que tienes otras cosas en tu plato —.

—Nunca eres una molestia—, dijo.

—Gracias—.

Del cinturón de James emitió una canción. —Bien. Connelly está en camino. Me ha estado molestando por las actualizaciones del caso de María—.

—Es diligente—.

—Eso es. Vayamos a una sala de conferencia para hablar—.

James me acompañó a una sala de conferencias. —¿Marta? Tengo un detective aprendiz. ¿Te importa si este presente para esto?—

Negué con la cabeza. —No. Por supuesto que no. Cuantas más cabezas, mejor—.

—Eres una dama inteligente—, dijo antes de alejarse.

Demasiado nerviosa para sentarme, caminé por el pequeño espacio. Miré por la ventana hacia la puerta y busqué a Kevin. Momentos después, James intervino con un detective que no conocía.

—Hola, señorita Morales. Soy el detective Walsh—, dijo el hombre alto negro.

Cogí su mano. —Es un placer conocerle, detective—.

—Empecemos, Marta—, dijo James.

Miré a la puerta. —¿Detective Connelly?—

—Hablando con el Capitán sobre otro caso. Estará aquí momentáneamente—.

Sentí que el malestar me llenaba. ¿En qué se estaba metiendo mi antigua jefa, María Álvarez? ¿Dónde estaba Kevin?

Pensé que ir al cuartel a ver a Kevin sería diferente y divertido,

pero estaba nerviosa.

—¿Estás bien?— preguntó el detective Kostas.

Me encogí de hombros. —No lo sé. Sé que necesito saber en qué se está metiendo María, así que aquí estoy. Pero estoy nerviosa—.

En ese momento, Kevin entró. Dejé escapar un suspiro de alivio y me senté.

—Oye, ¿estás bien?— me preguntó.

Las lágrimas llenaron mis ojos. —No lo sé. No sé por qué tengo miedo—.

Kevin se sentó a mi lado y me tomó la cara con suavidad. —Te lo habría dicho si tuvieras algo de qué preocuparte, ¿de acuerdo?—

Tragué. —Bueno. Si—.

Kevin sonrió. —Es un placer verte en medio del día—.

Asentí. El detective Kostas se aclaró la garganta. —Si podemos empezar—, pidió.

—Por favor, comienza—, dijo Kevin.

El detective Kostas gruñó. —Marta: no sé dónde está María Álvarez. Desapareció después de subirse a tu carro. Levantamos sus huellas del asiento trasero de tu carro, pero nos dio nada con lo que trabajar—.

Me recliné en mi asiento. —¿En absoluto? ¿No sabes dónde está ... en absoluto?—

El detective Kostas y Walsh negaron. —No. Pero estamos atentos —.

Desconcertada, seguí hablando. —¿Han intentado llamar a la policía en Puerto Rico? ¿Están buscando miembros de su familia en Ponce?—

—Sus crímenes no son lo suficientemente grandes como para que salgamos a buscarla—, explicó James.

—¿Trató de MATARME, y esa no es una razón suficientemente importante?— Pregunté en voz alta. —¡Ella usó mi nombre para tomar dinero de un bufete de abogados! María Álvarez es una matona callejera y ¿no tienen nada?—

Las fosas nasales de James Kostas se ensancharon y dejó escapar un suspiro. Incluso el detective Walsh parecía molesto conmigo.

—Esto es Chicago, Marta. Estamos ocupados. Tenemos gente que está siendo asesinada a diestra y siniestra—, dijo James.

—Bueno. Entonces, ¿por qué no sigues adelante y me agrega a ese número?— Dije mientras me levantaba.

Kevin se puso de pie y puso sus manos en mis brazos. —Lo siento, Marta. Te dije que no tenían nada—, imploró.

—¡Esto apesta, Kevin!— Dije mientras las lágrimas llenaban mis ojos. —En este punto, podría hacer un mejor trabajo para encontrar a María. Quizás eso es lo que tengo que hacer para mantenerme a salvo

—.

—No hagas eso—, dijo James desde su lado de la mesa.

Sin embargo, había terminado de escucharlo. Ya no era una prioridad. El terror me llenó de nuevo.

—Oye. Escúchame—, dijo Kevin mientras secaba las lágrimas de mi rostro. —¿Crees que voy a dejar que alguien te lastime?—

—No puedes estar en todas partes todo el tiempo—, dije mientras me limpiaba la cara. —No puedes—.

—Haré lo que tenga que hacer—, dijo.

—Eso no es tu trabajo—, le susurré.

—¿Entonces qué es?— preguntó.

Dejé escapar un suspiro. —Solo eres mi novio—, le susurré.

Kevin sonrió. —Finalmente. ¿Podemos ser oficiales en Facebook ahora?—

Me reí y él también. Kevin me abrazó. Se sintió tan bien.

—Um. ¿Está pasando algo más aquí?— Preguntó el detective Kostas.

Tímidamente, me separé del abrazo de Kevin. Sin embargo, Kevin mantuvo su brazo alrededor de mí.

—Si. Marta es mi novia—.

El detective Kostas asintió muy lentamente. —Oh. ¿De Verdad?—

—Sí—, dijo Kevin.

—No dijiste nada—, espetó James.

—No tuve que hacerlo—, respondió Kevin.

—¡No puedes estar en este caso y salir con la víctima!—

James estaba enojado.

—Es por eso que salí del caso hace un mes—, calmamente respondió Kevin.

—¿Es cierto, Marta?— James me preguntó.

Asentí. —Si. Pero eso no es relevante para este caso. Creí que sabías dónde estaba María. Pero no es así. Ahora tengo que cuidarme. De nuevo—.

Incluso Kevin se frustró. —¿Marta? James está ocupado. El conoce los contactos de María. También el detective Walsh—.

—¿Si pudiera hablar?— preguntó el detective alto.

Miré en su dirección.

—He estado leyendo sobre su caso, señorita Morales—, dijo el detective Walsh. —Conozco bien los detalles de María. Quién es su esposo, dónde viven sus padres y dónde están sus amigos. María Álvarez es una prioridad. Está haciendo un buen trabajo ocultando sus huellas, pero la encontraremos—.

Sin embargo, ¿la encontrarían antes de que ella me encontrara a mí? No queriendo molestar al detective, miré mi reloj. —Tengo más trabajo que hacer, Kevin".

"Te visitaré esta noche—, dijo mientras daba un paso hacia mí.

—Será tarde—.

—Estaré allí—, afirmó.

Miré al detective Walsh y al detective Kostas, que parecían un poco enojados.

—Gracias, detectives—, dije. —Me veré fuera—.

—Te acompañaré—, dijo Kevin.

Me acompañó hasta mi vehículo, pero me detuvo en la puerta de mi auto. —Lamento mucho que no te pudimos dar mejores noticias—.

Parpadeé para quitarme las lágrimas. —Lo debería haber sabido. Supongo que esperaba más—.

—Quizás deberías despegar por el resto del día—, sugirió.

Negué con la cabeza. —No. No puedo. Y está bien. La limpieza me distraerá—.

—Terminaremos el día con donas—, dijo antes de besarme. Luego se rió.

—¿Qué es gracioso?—

—Eres mi novia—.

Me reí. —Supongo que sí—.

—Eso significa lengua—, dijo.

Negué con la cabeza. —Eso no suena romántico, no cuando lo pones así—.

—Lo diré de otra manera—, susurró.

—Me voy—.

—Sabes dónde encontrarme—, dijo.

—Lo sé—.

Con eso, me fui. Me apresuré a hacer la limpieza de mis dos clientes residenciales antes de dirigirme a una panadería local para encontrarme con Ada.

Cuando llegué, ella tenía dos galletas con chispas de chocolate esperándome junto con un café.

—Las galletas están calientes—, dijo Ada rápidamente. —Me aseguré de que no vertieran el café hasta hace unos dos minutos—.

La miré fijamente mientras me quitaba el abrigo y lo sentaba en una silla vacía junto con mi bolso.

—Lo siento—, dijo mientras me sentaba.

—¿De qué esta arrepentida?— Le pregunté.

Ada dejó escapar un suspiro. —La esposa de Aníbal, Gretchen, está en la junta de una escuela de niños con necesidades especiales. Mi sobrina, Alondra, es muy autista. Mi hermana es madre soltera y está haciendo todo lo que puede por Alondra. Pensé que llevar a Alondra a la escuela especial ayudaría a mi sobrina y a mi hermana—.

Mierda. Ahí se disipó mi ira.

—¿Te ayudó?—

Ada sonrió. —¡Si! Alondra es más verbal ahora. Mi hermana tiene tiempo de respiro dos veces al mes, ahora. Ellas son más felices y yo soy más feliz—.

—¿La ayuda de Gretchen vino con cuerdas?—

La sonrisa de Ada se desvaneció. —Si. Gretchen dijo que la llamaría si Aníbal...te perseguía de nuevo—.

Puse los ojos en blanco. —¡Por el amor de Dios, Ada!— Exclamé. —¡No voy a ir tras él! ¡Yo soy quien lo dejó! "

Ada negó con la cabeza. —A Gretchen le preocupa que Aníbal te persiga a ti,— dijo en voz baja. —Me vi obligado a llamarla y decirle que estabas hablando con Aníbal. Si alguien más se lo dijera antes que yo, bueno, podría perjudicar las posibilidades de Alondra en la escuela —.

—¿Es Gretchen tan cruel?—

Ada volvió a negar con la cabeza. —No, ella no lo es. Pero teníamos un acuerdo: Gretchen y yo, porque ella todavía se preocupa por ti—.

—Una mujer que roba a un hombre casado merece ese miedo—, dije.

Ada se encogió de hombros. Tomé un sorbo de café e hice una mueca. Ella tenía razón; estaba caliente el café.

—¿Cómo puedo confiar en ti? ¿Le contarás mis asuntos financieros a Gretchen?—

Ada dejó escapar un suspiro. —Lo siento. Tienes todo el derecho a estar preocupada—. Hizo una pausa por un momento antes de volver a hablar. —Entiendo tu miedo, pero quiero que sepas que mantengo tus finanzas privadas, incluso de Aníbal. Quiero que te vaya bien, Marta. Porque creo que eres genial—, dijo, con la voz quebrada. —Te prometo que te daré mis mejores esfuerzos—.

Maldita sea. Ese fue un buen discurso.

—Está bien—, dije mientras dejaba escapar un suspiro. —Pero, por favor, hazme un favor—.

—¿Qué?—

—Dime primero, si sientes que tienes que compartir algo con Gretchen—.

Ella asintió. —Lo haré—.

—Voy a comer mis galletas ahora—, le dije mientras la miraba de reojo.

Ella rió. —Por supuesto. Esas galletas no son baratas—.

—Pero son buenos—, dije después de comerme una galleta. —Mucho mejor que las cosas en—.

Ada sonrió antes de terminar mi respuesta. —Panera. Lo sé. Bueno. Hablemos de asuntos económicos—.

Afortunadamente, resultó ser una reunión muy productiva. Ada estaba de nuevo en mi gracia. Además, me fui con una mejor comprensión de ella, e incluso de la puta Gretchen.

Mientas conducía a casa, pensé en las mujeres de Aníbal. Su empleada, Ada, era una mujer que valoraba más a la familia que a su trabajo. Yo respetaba eso. Gretchen la puta vivía con miedo a la mirada errante de su marido Aníbal. Esa es una forma horrible de vivir. Cuando estaba en su oficina hablando de Waleska y Adán, recordé la forma en que Aníbal le había hablado por teléfono. Aníbal fue muy agudo con Gretchen. ¿Significaba eso que no la respetaba?

Me sorprendí cuando realicé que me sentí mal por Gretchen. Se había conseguido un marido apuesto y acomodado. Tuvieron hijos juntos. Pero ella siempre viviría con miedo de que Aníbal la dejara.

—Eso apesta—, dije mientras estacionaba afuera de mi edificio de apartamentos.

Me alegré de que Gretchen me hubiera quitado ese problema de las manos.

Capítulo Veintidós

Me di una ducha larga y me puse mis sudaderas. Tuve una cena fácil de fideos ramen. Después de eso, llamé a mi hermano.

—Ajá, ajá. Perate un momento—, me dijo Rafy.

Reprimí mi gemido y me hundí en el sofá.

—Estaba conduciendo—, explicó. —Llovió todo el día y las carreteras están resbaladizas. Estas montañas en Esperanza son una mierda cuando están mojadas—.

—¿Debería llamar a papá?—

—Si. Haz la conferencia bien rápido. Me estoy acercando a la propiedad de Doña Elena—.

Entonces, hice una conferencia para llamar a papá, que ansiosamente esperaba mi llamada.

—Marta: le das la información para que te pagó, ni más ni menos. Envíele un correo electrónico ÚNICAMENTE con las cosas que discutió con ella. Nada más—.

—Está bien, papá—.

Rafy intervino. —Está bien. Veo su auto. Creo que está en su sala de estar. Marta: llámala de tu otro teléfono. Ponlo en el altavoz y la llamada de papá y mía en el altavoz. Silenciaremos nuestras llamadas mientras escuchamos tu llamada con Doña Elena—.

—Está bien—, respondí.

Después de seguir las instrucciones de Rafy, llamé a Doña Elena.

—¿Hola?— dijo.

—Hola, Doña Elena; es Marta—.

—Se que eres tú. Después de todo, tengo identificador de llamadas —, dijo secamente.

La Doña Elena con quien hablaba no era la misma Doña Elena que había conocido durante mis vacaciones a Puerto Rico. Sin embargo, tendría que estirar a ese hilo más tarde.

—Estoy a punto de enviarte un correo electrónico. Contiene toda la información que he averiguado sobre Edna Nazario—.

—¿Por qué no pudiste enviar eso hace dos días atrás?—

—Porque estaba armando el informe, Doña Elena—.

—No sé por qué te tomó tanto tiempo—.

—Cuando entramos en el negocio, le dije que tomaría seis semanas para obtener la información. Han pasado cuatro semanas—.

—Bien. Lo que sea. ¿Qué tienes que decirme?—

Procedí a proporcionar el nombre completo de Edna, dónde trabajaba, dónde vivía (que había obtenido de un sitio web), cuál parecía ser su horario, qué automóvil conducía Edna y cómo se veía. También describí mi interacción con ella, y su manera de ser.

—Esa es información básica. Necesito más—, dijo Doña Elena.

—Eso es por lo que pagaste—.

—¡Podría haberlo conseguido yo misma!— protestó.

Se me ocurrieron al menos cuatro formas de decirle a Doña Elena que se fuera al infierno, pero al final, fui un profesional.

—Esto concluye nuestro contrato, Doña Elena—.

—¿Qué? ¿Eso es todo? Necesito más. Puedo pagarte más—, dijo rápidamente.

—No tengo tiempo en mi agenda para dedicarme a esta búsqueda, Doña Elena. Sin embargo, puedo darte los nombres de otros investigadores privados—.

—¡Puedo hacerlo yo misma!—

Noté que había colgado el teléfono.

—Wow—, dije.

Luego hablé por teléfono con mi papá y mi hermano. —¿Oyeron todo eso?—

—Si. Es una víbora—, dijo papá.

—Sí, y estoy a punto de ir a la casa de esa serpiente—, dijo Rafy. —Voy a colgar el teléfono. Te volveré a llamar pronto—.

Cuando solo estábamos mi papá y yo al teléfono, habló. —Lo hiciste bien al no aceptar más dinero de ella—.

—Fue fácil—, dije. —Doña Elena no es quien pensaba que era, papá. Cuando la conocí antes, era súper amable—.

—Eso podría ser una de tres cosas. Doña Elena pensó que podía obtener sus servicios gratis o baratos. Cuando Doña Elena se dio cuenta de que no podía empujarte como lo hace el resto de sus amigos y conocidos, se enojó. O simplemente llegaste a conocerla mejor. O tal vez simplemente no le agradaste—.

—Ay, papi—, dije. —Soy agradable—. Me defendí.

—Con amistades o como sirvienta, probablemente. La amabilidad no es para investigadores privados. Cuando eres un detective privado, ves los secretos de las personas. Y, a veces, tienen que pagarte mientras revelan esos secretos—.

Dejé escapar un suspiro y me hundí en mi sofá. —No lo había considerado—.

—Piénsalo; tus clientes te pagan por hacer cosas de mal gusto que no quieren hacer. Creen que mantienen las manos limpias, pero no es así. Eres un recordatorio de sus acciones sucias—.

—Wow—.

—Esta línea de trabajo no es para todos, hija. Pero eres buena en eso—.

Poco tiempo después, Rafy nos llamó.

—¿Sí?— rápidamente pregunté.

—Espera, espera—, dijo Rafy. —Voy a entrar en el drive-through de Church's Chicken—.

—Quiero un número 4—, dijo papá.

Rafy gimió. —No iba a tu casa, papi—.

—Pero ahora lo harás. Espera—, dijo papá. —¡Zoraida! ¿Qué quieres de Church's Chicken?— Papá le había gritado a mamá.

—Por el amor de Dios—, protestó Rafy.

Me reí.

—Qué suerte tienes, sentada en Chicago—, dijo Rafy.

—Tu madre también quiere un número 4—.

—Supongo que también quiero un número 4—, dijo Rafy.

Yo también podría haber optado por la combinación de pollo y papas majadas.

Diez minutos después, Rafy habló. —Bueno. Entonces, entré a la casa de Doña Elena y cortésmente me volví a presentar. Doña Elena me sirvió café y donas, que no estaban nada mal. Luego le dije que el motivo de mi visita era para informarle sobre las leyes de acoso en Puerto Rico y los de Chicago, Illinois. Le hablé del FBI, pero todo de manera amistosa—.

—¿Cómo lo tomó?— pregunté.

—¡Doña Elena se puso tan pálida! ¡Casi se le cae la taza de café! "

—Dios mío—, dije.

—Eso fue vergüenza y miedo, Rafy—, dijo papá. —Doña Elena iba a actuar con la información que le dio tu hermana—.

Rafy dejó escapar un suspiro. —Lo sé. La asusté, pero de una manera cortés. Sin embargo, la policía local lo sabe ahora—.

—Gracias, Rafy,— dije. Y tú también, papá. Tú lo planeaste—.

—Sí, —dijo papá. —Pero tú y tu hermano son mis soldados buenos —.

Rafy se burló y yo me reí.

—Oye, antes de que te vayas—, dijo Rafy. —¿Por qué diablos me preguntó Doña Elena sobre mi problema de flatulencias?—

Balbuceé y me reí. —Oh. ¿Sabes qué? Recibí otra llamada—, dije.

—¡Marta!— Rafy llamó.

—Ajá, ajá. Pérate un momento—, dije antes de colgar con mi hermano y mi padre.

Capítulo Veintitrés

La mañana siguiente, me desperté con la cabeza despejada. Ada y yo estábamos en la misma página. Tenía una pista sobre un nuevo trabajo de limpieza. Había concluido mi negocio con Doña Elena. Sabía lo que estaba pasando con Jane Knight. Si bien aún se desconocía el paradero de María Álvarez, sabía que no se ignoraba mi seguridad. Además, Kevin y yo éramos novios. Me lo recordó anoche cuando vino con donas. Quizás había dejado que sus besos fueran un poco más largos de lo habitual.

Puse música ambiental en mi radio antes de salir de la cama. Sonreí mientras me estiraba. Me miré al espejo y me gustó lo que vi. Mi cabello largo, oscuro y ondulado se veía bastante bien. Mi camisón blanco también me hacía parecer más joven.

—La vida vuelve a ser emocionante—, le dije a mi reflejo.

Tenía que trabajar. Jane Knight no estaba en casa. Sin embargo, estaban las guarniciones de una olla de barro con pollo y verduras en su refrigerador. Gemí mientras miraba los ingredientes uno al lado del otro en un estante.

—Si sigues así, te voy a cobrar por los servicios de cocina—, dije en voz alta.

No sabía si tenía un sistema de seguridad con video, pero me porté como si lo tuviera.

Aun así, corté las verduras y las coloqué en la olla de cocción lenta junto con algunos condimentos. Lo puse a fuego lento y continué con el resto de mi limpieza. En Erickson and Associates, Melissa me recibió calurosamente.

—No puedo esperar para tomar unas bebidas—, dijo mientras se abrazaba. —Pero tengo una conferencia telefónica. ¡Nos pondremos al día más tarde!—

—¡Suena bien!— Dije.

Limpié las oficinas de ella y de Niels antes de pasar a sus baños y su la sala de espera. Luego me fui. Jamie estaba en la casa de empeños y tenía la información de contacto de su amigo Barney.

—Está esperando tu llamada—, dijo Jamie.

—Lo llamaré esta noche—.

Mis clientes residenciales no estaban en casa, lo cual fue genial. Limpié sus casas rápidamente, pero a fondo. Esa noche tuve otra gran cita con Kevin. Nos tomamos de la mano más y nos besamos más también.

La semana siguiente tuvo más de lo mismo. No busqué trabajos de detective, ya que sentía que todavía estaba desenredando el lío que era el trabajo de Doña Elena/Edna Nazario. Cuando todo estuvo dicho y hecho, estaba segura de completar un informe completo posterior a

la investigación. Aun así, el trabajo parecía inconclusa.

Salí con Melissa, pero en lugar de ir a beber, fuimos de compras. Melissa fue muy divertida y educativa, ya que señaló las tiendas y etiquetas y cómo les estaba yendo financieramente. Incluso tenía ideas sobre que las empresas en dificultades podrían hacer mejor.

—Podrías hacer esto en cualquier lugar, ¿no?— Le pregunté a ella.

Melissa estaba mirando una chaqueta cuando le hice la pregunta. Lo colgó antes de volverse hacia mí.

—¿Puedes guardar un secreto?—

Asentí. —Por supuesto—.

—Me voy. Voy a mudarme a Pennsylvania—.

Las lágrimas llenaron mis ojos. Aun así, sonreí.

—¿Por qué sonríes?— Preguntó Melissa, incluso mientras su voz temblaba.

—Te voy a extrañar—, le dije. —¿Pero pensar en ti con tu familia? ¿Los que van a amarte y apoyarte? Estarás construyendo una vida feliz. Ese es el sueño, y quiero ese sueño para ti—.

—¿Pero no me extrañarás?— ella preguntó.

Asentí. —Si. Pero las mujeres tenemos comienzos y paradas en la vida, y eso está bien. Así es como crecemos—.

—No sé cómo decírselo a Niels—.

El nombre de su jefe y amante hizo que mis lágrimas se secasen muy rápidamente. —Solo vete, Melissa. Empaca tu mierda y vete" — dije mientras la agarraba del brazo. —No espere una referencia o permiso. Si esperas por el consentimiento de Niels, hará que ese movimiento sea difícil o imposible—.

Melissa dejó escapar un suspiro. —¿Cuándo lo supiste?—

—¿Acerca de?—

Melissa puso los ojos en blanco. —No te hagas la tonta—.

—Vamos a caminar—, dije.

Salimos de las grandes tiendas y entramos en el centro comercial.

—Creo que me enteré de que estabas teniendo una aventura con Niels...probablemente tan pronto como sucedió—.

—Oh Dios—, dijo Melissa.

La miré y vi lágrimas en sus ojos.

—Suena horrible escucharlo en voz alta. No soy esta persona. No soy."

Me encogí de hombros. —No creo que hayas obligado a Niels a hacer nada que no quería hacer—.

Ella se burló. —No, no lo hice. Niels fue convincente y yo me sentí atraída fácilmente—.

Melissa confirmó que ella y Niels se habían convertido en amantes tras las revelaciones de que Melissa tenía un acosador. Niels estaba allí para secar sus lágrimas.

—Eras vulnerable en ese momento —.

—Eso no es excusa—.

—Si estás buscando a alguien que te castigue, esa no seré yo".

Paramos frente a una tienda de joyería. Después de mirar los collares con frutas hechas de cristal, se volvió hacia mí.

—¿Por qué crees que tengo que...irme tan abruptamente?—

—Porque Niels es un psicópata. ¿Lo conoces bien?—

Melissa se encogió de hombros y siguió caminando. —Mas o menos—. Ella dejó escapar un suspiro. —Sí, lo sé".

—¿Sabe dónde estás ahora mismo?—

Ella asintió. —Si. Niels siempre sabe lo que estoy haciendo. Él no era así antes de que nos convirtiéramos en amantes—, susurró.

—Eres inteligente, guapa y trabajadora. Podrás reconstruirte. Pero tienes que irte—, le dije.

Melissa tragó. —No sé por dónde empezar—.

—¿Lo amas?—

Melissa negó con la cabeza. —No. Creo que dependo más de él que de cualquier otra cosa. Eso no es la manera como mi madre me crio. Sus padres vinieron de Cuba en barcos. El padre de mi mamá, mi abuelo materno, era un borracho—, confió Melissa. —Mi abuela aprendió a ganar dinero y a mantenerlo en secreto. Ella le enseñó a mi madre a hacer eso y mi madre me enseñó a mí—.

—¿Tienes fondos secretos?—

Melissa sonrió y asintió. —Si. Puede que no sea tan inteligente como Niels, pero tengo algunos trucos bajo la manga—.

—Bueno—.

—¿Como lo harías?— Melissa me preguntó.

Sonreí ante los pendientes de cristal de guineos y fresas. —Lo vería como una aventura o un renacimiento. Me subiría a mi coche y me iría—, le dije mientras la miraba. —Hoy. Ahora—.

—Seguramente no es tan urgente—, dijo.

Mi sonrisa se desvaneció cuando me volví hacia ella. —Melissa, Niels se da cuenta de que no me agrada. No me sorprendería que te cuestionará sobre esta visita, o si tratara de apretar el yugo que tiene sobre ti—.

—¿Por qué piensas eso?—

—Cuando estabas en P.A. y regresaste antes de que querías? Niels preguntó si fui yo quien te dijo que te fueras de vacaciones. Dije que sí. Dijo que te iba a llamar para que regresaras temprano—.

Los ojos de Melissa se agrandaron. De repente comenzó a caminar de nuevo. Me uní a ella.

—¿En serio?—

Asentí. —Si. En serio—.

—¿Por qué no dijiste nada?—

Me encogí de hombros. —No sabía si me habrías creído. Tenía miedo de que Niels hubiera regresado y si él hubiera...intensificado—.

—Maldita sea. Pasé de un hombre acosadora a un hombre psicópata—, dijo mientras se frotaba los brazos.

Paramos en un restaurante/pub en el centro comercial. —Déjame invitarte a una bebida—, le dije a Melissa.

—Bueno—.

Cuando estábamos sentadas en la barra y bebiendo un par de cervezas, le hice una pregunta.

—¿Melissa?—

—Si—.

—¿Por qué perseguiste a un hombre casado? ¿Por qué engañó a su esposa contigo?—

Melissa gimió.

—No soy crítica y no te voy a reprender. Sólo quiero saber—.

—De mi parte, miedo y codicia—, dijo mientras agitaba su bebida. —Niels es tan condenadamente guapo. Es poderoso, divertido y fuerte —. Melissa me miró antes de continuar. —Él y su esposa están un poco al margen, incluso antes de que empezáramos nuestra aventura. Niels quiere regresar a Dinamarca, pero ella quiere que se queden aquí. Ha sido algo por lo que han estado peleando durante años—.

Gruñí. —Eso lo hará—.

—Sí—, dijo Melissa.

Entonces, su celular sonó. —Mierda. Es él—.

—Responde—, dije. —Haz que parezca que todo está bien. No mientas sobre nada—.

Melissa siguió mi consejo.

—Oye, tú—, dijo Melissa. —No. Todavía estoy comprando. Marta y yo tomamos un par de copas antes de volver a comprar. No, no esta noche. Marta y yo podríamos ver una película. Te llamaré mañana por la mañana. Bueno. Adiós—.

Melissa continuó mirando su teléfono. —Siento que me está mirando, siguiendo mis movimientos. ¿Cómo salgo de esto?— preguntó mientras me miraba. —Necesito salir - tan pronto como sea posible—.

—Puedo ayudarte—.

—¿Cómo?—

Fuimos a la tiendo de departamento Target, donde, usando efectivo, Melissa compró un teléfono celular desechable. En un rincón tranquilo del centro comercial, Melissa grabó un video en su teléfono celular viejo. En el video, ella expresó sus deseos y me dio un poder notarial verbal.

Nos abrazamos fuera del centro comercial. Melissa lloró mientras

me abrazaba. —Gracias. Gracias amiga—.

—Siempre seré tu amiga—, le dije mientras me quebraba la voz. —Vamos—.

Llorando, corrió a su carro. Lloré durante un par de minutos antes de volver al centro comercial y llamar a Kevin.

—Hola, novia—, me dijo mientras se reía.

Tragué las lágrimas y respiré. —¿Me ayudarás?— Le pregunté.

—¿Qué está pasando?— preguntó. El humor desapareció de su tono.

Veinte minutos después lo retuvieron frente a las puertas del centro comercial. Una vez que estuvimos en su vehículo de policía, le entregué el teléfono celular de Melissa, donde vio el video.

—Yo, Melissa Graciela Del Rio Bollinger, autorizo a mi amiga Marta Morales a actuar como mi apoderada. La autorizo a ir a mi apartamento a recoger mis objetos de valor y enviarlos a mi casa en Pennsylvania—, dijo con la voz quebrada. *—Me voy de Chicago, Illinois, por mi propia voluntad. Entré en una aventura peligrosa con mi jefe casado, Niels Erickson. Por mi seguridad, siento que tengo que dejar ese asunto y mi trabajo de esta manera abrupta. Mientras hablamos, me estoy alejando de Chicago y conduciendo hacia el este, hacia Pennsylvania. Pueden comunicarse conmigo al número de teléfono 773-565-9525. Gracias—.*

Kevin apagó el teléfono. —Mierda. Mierda. Mierda—, dijo Kevin.

—¿Qué? ¿Le aconsejé incorrectamente?—

Kevin se volvió hacia mí. —Le aconsejaste bien. Si todo lo que tiene aquí en Chicago eres tú...y su amante peligroso, bueno, eso no es mucho. ¿Estás seguro de que es un psicópata?—

Asentí. —Sí, Kevin—.

Kevin sostuvo el teléfono y asintió. —Melissa Bollinger es una adulta. Vamos...vayamos y cumplamos sus deseos—.

Fuimos al apartamento de Melissa. Usando una caja que tenía en su armario, empaqueté los papeles importantes que tenía en una caja de seguridad debajo de su cama. También agregué recuerdos personales que ella había solicitado. Después de eso, cerramos la caja y nos dirigimos a una tienda de envíos. Pague para entrega nocturna con una dirección que pertenecía a una tía paterna de ella.

Lloré mientras nos alejábamos. Kevin, el hombre dulce que era, se detuvo y me abrazó.

—Oye. Eras una amiga buena—.

—Pero mi amiga se ha ido—, dije mientras sollozaba.

Kevin no dijo más. Siguió mirándome mientras yo secaba mis lágrimas. —¿Sabes qué? Iba a llevarte a casa. Pero mi carro está en el cuartel. Tengo un par de cosas que arreglar antes de terminar la noche. ¿Quieres venir conmigo?—

Asentí. —Si. Sí por favor—.

Kevin sonrió. —Por supuesto que sí. Estas super enamorada de mí —.

Me reí, feliz de haber podido hacerlo. Me sentí como una cómplice en la reacción drástica que Melissa había hecho. Se había ido de Chicago con su carro y la ropa que tenía puesta.

—¿Crees que Niels podría estar rastreando su auto?— Le pregunté a Kevin.

Kevin no dijo nada durante un rato. —No sé cuán...racional es esto, Marta. Entiendo el deseo de dejar un trabajo sin dar dos semanas de aviso. Pero cuando uno se muda, uno tiene que atar los cabos sueltos—, dijo mientras tocaba el volante. —Melissa podría habérselo dicho al dueño de su condominio. ¿Su jefe y amante es tan temible? ¿Para hacerla querer irse así de repente?—

—Creo que sí—.

Kevin se encogió de hombros. —Tal vez. Tal vez solo estaba buscando una razón para salir. ¿Le gusta Chicago?—

—A Melissa le gusta su trabajo. Creo que le gusta viajar. Pero no, no creo que le gustó mucho Chicago—.

—Bueno, es una de dos cosas; El jefe de Melissa, Niels, es un psicópata, y el mejor momento para irse fue ayer. O podría haber sido una adulta responsable y podría haber planeado su partida. Ella quemó puentes con esta partida apresurada—.

Kevin estaciono su carro policiaco en el estacionamiento del recinto. Lo apagó y dio la vuelta para abrir mi puerta.

—Melissa Bollinger quemó muchos puentes con su abrupta partida. Queda por ver si fue una decisión inteligente—.

Kevin me acompañó a través de una entrada lateral, usando su tarjeta de acceso para abrir una puerta pesada.

—¿Crees que la gente hace mucho esto? ¿Que abandonan todo y se van? ¿Empezar de nuevo en algún lugar nuevo?—

Kevin se burló. —Todo el tiempo. Los adultos mayores tienen derecho a hacer eso. Sin embargo, apesta para las personas que dejan atrás. Más aún para nosotros, los agentes de policía, que tenemos que buscar a las 'personas desaparecidas'—, citó en el aire, —solo para encontrarlos viviendo nuevas vidas, de manera segura. Luego, entregamos esa desgarradora noticia a las personas que abandonaron los adultos fugitivos—.

—No sé por qué no lo consideré—, dije mientras subíamos a un ascensor.

—¿Por qué lo harías?— Kevin dijo mientras se encogía de hombros. —No eres policía—.

Kevin tenía razón, por supuesto. Aun así, guardé ese valioso conocimiento. Kevin me presentó a un par de policías que nos detuvieron. Me sonrojé cuando me presentó como su novia. Aun así,

fue galán.

Un policía uniformado tenía mucho que informar a Kevin. Puse mi mano sobre el brazo de Kevin y le hablé.

—Recuerdo dónde está tu escritorio. ¿Quieres que te espere allí?—

—Por favor, y gracias—, dijo.

Me alejé y me dirigí al escritorio del detective Connelly - el escritorio de mi novio. Me puso nerviosa, descubrí. ¿Se suponía que debía sentarme en su silla? No pude reunir el valor para hacerlo. En cambio, me senté en una silla al otro lado de su escritorio. Dejé escapar un suspiro y saqué mi teléfono.

Pensé en llamar a Melissa. Tampoco me encontré con el descaro de hacer eso. La culpa me llenó. Mi amiga había hecho algo precipitado, algo que le sugerí que hiciera.

—Ay, Marta—, me quejé.

Pero, ¿qué se suponía que debía hacer Melissa? Estaba lista para terminar con Niels. Ella dijo que él estaba empezando a ser más controlador y que estaba siguiendo lo que estaba haciendo.

¿Podría Melissa haber rompido profesionalmente con Niels? Probablemente, pero tal vez él la habría convencido de quedarse. Tal vez Melissa se había ido porque, por inconveniente que fuera, era el momento apropiado.

Un beso en la parte superior de mi cabeza me dio escalofríos y me calentó todo al mismo tiempo.

—¿Qué estás rumiando allí?— Kevin preguntó mientras se sentaba en la silla detrás de su escritorio.

—Melissa, y no mucho más. Me siento culpable por el hecho de que la presioné en irse tan abruptamente—.

—Ella tenía que irse, Marta—, dijo Kevin mientras comenzaba a revisar un archivo en su escritorio. —¿Tuvo que irse tan de repente? No lo sabemos—, dijo.

—¿Ya cenaste?— Le pregunté.

Kevin me sonrió. —Todavía no. ¿Quieres comida para llevar aquí o quieres sentarte en algún lugar?—

Miré alrededor de su oficina y sonreí. —Entiendo si te cansas de este lugar, pero me gusta—, le dije mientras me volvía hacia él.

Kevin se rascó la nariz y asintió. —Lo entiendo. Comida de entrega será. ¿Pizza?— preguntó mientras levantaba el auricular de su teléfono de escritorio.

—Si. ¿Estilo de Nueva York?—

Kevin colgó el teléfono y me miró fijamente. —¿Que *qué*?—

—Estilo de Nueva York. ¿La pizza?—

—No hemos comido pizza todavía, ¿verdad?—

Negué con la cabeza. —No. Aún no—.

—¿Qué diablos, Marta? ¿Estilo de Nueva York?—

—¿Te olvidas que me crie en la costa este durante mis primeros diez años de vida?—

—¡Y has vivido aquí casi veinte! El tiempo suficiente para que corrijas el error de tu preferencia de pizza—.

Me burlé. —La pizza al estilo de Chicago está bien, pero no compara al estilo Nueva York—.

La fuerte inhalación de Kevin me hizo reír. Pero entonces el ocupante del escritorio al lado de Kevin dio su opinión.

—No sé sobre esta, Kevin—, dijo un hombre de cabello oscuro que aún no había conocido.

—Yo tampoco lo sé, Jeff—, le dijo Kevin al tipo.

—¡Oye!— Le dije a Kevin.

Kevin negó con la cabeza. —Tendremos que dejar de lado esta conversación porque tengo cosas que hacer, y también porque tengo hambre—.

—Bien—, dije mientras dejaba escapar un suspiro.

—Eso no suena como el 'bien' normal—, dijo el ahora llamado Jeff.

—Puedo manejar el trabajo pesado desde aquí, Jeff. Pero gracias —, dijo Kevin.

Kevin me miró fijamente, tomó su teléfono y descaradamente pidió una pizza de plato hondo. Me reí y él sonrió.

—Tienes suerte porque eres linda—, me dijo mientras encendía su monitor.

—Tienes suerte de ser lindo—, le respondí.

—Deja de hacerme sonrojar. Estoy tratando de trabajar aquí—, dijo Kevin mientras sonreía.

Me reí entre dientes y volví a mi teléfono celular. Media hora más tarde nuestra cena de pizza había sido consumida.

—Te dije que el plato hondo era bueno—, dijo Kevin.

—¡Nunca dije que no fuera así!— Protesté. —Solo que no es tan bueno como—.

—Espérate un momento—, interrumpió Kevin.

Kevin apartó la mirada de mí y miró hacia un punto que no pude distinguir. Noté que Jeff también miraba fijamente, al igual que un par de otros detectives de la policía. Me volví para ver lo que estaban mirando.

Me quedé boquiabierta cuando vi a Niels Erickson en la entrada mientras hablaba con una policía uniformada.

—Oh, Dios mío—, le dije a Kevin.

—¿Quién es ese?— Kevin me preguntó.

—Ese es Niels, Kevin. Niels Erickson—.

Capítulo Veinticuatro

El rostro de Kevin palideció un poco, pero solo por un momento.

—Ponte detrás del escritorio, Marta—, me dijo.

—Pero—.

—Ponte detrás del escritorio y agáchate—, dijo. —¡Rápido, Marta! —

Hice lo que me pidió, aunque no entendí lo que estaba pasando. Kevin se puso de pie y se quitó la chaqueta. Noté que flexionó los dedos de su mano derecha, que estaba cerca de su arma.

—Oh, Dios mío—, susurré.

—¿Qué carajo?— Jeff le dijo a Kevin.

—Este tipo no está en su sano juicio. Mantén los ojos bien abiertos —, le dijo Kevin a Jeff.

Al instante, Jeff se apartó de su escritorio y se puso de pie.

—Ali—, llamó Kevin. —¿Qué está pasando?—

Supuse que Ali era la oficial de policía que había estado hablando con Niels. Escuché pasos acercándose al escritorio.

—Hola. Mi nombre es Niels Erickson—, dijo el jefe de Melissa. —Vine porque mi empleada me envió un mensaje de emergencia desde aquí. Así que aquí estoy—.

Cubrí mi boca con mi mano. Niels acababa de mentir, y a dos detectives de la policía y ¿quién sabía cuántos otros policías?

Miré a Kevin, que parecía estar calmo. Dios bendiga al hombre por ser un buen detective.

—Señor Erickson?— Kevin dijo con calma.

—Sí, Erickson—.

—Mi nombre es detective Connelly. ¿Quién es esta persona que te envió un mensaje?—

—Mi empleada, Melissa Bollinger. Me envió un mensaje diciéndome que estaba aquí, pero no la veo—.

La convincente mentira de Niels me heló tanto que comencé a temblar donde estaba sentada. Kevin se volvió hacia Jeff.

—No tenemos a nadie aquí llamado Melissa Bollinger, ¿verdad?— le preguntó a Jeff.

—No. Nadie está siendo interrogado activamente—, dijo Jeff.

Kevin se volvió y miró al otro lado. —Oye, James—, gritó.

James Kostas? No sabía que estaba allí.

—¿Qué?— gritó James.

—Pregunta de 11-56. ¿Tenemos una Melissa Bollinger aquí? ¿Conoces el nombre?—

Momentos después, escuché más pasos acercándose al escritorio de Kevin.

—No—, escuché a James decir con calma. —¿De qué se trata esto?

—

—Sé que Melissa está aquí—, dijo Niels, y un más ferozmente. —Por favor, dime dónde está—.

Kevin tomó su chaqueta, de la cual sacó el teléfono celular de Melissa. Lo sostuvo para que Niels lo viera.

—¿Es esto lo que estabas rastreando, Sr. Erickson?—

—Ese es el teléfono de Melissa. ¿Por qué lo tienes?—

Kevin abrió una gaveta de su escritorio y colocó el teléfono en él antes de cerrarlo.

—¿Tenías el consentimiento de Melissa Bollinger para rastrear su teléfono celular?— Preguntó Kevin.

Niels no dijo nada.

—¿Sabes que es un delito de presentar un reporte falso a la policía?—

—Creo que me iré ahora—, dijo Niels.

—Creo que te quedarás hasta que terminemos de hablar contigo—, dijo Kevin.

En lugar de protestar o llamar a un abogado, Niels se rió entre dientes.

—¿Marta?— Niels gritó. —¿Estás aquí, Marta? Veo tu bolso de cuero barato en la silla de este detective—.

Mierda y mierda y mierda y mierda. Sin embargo, me puse de pie, ya que, aunque estaba asustada, no era un cobarde.

—Hola, Niels—, le dije.

Niels estaba furioso. —¿Dónde está Melissa?—

—Eso ya no es asunto tuyo—.

—¡Pequeña sirvienta entrometida!— Niels espetó. —Estás metiendo la nariz donde no pertenece—.

—No estoy tratando de ponerme de tu lado malo, Niels, porque eres un hombre aterrador. Pero todavía soy lo suficientemente valiente como para decirle a mi amiga que se aleje de ti. Melissa se ha ido y por su propia voluntad—.

—¡¿Le dijiste que me dejara?!— Gritó Niels.

—Melissa no necesitaba que nadie le dijera que te dejara—.

Niels respiró hondo y lo soltó. —Estás despedida—, dijo y con más calma.

Asentí. —Entiendo. Mañana por la mañana mandaré sus tarjetas de acceso a su oficina por correo—.

—Melissa tampoco te envió un mensaje de texto. Has estado rastreando su teléfono celular—, le dije.

Niels sabiamente no dijo nada a eso. —Me iré ahora—.

—No tan rápido—, dijo Kevin. —Los informes policiales falsos y el rastreo de teléfonos celulares sin permiso son ilegales—.

—Llamaré a mi abogado—, dijo Niels.

Kevin se volvió hacia James. —Tú eres el siguiente, lo sé. No puedo aceptar este caso—.

—Lo tengo—, fue la respuesta de James.

James volvió hacia mí: —¿Marta? Voy a necesitar que tú y Kevin pasen el rato hasta que termine de hablar con el Sr. Erickson aquí—.

Asentí. —Estaré aquí—.

—Señor Erickson. Si pudieras seguirme—, pidió James.

Niels dejó escapar un suspiro. —Si pudiera hacerle a Marta una pregunta más—.

—No, no puedes—, dijo James, y con un poco más de firmeza. —Por favor sígame."

Una vez que Niels y James desaparecieron por un largo pasillo, me hundí en el escritorio de Kevin.

—¿Puedes creerlo?— Le pregunté.

Kevin pasó de mirar por el largo pasillo a mirarme a mí.

—¿Por qué atraes tantos psicópatas?—

Dejé escapar un suspiro frustrado en respuesta. Una hora más tarde, Kevin me llevo a casa. No estaba diciendo mucho.

—Fue una conferencia telefónica interesante—, le dije.

Kevin asintió. —Si. Me alegré de escuchar la voz de Melissa en vivo, al igual que James. Melissa corroboró su cuento y la tuya—.

No dijo nada después de eso. Su silencio me preocupó, pero no lo suficiente como para cuestionarlo. Ya tenía suficiente en mi mente. Cuando el carro de Kevin se detuvo junto a la puerta de mi apartamento, me incliné y lo besé.

—¿Marta?—

—Si—.

—Me gusta tu cartera. No creo que parezca barato—.

Me reí. —Gracias. Y no es barato. Es de piel de cerdo, pero me gusta—.

Kevin sonrió. —Me alegro—.

—¿Estás bien?— Le pregunté.

—Si. Fue una noche extraña. Todavía estoy tratando de procesar todo—.

—Igual a mí—.

—¿Estás bien?—

Asentí. Kevin extendió la mano y me tocó la cara. —Hazme saber si Niels te molesta. Quiero saberlo tan pronto como suceda—.

—Lo haré. Sin embargo, creo que a Niels le gusta hacer las cosas a la escondida—.

—Eso no me hace sentir mejor—.

—Te avisaré si pasa algo, ¿de acuerdo?—

—Si—.

—Vete a casa—, le dije antes de besarlo de nuevo. Luego dejé su

carro y me dirigí a mi apartamento.

Una vez allí, fui a la cocina y me serví un trago de ron y luego otro. Melissa estaba a salvo. Niels ahora era un psicópata confirmado. Pero ya no tenía una amiga, y eso fue triste.

Aun así, la vida continuó. Triste y cansada, me bañé y me fui a la cama.

Capítulo Veinticinco

Me desperté con un nudo en la garganta. Cogí el teléfono móvil de mi mesita de noche y busqué mensajes.

—Estoy en casa, Amiga. Gracias—.

Se suponía que mi primer trabajo del día sería Erickson and Associates. Como tenía tiempo, me recosté y lloré un rato.

Mi primera parada del día fue el correo. Como prometí, envié mis tarjetas de acceso a Erickson and Associates. De vuelta en mi carro, me permití pensar en los sentimientos de Niels. ¿Estaba enojado con Melissa y conmigo? ¿Fueron heridos sus sentimientos? ¿Se sintió traicionado? ¿Se sintió responsable del desastre que construyo? ¿Estaba asustado porque la policía sabía que era psicópata?

Quizás Niels estaba en casa, intentando mantener su matrimonio a flote. Quizás estaba en su oficina, limpiando el desorden que quedó después de la abrupta partida de Melissa. Quizás Niels estaba pensando en cómo vengarse de mí.

Sin embargo, eso ya no era mi problema, como tenía otros. Necesitaba asegurar un contrato de limpieza con Barney's Haberdashery. Si tenía suerte, me pagarían el sesenta por ciento de lo que había estado ganando con Erickson and Associates. Eso significaba que tendría que encontrar otro trabajo para recuperar el otro 40%.

Dejando a un lado esas preocupaciones, me dirigí al condominio de Jane Knight. Ella estaba en casa, lo cual fue sorprendente.

—¿Cómo te va?— me preguntó.

La miré para tratar de discernir su estado de ánimo. Jane estaba vestida y maquillada. Estaba leyendo el periódico mientras bebía té. Definitivamente dentro de los rangos normales, entonces.

—Estoy bien—, le dije. —¿Y tú?—

Ella asintió. —Mejorando, gracias—.

—Bueno—.

Jane volvió a su periódico. Fui al armario de la limpieza e hice lo mío. En la casa de empeños, Jamie se sentía conversador, lo cual era una distracción bienvenida.

—Barney espera tu limpieza con ansias—.

—Estoy ansiosa de recibir su cheque de pago—, fue mi respuesta.

Jamie se rió. —Barney es un poco rudo, pero no dejes que eso te asuste—.

Ave María. No solo tenía un sueldo más pequeño que esperar, sino que también tenía que preocuparme por un hombre mayor gruñón.

—Te haré saber cómo va—, prometí.

Limpié para mis dos clientes residenciales y luego me fui a casa. Sintiéndome triste, llamé a mi mamá. Le conté todo lo que había pasado con Melissa y con Erickson and Associates.

—Dios mío—, dijo. —Nada bueno viene con salir con un hombre casado—.

—Si. Estoy de acuerdo con eso. Principalmente. La puta de Aníbal, Gretchen, se consiguió un marido—.

Mamá se burló. —Esa mujer consiguió preocupaciones de que su marido la engañara de por vida. Se consiguió un techo y un padre para sus hijos. Probablemente no mucho más que eso—.

—No es mi circo, y no son mis monos—.

—¿Qué significa eso?— Preguntó mamá.

—Significa que los problemas de Aníbal no son los míos—.

—Eso es cierto. Pero entiendo a tu amiga. A veces, tienes que alejarte de un hombre malo. Tienes que escapar y correr lejos. No siempre porque él es el peligro, sino en lo que se convierte uno cuando está con un hombre malo—.

—Eso suena muy revelador, mamá—, dije mientras tomaba un sorbo de café.

—Nunca me pasó a mí, pero conozco mujeres que compartieron confidencias conmigo—.

Tomé más café.

—¿Qué pasa con tu novio? ¿Dónde está el?—

—Trabajando, supongo. No estoy muy segura—.

—¿No te importa?—

—No soy su madre, mamá. Además, estoy pasando por mis propias cosas en este momento. No necesito tomar su mano mientras que yo misma estoy sufriendo—.

—Eso también tiene sentido—, dijo mamá. —Pero mira, ten cuidado con ese hombre rico y loco. Los hombres con poder no les gusta escuchar la palabra 'no'. Les enoja—.

—Bueno, se puso en ridículo en el cuartel, así que creo que se va a comportar bien por un tiempo—.

Al menos eso esperaba. En cualquier caso, colgué el teléfono con mi madre, pero lo sostuve. Kevin no me había llamado en un par de días. Me pregunté si lo de Niels lo asustó.

—Lo que sea—, dije. Cogí mi antiguo compañero: el control remoto de mi grabadora digital.

Capítulo Veintiséis

Habían pasado dos semanas desde que Melissa se había ido. Mi nueva normalidad era extraña. Echaba de menos a Melissa algo feroz. Jane Knight trabajaba muchas horas. Mis clientes residenciales guardaban silencio, pero Jamie hablaba mucho. También Barney.

—Te daré una propina si limpias bien—, dijo el hombre canoso de setenta y ocho años.

—Eso es justo, Barney—.

—¿Te dije que vestí al cantante Perry Como?—

—No lo hiciste. Me encantaría escuchar esa historia—.

Barrí mientras Barney me contó una historia que ya había escuchado dos veces. Esa noche tuve una cita con Kevin.

—¿Cómo está Barney?— preguntó antes de morder un ala de pollo.

Sonreí. —Barney está bien. Le encanta hablar de los viejos tiempos. Tiene muchos clientes, creo, pero no mientras yo estoy allí limpiando—.

—Eso es bueno—, dijo Kevin. —Un cambio de Erickson Ventures, ¿eh?—

Deje escapar un suspiro. —Si. El trabajo pagó muy bien. Me encantaba hablar con Melissa mientras limpiaba. E incluso Niels, cuando se guardaba su psicopatía para sí mismo, era profesional—.

Kevin me miró un poco. —Me imagino que la vida de Niels es un poco tumultuosa en este momento—.

Me encogí de hombros. —Lo que mantenga ocupado a Niels y lejos de mi es bueno—.

—¿Cómo está Melissa?—

Sonreí. —Melissa me escribió una carta. ¿Quién hace eso ya, ¿verdad? Se lo está tomando con calma, pasando tiempo con la familia y tratando de resolver las cosas—.

—¿Crees que ha terminado con Niels?—

Mi rostro decayó. —Dios, eso espero porque esa es la única opción inteligente. El único sano—.

Kevin me miró fijamente durante un rato.

—¿Podemos cambiar el tema?— Le pregunté.

—Por supuesto—, dijo. —Lo siento—, dijo mientras cubría mi mano con la suya.

Asentí y él movió su mano. Desde debajo de mis pestañas, miré a Kevin. También parecía distraído.

—¿Quieres hablar de tus casos?—

Me miró y negó con la cabeza. —No—.

—Está bien—, dije simplemente.

Nuestras ocupaciones nos hicieron meter las narices en la vida de los demás. Parecía que no siempre era fácil deshacerse de nuestros

trabajos.

—¿Quieres ver una película?— Le pregunté.

La cara de Kevin se arrugó por un segundo. —Sí, pero no tengo ganas de conducir hasta los teatros buenos—.

—Me refiero a mi casa—.

Su expresión cambió instantáneamente y me reí. —Ver una película en mi casa no es un eufemismo para el sexo—, susurré.

Kevin hizo un puchero y luego se encogió de hombros. —Bueno. ¿Qué película?—

—Uno de Guy Ritchie que he estado esperando—.

—Me gusta el plan—, interrumpió.

Nos fuimos del restaurant con nuestra cena. Treinta minutos después nos sostuvieron en mi sala, viendo la película mientras comíamos la comida.

—¿Por qué no es 'ver una película' un eufemismo para el sexo?— Preguntó Kevin.

Detuve la película y me volví hacia él. —¿Qué?—

—Sexo, Marta. Quiero tener relaciones contigo—.

Las palabras de Kevin provocaron una avalancha de emociones: sorpresa, deleite, miedo, lujuria y confusión.

—¿Quieres tener sexo conmigo?—

Mierda. Tendría que responderle a Kevin.

—Si—, dije mientras me aclaraba la garganta. —Mucho, pero...tengo miedo—.

—No te haré daño—.

—Solo he tenido sexo con un hombre—, espeté.

Los ojos de Kevin se agrandaron. —¿De verdad?—

Asentí. —Si. Tengo cuidado con eso—.

—Creo que tienes una mejor explicación que ese—.

—Kevin, me gustas mucho. Tanto. Pero no quiero apresurar nada. No quiero apresurarme—.

—Yo nunca, nunca forzaría nada—, respondió, sonando un poco enojado.

Deje escapar un suspiro. —Quiero tener sexo de nuevo. Quiero que sea contigo. Pero no estoy lista. Todavía somos nuevos. Además, ¿la persona con la que tengo sexo? Quiero amarlo y ser amada a cambio. Quiero algo real—.

Kevin tomó su cerveza y bebió.

—¿Cuándo fue la última vez que...tuviste sexo?—

—No voy a responder a eso—, dijo mientras dejaba su cerveza. —Fue antes de que tú y yo salimos. Eso es todo lo que importa. Además, no te engañaré—.

—Bueno—.

—Eso no quiere decir que esperar será fácil—.

—Lo sé—.

Seguía mirándome. —Pero…sin adelantarnos a las cosas… esto—, dijo mientras señalaba el aire entre nosotros, —es real. Quiero que sepas eso—.

Tragué lágrimas. —Yo también lo creo—.

—¿Podrías dejar de hablar de sexo ahora? Quiero volver a la película—, bromeó.

Puse los ojos en blanco y le di play.

Unos días después, me reuní con mi planificadora financiera en una nueva ubicación.

—Krispy Kreme—, le dije a Ada mientras me sentaba frente a ella. —Me alegro—.

Ada sonrió y se encogió de hombros. —¿Por qué no mezclar las cosas?—

—Porque te gusta Panera—.

—Estoy acostumbrada a Panera. Wifi rápido y gente familiar. No significa que no deba probar algo nuevo—.

Me quedé mirando a Ada durante unos segundos antes de mirar la cocina y la cinta transportadora que cocían las donas. —¿Cómo pueden los empleados trabajar aquí y no engordar?—

—Están todos gordos—, susurró Ada.

—Entonces, déjame unirme a ellos. Vuelvo enseguida—.

Regresé con un par de donas glaseadas y una taza grande de café.

—He visto tus ganancias—, dijo Ada mientras miraba la pantalla de su computadora portátil. —Lo estás haciendo bien. Sin embargo, noté que perdiste el trabajo de Erickson. ¿Qué paso ahí?—

—Tenía que seguir adelante. Creo que el negocio se está cerrando y regresando a Dinamarca, de todos modos—.

Ada asintió. —Bueno. Recogiste un Haberdashery. ¿Qué es eso?—

—Tienda de ropa para hombres. Sastrería también. Un lugar agradable—.

—¿Has mirado los enlaces del internet que le envié? ¿Los de préstamos hipotecarios de HUD?—

Negué con la cabeza y luego comí un poco de glaseado crujiente. Después de masticarlo, hablé. —Aún no. Es abrumador. Intimidante—.

—Una hipoteca puede ser más barata que un alquiler. Tienes que investigar eso—.

—Tengo miedo—, le confié.

Ada se encogió de hombros. —Entiendo por qué. La limpieza no es una promesa de trabajo, pero si lo piensas, no se promete nada. Aníbal podría cerrar la tienda algún día y regresar a Puerto Rico—.

—¿Tiene planes de hacer eso?—

Ada sacudió la cabeza. —No lo creo, pero podría. La gente pierde su trabajo por todo tipo de razones. Pero vivir con miedo no es vivir.

Arriésgate—.

Me sorprendí cuando sentí lágrimas en mis ojos. Parpadeé para alejarlos.

—¿Estás bien?— Ada preguntó.

Me reí y usé la esquina de una servilleta limpia para secarme el ojo. —Si. Lo siento. Eso es algo que habría dicho una amiga mía. Sin embargo, ella se mudó recientemente. Empezando de nuevo, irónicamente—, dije.

—Los nuevos comienzos dan miedo, pero valen la pena. Quiero que mires la documentación del préstamo, ¿de acuerdo?—

—Bueno. Lo haré—.

—Pero, vi una compra que me sorprendió—, dijo Ada mientras volvía a mirar su computadora portátil.

—¿Qué es eso?— Yo pregunté.

—Cosméticos de Gucci. Lo entiendo, son agradables. Pero un poco caro. Además, ¿por qué los enviaste a Iowa? ¿Fueron un regalo?—

—¿De qué estás hablando?— Dije mientras dejé mi dona.

Ada viró su computadora para mostrarme algo. —Aquí. Está en el extracto bancario que me enviaste—.

Conmocionada, escaneé la declaración. Allí, en una pequeña sección debajo de la información de mi cuenta corriente, estaba mi línea de tarjeta de crédito asegurada. Tenía un cargo: Gucci.

—¿Qué diablos es esto?— Pregunté.

—¿No fuiste tú?—

—¡No!— Dije en voz alta.

—Bueno. Está bien—, Ada dijo calmadamente. —Podemos reportar esto al banco como un cargo fraudulento. Puedes recuperar su dinero. Además, es una tarjeta segura, ¿verdad? ¿Cuál es el límite?—

—Cincuenta dólares—, dije. —La línea de crédito es más grande, pero cincuenta dólares es el seguro—.

Habiendo perdido el apetito, miré mi extracto bancario. —¿Qué diablos?— Dije de nuevo.

—Esto le pasa a la mayoría de la gente—, dijo Ada. —Llamemos a tu banco ahora mismo—.

Así que lo hicimos. La carga se invirtió instantáneamente. Por curiosidad, hice otra pregunta.

—Quien... robó mi información ... ¿intentó poner más cosas en mi tarjeta?—

"Sí, rechazamos cargos por valor de unos trescientos dólares —.

—Oh Dios mío. ¿Hay alguna forma de que pueda enviarme una lista de esos cargos?—

—Claro que sí, señorita Morales. Debería tenerlo su correo electrónico en aproximadamente treinta minutos—.

Colgué el teléfono sintiéndome un poco mejor. Ada me miró fijamente durante un minuto y luego se rió.

—¿Por qué pediste esos cargos?—

—Quiero saber quién va de compras con mi tarjeta de crédito—.

—Bueno, casi me siento mal por ellos—, dijo Ada mientras empacaba sus cosas. —De todas las personas para robar dinero, eligieron a una investigadora privada—.

Me reí. Se sintió bien.

Seguí con el resto de mi día. Cuando llegué a casa esa noche, estaba aterrorizada y ansiosa por ver mi correo electrónico. Imprimí la lista de cargos no autorizados/rechazados y los leí mientras caminaba por el piso de mi sala.

Los cargos fueron por Gucci, Chanel, Nordstrom, L'Occitane y Best Buy.

—Al menos tienen buen gusto—, murmuré.

Pensando rápidamente, visité el sitio web de mi banco. Escaneé mi cuenta de ahorros en busca de cargos erróneos. Hice lo mismo con mi tarjeta de crédito sin garantía. Nada estaba fuera de orden.

Solo había proporcionado la información de mi tarjeta de crédito segura a una empresa: Visions of Teeth Dental.

—Maldita Nazario—, dije.

Capítulo Veintisiete

Ser detective o no ser detective fue la pregunta en mi mente al día siguiente. Pensé en eso mientras limpiaba el condominio de Jane, la casa de empeño de Jamie, la mercería de Barney y uno de mis dos clientes residenciales.

Curiosamente, mi decisión de investigar a Edna Nazario se produjo mientras pasaba la aspiradora al cuarto de la estudiante universitaria que residía en la casa de sus padres.

Brendalynn Dean tenía una colorida variedad de zapatillas. No reconocí la marca. Terminé su habitación y las demás, antes de prepararme e ir a la sala de estar, donde Brendalynn estaba sentada con su madre, Carol.

—¿Sí, Marta? ¿Está todo bien?— Carol preguntó mientras dejaba su taza de café.

—Absolutamente, Sra. Dean. Acabo de terminar de limpiar las habitaciones., y la de Brendalynn, que incluso, se veía limpio. Vi los hermosos zapatos de Brendalynn—.

Brendalynn dejó su libro y se volvió hacia mí. —Wow. Nunca te había escuchado decir tantas palabras—, dijo la pelirroja.

—Es posible que nunca me escuches hablar tanto de nuevo—. Pero estaba sonriendo cuando lo dije.

—Eres buena por mentir sobre la limpieza de mi hija—, dijo Carol mientras sonreía.

Negué con la cabeza. —No estoy mintiendo, Sra. Dean. Normalmente, los niños de la edad de Brendalynn tienen muchos más desechos biológicos en su habitación—.

Eso hizo reír a Brendalynn a carcajadas. —¿Ves, mamá? Te dije que no estaba tan mal—.

Negué con la cabeza. —Lo siento si causé su discusión—.

Brendalynn se burló. —Esto no es nada, Marta. Estas bien—.

—Gracias. Mi pregunta es para ti, Brendalynn, si no te importa responder—.

—Dispara—, dijo mientras dejaba su libro de nuevo.

—Tus zapatos. Son simplemente preciosas, ¿los tenis que tienes en diferentes colores?—

—Gracias—, dijo Brendalynn. —Me gané cada par, diré—.

Carol Dean sonrió. —Le dije a Brendalynn que podría tener cinco pares de zapatillas Woodsy si sacaba A en todas sus clases—.

—¡Y lo hice!— Dijo Brendalynn.

—Eso es genial—, dije. —Felicitaciones a ambas. Tengo curiosidad por los zapatos porque vi a alguien con el mismo tipo de zapatos, Woodsy, pero en color melocotón. ¿También son caras?—

Brendalynn se sentó rápidamente. —¡Espera un minuto! ¿Viste a

alguien usando Woodsys en PEACH?—!

Asentí. —Si. ¿Son caras esas?—

—Uh, sí—, exhortó Brendalynn. —¡Cuestan como setecientos dólares! Y tienes que estar en una lista de espera para ellos, ¡pero solo las personas famosas obtienen los primeros lugares! Woodsys solo lanza zapatos de colores especiales una vez por trimestre, y solo hay diez lugares. Entonces, si viste a alguien con Woodsys de color melocotón, bueno, es probable que estén SUPER cargados—.

Una imagen comenzó a formarse en mi mente. Edna Nazario, una asistente dental, estaba recaudando mucho dinero. ¿Pero cómo? Agradecí a la familia Dean por su ayuda y les deseé un buen día antes de irme a casa.

Conduciendo a casa, dejé que mi mente hiciera algunos cálculos. Investigué el salario de los asistentes dentales mientras investigaba a Edna Nazario para Doña Elena. Lo hicieron bien financieramente, ganando $40 mil al año en el extremo superior.

Cuarenta mil dólares al año no era nada, pero tampoco mucho, no en Chicago. Vivir en una gran ciudad metropolitana significaba altos gastos y altos impuestos.

Una vez en casa, me duché y me cambié rápidamente antes de correr hacia mi computadora portátil. Una búsqueda general de "zapatos Woodsys" arrojó muchos resultados. Vi fotos de celebridades usándolas, así como modelos usándolas en la pasarela.

—No son tan lindos—, murmuré.

Pero, ¿qué sabía de estilo una sirvienta de cuarenta años? Una búsqueda de 'Peach Woodsys' arrojó un puñado de imágenes de actrices de la lista A que los usaban, así como 'personas influyentes'. Las entradas del blog aconsejaron cómo llegar a la lista de espera para el lanzamiento de zapatos Woodsys muy codiciados, en colores limitados.

Cerré la tapa de mi computadora portátil y compuse mis pensamientos. Al darme cuenta de que necesitaba ser más organizada, busqué una libreta y papel. Pensando más en ello, agarré una carpeta manila. Con un bolígrafo Sharpie, escribí el nombre "Edna Nazario" en la pestaña.

—Has captado mi interés—, le dije al nombre.

Casi le di la bienvenida al trabajo de detective no solicitado debido a la distracción que me proporcionó. No veía mucho a Jane, ya que trabajaba muchas horas de la noche en el bufete de abogados (tal vez necesitaba una distracción para ella misma). Jamie era amable, al igual que Barney. La familia Dean se habían familiarizado más conmigo, lo cual era agradable. Aun así, mantuve cierta distancia entre ellos y yo porque no quería acercarme demasiado. Echaba de menos a Melissa algo feroz. Sabía que le estaba yendo bien en

Pennsylvania, ya que había empezado a enviarme postales.

Al día siguiente, y después del trabajo, tenía curiosidad por Melissa y lo que podría estar pasando con ella. Queriendo ponerle el cerebro a alguien, terminé mi trabajo y fui a casa para llamar a mi hermano.

—Yo—, dijo.

Miré mi calendario en la pared de mi sala. —¿No estás trabajando hoy?—

—Estoy trabajando. ¿Qué pasa?—

—Oh. Wow. Me sorprendió tu saludo cortés—.

—¿No crees que puedo ser amable? ¡Por supuesto que soy agradable!— Rafy espetó.

Ignoré el tono de mi hermano. —¿Tienes unos minutos para contarte lo que está pasando por acá?—

—Te daré siete. Si es interesante, lo haré diez—.

Le conté todo lo que pasó con Niels y Melissa.

—Bueno. Has atraído mi interés. Te daré quince minutos—.

Hice una nota mental para vengarme de mi hermano por su condescendencia.

—Mi pregunta es esta: ¿Crees que Niels todavía está persiguiendo a Melissa? ¿Intentará extender sus tentáculos hasta Pennsylvania?—

—Esa es una buena pregunta—, dijo Rafy. —Creo que Niels probablemente se quede cerca de casa y se ocupe de sus asuntos, ya que se portó como un idiota en el cuartel. Si tuviera que adivinar, diría que probablemente sea un plan: ponerse en contacto con Melissa nuevamente. Si el hombre es un psicópata, entonces no le hubiera gustado que ella fuera la que acabara con las cosas. Dañó su ego y su autoestima. Hablando de ego y autoconfianza, debes velarte la espalda —.

Gruñí. —Cuidado con Niels, ¿eh?—

—Sí. En la mente de Niels, probablemente piensa que tú lo engañaste, haciéndolo incriminarse frente a tres detectives de la policía—.

—Mierda."

—Pero nuevamente, perdió la cabeza frente a tres detectives del Departamento de Policía de Chicago. Dadas las tasas de criminalidad de Chicago, esos tipos son probablemente los mejores investigadores del país. Niels no quiere ese tipo de atención. Si te mantienes alejado de él, apuesto a que él se mantiene alejado de ti. Pero TIENES que hacer eso, Marta—.

—Lo haré. No estoy tratando de crear nuevos enemigos—.

—Bueno—.

Entonces recordé por qué lo llamé. —Bueno, Edna Nazario está de vuelta en mi radar—.

—¡Marayo Parta!— Rafy maldijo en voz alta. —¿No aprendes?

¿Por qué no aprendes? ¡¿Porque eres tan testaruda?! Te dije que dejaras esa mierda de Doña Elena en paz, ¡pero no me escuchas!—

Por encima del sonido de la voz de mi hermano regañándome, escuché pasos y una puerta abriéndose y cerrándose. Rafy estaba afuera, pensé. Solo intervine una vez que tomó aliento.

—¿Te gustaría escuchar mi versión de los hechos?—

—¡Es el lado estúpido! Es la parte de la película donde los espectadores se preguntan por qué la protagonista es tan estúpida. Se preguntan por qué está pateando una colmena que alberga una abeja reina con tiempo en sus manos, dinero para gastar y una cuenta que saldar. ¡Tu audiencia quiere saber por qué enviaste a tu abeja obrera, ese sería yo, a la colmena peligrosa!—

Rafy respiró hondo y soltó el aire.

—Bueno, te daré puntos por estilo—, calmamente dije. —Eso casi sonaba ensayado. ¿Está tomando notas de los actores de cine a los que proteges?—

—No te atrevas a ser graciosa—, dijo, pero sonaba como si estuviera sonriendo.

—Rafy - Edna Nazario robó la información de mi tarjeta de crédito y la usó para comprar cosas lujosas—.

—¿Qué? ¿De Verdad?—

—Si—.

Le expliqué que Visions of Teeth Dental Office era la única empresa con la que había compartido mi número de tarjeta de crédito. También le hablé del comportamiento turbio de Edna durante mi cita en Visions of Teeth. Terminé contándole sobre los zapatos de Edna y su costo.

—¿Peach Woodsys? ¿Edna Nazario tenía Woodsys de color melocotón?— Preguntó Rafy.

—De todas las cosas que te dije, ¿eso es lo que se destaca?—

—Soy un caballero de estilo—, dijo Rafy. —Me mantengo cerca de cambios en la moda—.

Ignoré eso. —Entonces, ¿qué piensas?—

—Creo que tienes razón. No hay forma de que una asistente dental pueda pagar los zapatos de Woodsys en color melocotón, a menos que tenga un patrocinador rico. ¿Pero los zapatos y tu tarjeta de crédito robada? Edna Nazario se está metiendo en una mierda peligrosa—.

—¿Es asunto mío?— Yo pregunté.

Rafy dejó escapar un suspiro. —Voy a ser honesto. No era asunto tuyo, hasta que ella lo convirtió en asunto tuyo. Si tuviera que adivinar, ¿los cargos que hizo en tu tarjeta? Eso no fue personal. Esa fue una pequeña faceta en una operación más grande—.

—La estoy investigando—.

—Normalmente desaconsejaría eso. Pero Edna está haciendo una

mierda. Si hubiera cometido este robo con alguien que no fuera tú, probablemente habría continuado con él. El hermano que hay en mí está en guerra con el oficial de policía que vive en mí. Quiero que te mantengas a salvo, pero al mismo tiempo, quiero que cojas a esa perra. No es como si estuviera robando a la gente rica; Edna está tomando de la gente común que quiere verse mejor. Gente de clase trabajadora—.

—Soy de la misma opinión. No dedicaré mucho tiempo a esto, ya que nadie me está pagando por ello—.

—Ten cuidado. Mantén tu distancia—.

—Una pregunta más para ti: creo que está confabulada con sus compañeros de trabajo. ¿Crees que hablarían sobre sus robos en el trabajo o si podrían encontrarse en otro lugar?—

—Se están reuniendo en otro lugar—.

Miré el reloj y me encogí. Mi hermano estaba en medio de la jornada laboral y yo lo estaba arrastrando a cosas que no tenían nada que ver con su trabajo.

—Déjame dejarte ir. Sé que estás ocupado con cosas locales—.

—Eh. Es un día bastante lento aquí—, dijo Rafy. Casi pude verlo encogerse de hombros mientras lo decía. —Pero Marta, cuando investigues, mantén la distancia—.

—Lo haré—.

Con eso, se desconectó.

Las opiniones y los consejos de Rafy me ayudaron a sentirme más segura sobre lo que estaba a punto de hacer. Sonreí porque estaba emocionada. Era un buen sentimiento.

Capítulo Veintiocho

Realmente tuve que arreglar las cosas con Kevin. La semana pasada, había rechazado dos citas nocturnas porque estaba ocupado examinando Visions of Teeth. Quería salir con Kevin, pero tenía una cuenta que saldar con Edna Nazario. Y Nanette. Y quienquiera que estuviera trabajando en la estafa de robo de identidad.

Hice una lista de empleados basada en el sitio web de la oficina dental. Visions of Teeth tenía otras dos ubicaciones; uno en los suburbios y otro en Great Lakes. No había forma de que iría a Great Lakes desde Chicago. Eso podría ser más de una hora de ida y vuelta.

Aun así, al usar el sitio web de Visions of Teeth, comparé a los empleados de esos lugares con los de la oficina de mi evaluación anterior. Algunos empleados trabajaron en dos lugares, pero no muchos.

Estaba mirando mi lista, haciendo coincidir empleados con automóviles, mientras estaba estacionada en la Panera cercana. Sin embargo, tendría que mover mi vehículo en una hora, ya que la noche anterior había estacionado en el mismo lugar. Miré a otros espacios al lado de la carretera y vi un par vacíos. Estaba a punto de moverme del asiento trasero al asiento delantero cuando sonó mi teléfono celular. Iba a ignorarlo, pero luego vi quién me estaba llamando.

—Oye, tú—, le dije a Kevin.

—¿Qué estás haciendo?— me preguntó.

Me encogí de hombros. —Dejando un trabajo en el lado oeste. A punto de tomar un café y volver a casa—.

—¿Puedo unirme a ti?—

Maldita sea. No podía decirle no a Kevin. Si lo hiciera, pensaría que lo estaba rechazando o lo estaba engañando. O peor aún, podría descubrir lo que estaba haciendo.

—¿Sabes qué? El café aquí apesta,— dije mientras suspiraba. —¿Qué tal si nos traes unas increíbles donas de policía? Haré el café. Puedo estar en mi casa en veinte minutos—.

—¿Qué tal si preparas frituras y algo de café?—

Gruñí. —Contrarrestaré tu oferta de donas con una oferta de donas, café, comida frita y una película de hombre lobo—.

—Pasas demasiado tiempo con abogados—, me dijo.

—Quizás paso demasiado tiempo con los detectives de la policía—, dije, pero estaba sonriendo.

Kevin se rió a carcajadas y me alegré de escucharlo.

—Estaré allí en veinticinco minutos—.

—Hasta entonces—.

Dejé mi libreta a un lado y me subí al asiento delantero antes de irme a casa.

Después de una gran cita nocturna con mi novio, me fui a la cama, sola. A la mañana siguiente, me levanté y me apresuré a hacer las limpiezas de mis clientes antes de dirigirme a la ubicación de Visions of Teeth en la ciudad de Skokie.

La oficina dental en Skokie estaba frente a una biblioteca, lo que interpreté como un regalo del cielo. Pagué el estacionamiento y me planté en el asiento trasero mientras miraba las puertas delanteras de la oficina dental.

Según el sitio web de VT (lo que comencé a llamar a Visions of Teeth), Mayra y Nanette también trabajaban en esta oficina. Vi el Nissan de Nanette estacionado en el estacionamiento lateral del consultorio dental.

Dos horas después (y durante la noche) cuestione mi decisión de ir a Skokie. ¿Por qué vine a Skokie, cuando supe que Edna estaba en la otra oficina? La respuesta fue que quería dejar algo de espacio entre mi automóvil y los dueños de negocios alrededor de VT. Estaba estacionada allí demasiadas noches. Venir a Skokie permitió cierta distancia, y tal vez información nueva.

Treinta minutos después del cierre de VT, Nanette salió corriendo de la oficina. Su cabello rizado rebotó alrededor de su cabeza mientras corría desde una puerta lateral del edificio a su auto. Sus brazos estaban llenos. Llevaba un bolso, una planta y una caja llena de archivos.

—¿Qué llevas ahí, Nanette?— Yo pregunté. Tomé fotos con mi cámara digital.

Como otro regalo divino, una brisa golpeó la parte trasera de mi auto, cruzó la calle y golpeó a Nanette, quien estaba atascando cosas en su asiento trasero. Mientras intentaba recuperar el equilibrio perdido, Nanette dejó caer la caja que contenía los archivos.

—Tienes que estar bromeando—, susurré.

Tuve que ponerme en acción. Rápidamente, me subí al asiento del conductor y encendí mi vehículo. Salí del estacionamiento de la biblioteca y entré al estacionamiento frente al consultorio dental. Mis luces brillaron en el rostro de Nanette mientras se apresuraba a recuperar el papeleo que había dejado caer. Afortunadamente, tuve la previsión de tomar fotografías de lo que estaba haciendo.

Pero sabía que las fotos no eran suficientes. Necesitaba ver ese papeleo, o al menos parte de él. Aprovechándome, me puse las luces brillantes y luego abrí la ventana.

—Señora, ¿está bien?— Pregunté en voz alta.

—¡Estoy bien!— Nanette dijo mientras se cubría los ojos con su mano libre.

—¿Sabes qué? Voy a llamar a la policía—, grité.

—¡No!— Suplicó Nanette. —Todo está bien—.

—Hay una multa en la ciudad de Skokie por tirar basura, ¡y lo estás haciendo!— Grité. —¡Voy a llamar a la policía!—

Nanette cerró la puerta del lado del pasajero y luego corrió hacia el lado del conductor. Un minuto después se fue. Cuando estuve segura de que Nanette se había ido, estacioné mi auto y recuperé el papeleo que ella había abandonado. Apresuradamente, agarré todo y lo metí en una carpeta. Corrí a mi carro y me fui.

Capítulo Veintinueve

No podía creer lo que estaba viendo. Estaba tan sorprendida que me serví una rebanada de tarta de queso y un poco de Bacardí. La dulzura cremosa de la tarta de queso y el toque amargo del Bacardí crearon determinación en mí.

Regresé a mi comedor y miré las veintitrés hojas de papel que estaban sobre mi mesa.

Las hojas de papel eran fotocopias de formas de registro de pacientes dentales. Las fechas de finalización variaron desde hace dos años hasta solo unos días atrás. Los formularios tenían nombres, fechas de nacimiento, direcciones, lugares de trabajo y números de seguro social - toda la información necesaria para el robo de identidad.

—Jesucristo. Santa María, Madre de Dios—, dije.

Me temblaban las manos y volví a mirar las hojas. Fruncí el ceño cuando noté que algunos de los formularios tenían direcciones del estado de Iowa mientras que otros tenían direcciones de Chicago, Illinois.

Caminé por el piso mientras me preguntaba por qué un higienista dental tendría que llevarse los formularios de registro de pacientes de una oficina.

—Ella no es administradora—, murmuré.

Quizás los higienistas hacían múltiples tareas, pero lo dudaba. Rápidamente, investigué los salarios de los higienistas dentales y descubrí que ganaban el doble de dinero que los asistentes dentales.

—Está bien, está bien—, dije mientras caminaba.

Fue un robo de identidad; tenía que serlo. Dejé de caminar y miré las formas. Quizás pillos de Iowa vendieron o intercambiaron información de las víctimas para información de víctimas en Chicago.

—¿Por qué Nanette tenía nombres tanto para Iowa como para Chicago? ¿Intercambian información en otro lugar?—

Era lo único que tenía sentido. No había forma de que utilizaran su lugar de trabajo como medio para intercambiar información.

—Hacen fotocopias en la oficina. Hacen sus estafas en otros lugares—, dije.

Y ahora tenía los nombres de 23 personas en mi mesa. Si alguien encontraba las formas en mi casa, podrían acusarme de robo de identidad.

—¡Mierda y mierda, y mierda!— Maldije en voz alta.

Caminé un poco más. —Piensa, Marta; piensa—, dije.

Podría haber dado la información a Kevin, pero habría tenido que decirle lo que yo hacía al lado para ganar dinero. No quería hacer eso, además, había violado una cadena de custodia. No llamaría a mi papá

ni a mi hermano, ya que no quería involucrarlos en mi lío.

Necesitando una distracción, recogí las formas y los metí en un sobre manila. Fuera de la vista, fuera de la mente. Después de eso, encendí mi TV y DVR. Me di cuenta de que todavía tenía que ver un programa del FBI.

—Por supuesto—, dije.

Corrí a mi computadora y encontré un número de teléfono para la línea de información del FBI, así como una dirección postal y una dirección de correo electrónico.

—Mis huellas están por todas partes—, dije mientras miraba el sobre manila.

Tenía que mandar la información al FBI sin revelar mi identidad. Sabía que las imágenes tomadas con cámaras digitales dejaban información identificable. Eso significaba que no podía usar mi teléfono celular ni mi cámara digital. Pensando rápidamente, agarré mi cartera y mis llaves y salí corriendo a Walmart. En la tienda, compré una cámara estilo Polaroid y mucha película. En mi canasta también había sobres de manila nuevos.

—Ahí van sesenta dólares que no recuperaré—, dije mientras escaneaba los artículos.

Una vez en casa, usé guantes de limpieza para ensamblar los formularios en el piso. Tomé fotografías de cada hoja de registro de pacientes. Después, coloqué las imágenes reveladas en un sobre manila. Usando mi mano izquierda, cuidadosamente anoté la dirección postal del FBI en Louisiana. Usé agua para sellar el sobre.

Revisé los sellos postales que tenía y los encontré demasiado específicos.

—Que mierda!—, dije, permitiéndome una palabrota.

Las oficinas de correos estaban cerradas por la noche; Tendría que esperar a la mañana siguiente para continuar con mi trabajo. Contenta por tener un plan, me fui a la cama por la noche.

A la mañana siguiente, llamé a Jane para avisarle que llegaría tarde. Después de eso, empaqué mis cosas y salí de casa.

Mi primera parada fue en el estacionamiento de Dunkin Donuts, donde tomé un sorbo de café antes de usar el wifi gratuito del restaurant junto con mi grabadora de voz.

Luego fui a una oficina de correos donde compré sellos genéricos "Forever" de una máquina. Si alguna de las personas en el vestíbulo de la oficina pensó que era extraño que estuviera usando guantes para comprar sellos, no dijeron nada.

Conduje hasta otra oficina de correos y estacioné mi carro. Todavía con mis guantes, sellé el sobre mientras lo guardaba dentro de una bolsa de plástico. Una vez hecho, conduje hasta un buzón azul y mandé el sobre grande.

Conduje durante otra media hora, tratando de encontrar una tienda Office Depot con servicios de trituración. Una vez allí, entré con una caja de páginas que imprimí la noche anterior.

Fingiendo acento español en inglés, hablé con un empleado. —Hola. Estoy aquí por mi jefe—, le dije a un cajero de aspecto aburrido. —¿Vine a triturar cosas?—

—Uh…sí. ¿Qué tipo de papeleo?— preguntó el empleado.

Eso no era asunto suyo. —Papeleo contable. Muchos números, no entiendo—, dije mientras sonreía.

—Bien. Evaluaremos su papeleo y lo ayudaremos a comenzar—.

—¡Gracias!—

Había escondido el papeleo confidencial dentro de los paginas de balances falsos que había impreso. El empleado pesó mis formularios y luego me escribió un recibo.

—¿Aceptas efectivo?—

—Sí—, dijo. —Puedes seguir adelante y triturarlos aquí. Traiga el recibo de la trituradora cuando termine—.

—¡Gracias!—

Tan pronto como se fue de mi lado, introduje los formularios en la trituradora segura certificada triple A, aunque no sabía que significaba. Una vez que terminé, tomé el recibo y mi caja antes de dirigirme al cajero, donde pagué en efectivo.

—¿Le gustaría registrarse para obtener una tarjeta de crédito de Office Depot?—

Me reí. —Oh no. Me va tan mal con el crédito. ¡Haga enojar a mi esposo!—

El empleado asintió con la cabeza, luciendo desinteresado. Me entregó mi cambio y me deseó un buen día.

Si solo.

Conduje por un tiempo, tratando de encontrar un teléfono público que no estuviera cerca de una cámara de video. Habiendo encontrado uno junto a un parque, me detuve y caminé hacia él. Usando mis guantes, respiré y marqué el número 1-800. Después de presionar un par de botones, una persona en vivo contestó a la llamada.

—Buenos días, esto es—.

No tuve tiempo para sutilezas. Apreté el botón de reproducción en mi grabadora de voz portátil y escuché mientras mi voz distorsionada dictó información.

—*Visions of Teeth Dental con oficinas en 14505 North Milwaukee Avenue en Chicago, así como la oficina en 1621 Hollingwood Avenue en Skokie, están participando en una red de robo de identidad. Están usando información obtenida de las formas de registro dental y los están intercambiando con un consultorio dental en Iowa. Los participantes en este esquema son Nanette Kreef y Edna Nazario. Sus víctimas actuales son*

las siguientes: Jane Marcel, Marie Lerz, Javier Domínguez, Joseph Zielinski, Lana Boxer, Maria Vega, Mark Matthews, Wyatt Storm, Maria Kuzca, Victoria Washington…—

—¿Quién habla?— preguntó la persona a cargo de la llamada telefónica de la línea de información del FBI.

La llamada se estaba grabando, lo sabía, así que ignoré la pregunta y dejé que mi grabación continuará.

—Las formas de registro de pacientes recuperados de las víctimas del robo de identidad se han enviado por correo a su dirección en Baton Rouge, Louisiana. Nanette Kreef, una empleada de Visions of Teeth siente remordimiento por sus acciones y es más probable que confiese que Edna Nazario—.

Eso fue todo lo que tenía que decir. Colgué el teléfono público y me fui. Agradecí a Dios por una explosión de frio a fines de enero, ya que me dio una razón para usar una bufanda negra y un gorro negro. Si bien sabía que el FBI podría rastrear mi llamada tan pronto como se realizó, aún me apresuré porque no quería que un ambulante pudiera identificarme más tarde.

Tan pronto como entré en mi auto, lo encendí y me fui. Una vez que estuve a media cuadra del teléfono, me quité la bufanda y el sombrero.

—Te cogí, Edna—, le dije a nadie en particular.

Capítulo Treinta

De todos los días para estar en casa, Jane Knight, abogada, eligió esa madrugada para estar en residencia.

—Mucho tiempo sin verte—, me dijo.

La miré un rato. Estaba en la mesa del desayuno, tomando café mientras leía su periódico.

—Igualmente—, dije antes de caminar hacia el armario de abrigos para colgar mi chaqueta y mis guantes.

—Te ves muy cansada—, comentó Jane.

Dejé escapar un suspiro y la miré. —Grosera—.

Ella se rió entre dientes. —No te ves mal. Simplemente pareces inquieta—.

—Es porque no estoy descansado. Pero sigo siendo perfectamente funcional—.

Queriendo deshacerme de ella, decidí empezar a limpiar arriba. Sin inmutarse, la abogada me siguió. La ignoré mientras recuperaba los productos de limpieza del armario de arriba y comencé a limpiar.

—¿Qué has estado haciendo?— Jane preguntó mientras se apoyaba en la puerta de su baño.

Maldita sea. No pude mantener mi silencio, por mucho que quisiera. Jane Knight era mi cliente, pero a veces también era mi abogada. Además, era amigable y no tenía muchos amigos. Yo tampoco los tenía.

—¿Por qué crees que los criminales se vuelven descuidados?— Le pregunté mientras rociaba las paredes de la ducha con un limpiador verde no tóxico.

Jane se rió a carcajadas. —Nunca hay un momento aburrido contigo—.

Sonreí, pero seguí limpiando.

—En su mayor parte, los criminales se vuelven descuidados porque se ponen vago. Se salen con la suya tanto que se sienten invencibles—.

Asentí. —Puedo ver eso—.

—¿Marta?—

—Si—.

—¿Tienes un dólar?—

Dejé mi esponja y me volví hacia ella. —Si. ¿Por qué?—

—Dame un dólar—, dijo.

Bajé las escaleras hasta mi bolso, donde saqué un dólar. Subí las escaleras y se lo entregué a Jane.

—Ahí—, dijo Jane mientras me quitaba el dólar. —¿Qué tienes en mente?—

Volví a fregar las paredes de la ducha por un momento. —Alguien me robó dinero. Lo recuperé y algo más—.

—Eso no suena ominoso—, dijo Jane mientras se sentaba en el inodoro.

—No le hice daño a nadie, pero es una larga historia. ¿Tienes una hora o dos?—

—Si—.

Entonces, le conté todo sobre Edna Nazario. Incluso le hablé de Doña Elena. Después de eso, le conté de Melissa y Niels.

Cuando terminé con mis cuentos, había terminado su baño de arriba y el resto del nivel superior. Incluso había terminado la oficina y estaba trabajando en su refrigerador.

—Gracia divina. La vida tuya es la más excitante—.

Gruñí. —Agotador es lo que es—. Dejé escapar un bostezo mientras estaba en eso. —Pero…puedo corroborar lo que me dijiste. Los criminales se vuelven descuidados porque es un dolor en el trasero cometer un crimen limpio—.

—Bueno, hiciste un buen trabajo al ocultar tus huellas—.

—Gracias—, le dije.

Terminado con la nevera, me trasladé a las encimeras. —¿Cómo estás?— Le pregunté a ella.

Ella se encogió de hombros. —Manteniéndome ocupada en el trabajo—.

—¿Te dijo Tim que trató de cazarme furtivamente?—

Los ojos verdes de Jane se agrandaron. —¡¿Hizo QUÉ?!—

Me reí. —Le dije a Tim que me quedaría aquí—.

—Ese hijo de puta—, dijo Jane, pero sonaba menos enojada.

Me encogí de hombros. —¿Vas a estar bien para cenar?—

Jane negó con la cabeza. —No necesitas prepararme la cena. Esta noche cenaré en el trabajo—.

—Bueno—.

Jane me miró un poco. —Aconsejaste bien a Melissa—.

Me quedé atónita en silencio, pero solo por unos momentos. —¿Eso crees?—

—Sí. ¿Al tratar con un hombre poderoso y peligroso? Lo único que puede hacer uno es encontrar una salida de emergencia y avanzar hacia ella—.

—Sí—, dije mientras tragaba saliva por las lágrimas.

Jane rió. —¿Y si un malo se cruza con Marta Morales? Bueno, se acabó el juego para él o ella, ¿no es así?—

Sonreí y sacudí mi cabeza. —Solo estoy tratando de ganarme la vida—.

—Eso hacemos todos—.

Capítulo Treinteno

Durante los siguientes días, cogí las cosas con calma. Lo único que hice fue limpiar. No tenía nada que ver con el trabajo de investigación, porque estaba exhausta. Excepto por decirle a Rafy que la "situación había sido manejada—, ni siquiera lo pensé. Investigar a Edna y sus secuaces y luego denunciarlos a las autoridades sin incriminarme a mí mismo me había dejado agotada.

Entonces, limpié, miré televisión y viví mi vida. Una semana después de haber llamado al FBI, invité a Kevin a casa para comer postre.

Él parecía exhausto. Le llevé una rebanada de tarta de queso al sofá mientras él veía un programa de televisión sobre extraterrestres.

—¿Qué te está manteniendo ocupado?— Le pregunté.

Kevin negó con la cabeza. —Asesinato. Maldito asesinato—. Dejó escapar un suspiro. —Las personas son tan horribles entre sí—.

—Come—, le dije. —Ayuda—.

Kevin sonrió. —Bueno—.

Gimió de placer mientras comía un bocado del pastel de queso. Estaba feliz de traer un poco de bondad. Después de comerse su rebanada, me miró.

—¿Cómo te ves tan sexy con pantalones de chándal y una camiseta?—

Me reí. —Debes estar mirando a algunos tipos feos todo el día, supongo—.

Dejó escapar un suspiro y apoyó la cabeza en el respaldo de mi sofá. Me acerqué y suavemente empujé hacia atrás los rizos rojos que habían caído en su frente.

—Eso se siente bien—, susurró.

—Amo tu cabello—.

—¿Quieres tener sexo?—

Gemí y retiré mi mano. Kevin se rió y lo agarró. —Solo estoy bromeando, Marta. Sé que no estás lista—.

—Entonces, ¿por qué dices cosas así?—

Él se encogió de hombros. —Para romper la tensión, supongo—.

—La intimidad es mucho más que sexo—, le dije.

—Yo sé eso. Sentarme aquí contigo es íntimo. Me gusta. Mucho—.

Sonreí de nuevo. Mi sonrisa expandió cuando Kevin llevó los platos de postre a la cocina. Me recosté en el sofá y cerré los ojos por un momento.

—¿Marta?—

—Sí—, dije, sin abrir los ojos.

—¿Quién es Edna Nazario?—

Capítulo Treinta y Dos

Alarmada, mis ojos se abrieron de golpe. Se suponía que Kevin NO debía saber sobre Edna Nazario. Mierda y mierda. ¿Cómo se suponía que debía actuar? ¿Cómo iba a reaccionar?

¿Cómo mantuve ese gran secreto de mi novio detective de la policía? Al instante, supe lo que tenía que hacer.

Gemí y me levanté. Luego me dirigí a la mesa del comedor, donde había una carpeta de papel manila debajo de una revista. —Edna Nazario" estaba escrito en la pestaña de la carpeta.

¿Qué había estado pensando? ¡¿Por qué no me deshice de eso?!!

—¿Estás revisando mis cosas, detective?— Pregunté tranquilamente.

—No. Miré la revista allí cuando la vi—.

—¿Oh? ¿La revista Real Simple? ¿Sobre limpieza y decoración del hogar?—

—Bien, Marta. Yo fisgoneé—.

—No está bien, Kevin—.

—¿Por qué tienes un archivo sobre una persona llamada Edna Nazario?—

Deje escapar un suspiro. —Porque Edna Nazario me robó mi dinero—.

Kevin se volvió hacia mí. —¿Que?—

—Vamos a la cocina. Te prepararé un café mientras te lo cuento—.

Darle mi espalda mientras preparaba el café ayudó a calmarme. Le dije a Kevin que fui a un consultorio dental para ver si me blanqueaban los dientes. Agregué que solo había compartido la información de mi tarjeta de crédito con ellos y con nadie más.

—¿Por qué te enfocaste en ella - Edna Nazario?—

—Edna Nazario me dio una mala onda. No estaba contenta de que yo no compartiera mi número de seguro social con ella. Ella me dio una actitud y me echó—.

—¿Por qué no me dijiste esto? Soy policía, ¿sabes?— dijo Kevin enojado.

—Porque...un mal presentimiento no es evidencia. Además, aunque estoy segura de que fue el consultorio dental el que se apropió indebidamente de la información de mi tarjeta de crédito, no estaba segura. Y recuperé mi dinero de la compañía de mi tarjeta de crédito. La situación está bien ahora. Simplemente no me había deshecho del archivo—.

—Si tienes una carpeta de archivos, significa que tienes papeles. ¿Dónde están los papeles?—

—Espera un minuto. ¡¿Buscaste en el archivo?!—

Kevin, presumiblemente avergonzado, apartó la mirada de mí.

—¿Quién te dio el derecho de hacer eso, Kevin?—

No dijo nada durante un rato. —No me cuentas todo, Marta—.

—¡Tienes razón! ¡No lo hago!—

—Siento que...hay cosas que no me dices. Como si estuvieras escondiendo cosas—.

—¡Porque estoy! ¡Acabamos de empezar a salir! Eres mi primer novio en mucho tiempo, así que sí, no te estoy contando todo. Pero tampoco te presiono para que me cuentes todo—, le dije.

—¿Qué no me estás diciendo?—

—¡No tienes derecho a esa información!—

—No quiero pelear—, dijo mientras se levantaba lentamente.

—¡Es demasiado tarde para eso, Kevin! Revisaste mis cosas y exigiste respuestas—.

—Lo siento, ¿de acuerdo? No puedo apagar mis instintos—.

—Está bien ser entrometido. Entiendo eso. Pero no significa que tengas derecho a recibir respuestas—.

Kevin dejó escapar un suspiro. —Lo siento, Marta—.

—Yo también. Creo que deberías irte—.

A Kevin se le cayó la cara. —Lo siento—.

—Lo sé. Pero estoy cansada. Quizás tú también lo estés. Creo que deberíamos dar por terminada la noche—.

Caminé hacia la puerta y la abrí. Kevin agarró sus cosas y me recibió en la puerta.

—¿Te sigo gustando?— preguntó.

Puse los ojos en blanco. —Sí, pero me haces enojar—.

—Lo siento—, dijo mientras me tocaba la cara.

—Lo sé. Solo quiero terminar la noche—.

—Okay. Cierra, ¿de acuerdo?—

—Si. Conduce con cuidado."

Me dio un beso y luego se fue. Cuando escuché sus pasos descender, dejé escapar un suspiro.

—Vete a la mierda, Edna Nazario—, dije mientras agarraba la carpeta de archivos y la rompí en pedazos.

Capítulo Treinta y Tres

Edna Maldita Nazario era el regalo que seguía dando. Una semana después, estaba en casa viendo la televisión nocturna cuando Kevin me llamó.

—Oye, tú—, le dije.

—¿Tienes tu teléfono a mano?—

—Te estoy hablando sobre eso—.

—Te estoy enviando un mensaje de texto con un enlace de noticias —.

—¿De qué?—

—Míralo y llámame—.

Kevin colgó. Nerviosamente, revisé mis mensajes y encontré el enlace. Fue a un informe de noticias sobre la incursión del FBI en Visions of Teeth Dental Office.

Me temblaron las manos cuando vi a Edna, vestida con una bata blanca, ser detenida por un hombre que llevaba una chaqueta estampada del FBI. También fueron arrestadas Mayra y Nanette. Al instante, llamé a Kevin.

—Wow—, dije.

—Podrías haberme quitado las palabras de la boca, Marta—, dijo enojado.

—¿Por qué estás enojado?—

—¿Por qué no suenas más sorprendida?—

—Estoy sorprendida. Además, ¡sigues interrumpiéndome! ¿Por qué estás enfogonado conmigo?—

—¡Porque estás mintiendo, Marta! Te pillé mintiendo y estoy cabreado. ¡Sabías que esto pasaría!— el grito.

Una extraña combinación de miedo e ira se instaló dentro de mí.

—¿Con quién estoy hablando? ¿Ah? ¿Con mi novio o el detective de la policía?—

—Soy uno y el mismo—.

—En este momento, ninguno me agrada. De ningún modo. Necesitas dejarme sola por un tiempo, Kevin—.

—¡No voy a hacer eso!— él asqueó. —Estoy fuera de tu puerta. Abre el portón—.

Colgué y comencé a temblar. Aun así, me puse el abrigo y bajé las escaleras y salí. Kevin estaba fuera de las puertas.

—Déjame entrar—, dijo.

—No me gusta tu tono, pero tampoco me apetece discutir afuera—.

Dos minutos después sostuve a Kevin dentro de mi apartamento.

—Marta. ¿Qué hiciste?— me preguntó.

—Investigué a Edna Nazario—.

—¿Quién te dio el derecho a hacer eso?— ladró.

—¿A qué enmienda te refieres?—

—¿Qué?— preguntó, con la cara arrugada.

—¿Sería esa la Enmienda cuatro? ¿El que violaste?—

Kevin respiró hondo y lo soltó. —Acabas de confirmar lo que ya sabía—, dijo mientras me señalaba. —Llamaste al FBI—.

Crucé los brazos sobre mi pecho, pero no dije nada.

—Eres tan jodidamente inteligente, Marta—.

—¿Porque es un problema?— Le pregunté.

—¡No lo es! ¡Pero es un problema para mí cuando usas tu inteligencia para jugar con las leyes y esperas que mire al otro lado!—

—¡¿Cuáles leyes he quebrantado?!—

—¡Has fisgoneado, Marta! No sé cómo lo hiciste, pero lo hiciste. Llevaste información al FBI sin dejar rastro de evidencia, lo cual da miedo. Para mí—.

Respiré profundamente y miré por la ventana. Estaba nevando. ¿Cuándo empezó eso?

—¿Vas a responderme?— Preguntó Kevin.

Iba a decir algo inteligente, pero cambié de opinión.

—¿Por qué me estás acosando por esto, Kevin?—

Algo del viento dejó sus velas. —¿Porque haces cosas como esto? Creo que esto era lo que sentía antes: que estabas husmeando y no me lo contabas—.

—No quiero pelear contigo, Kevin—.

—Entonces dime lo que hiciste—.

Las lágrimas llenaron mi voz. —No tienes derecho a eso. No como detective, ni como mi novio—.

—No veo cómo podemos hacer que esto funcione, Marta—, dijo Kevin. Su voz temblaba.

Empecé a llorar. —Estoy enamorada de ti. Hay tanto de que estar enamorada—, dije mientras trataba de tragar lágrimas. —Pero…la última vez que entregué mis verdades y mis deseos, perdí mucho. Se necesitaron tantas lágrimas y tantos años para recuperarlo—.

Kevin se secó los ojos y dejó escapar un suspiro. —¿Eso es todo? ¿No me dirás lo que hiciste?—

Admitir hacer algo, cualquier cosa, era admitir demasiado.

—¿Por qué eres el único que tiene derecho a guardar secretos?—

—Porque ese es mi trabajo. No es personal. Pero tu ocultándome esto es personal—.

Me quedé allí, en el precipicio, preguntándome qué decir y qué no decir.

—Necesito tiempo—, le dije.

Kevin asintió. —Te lo daré, Marta, porque yo también necesito tiempo. Podemos recoger esto tan pronto me digas lo que hiciste—.

Ni siquiera me dio un beso de despedida. Se fue.

Capítulo Treinta y Cuatro

El maldito detective cumplió su palabra. Habían pasado dos semanas desde que Kevin y yo nos decidimos tomar un descanso.

Lo extrañaba mucho. Pero no pude llamarlo. Si lo hiciera, exigiría respuestas que no podría confiar. Pero si me llamaba, significaba que aceptaba que había ido demasiado lejos.

Entonces, estaba sin novio. De nuevo. Y eso dolió mucho porque estaba enamorada. Jane comentó sobre mi condición de depresión. Le conté todo.

—Lo intimidas, lo sabes—, dijo Jane.

—¿Cómo es eso?—

—El detective Connelly está bastante seguro de que fuiste tu quien llamó al FBI. ¿Pero cómo? No dejaste huellas dactilares en las imágenes ni en el sobre, y su voz estaba anónima cuando llamó a la oficina del FBI. El FBI no puede conectar la llamada contigo, ni Kevin tampoco. Además, tenías información confidencial de alguna manera que él no puede determinar. Eres tan inteligente como el, si no más. Él es un macho alfa, y déjame decirte, a los machos alfa no les gustan las hembras alfa—.

Me eché a llorar. Con cuidado, Jane me ayudó a sentarme en una silla en su mesa.

—Me gusta el. Tanto—, dije mientras trataba de contener las lágrimas.

—Estoy segura de que Kevin también está enamorado de ti—, dijo amablemente. —Pero quizás él quería que fueras la novia dulce, inteligente, bonita, trabajadora y disponible que él pensó que eras. Le gustó ese paquete. Pero se dio cuenta de que te puso en la caja equivocada y eso lo asusta—.

—¿Intimido? No quiero dar miedo—.

Los ojos de Jane se llenaron de lágrimas. —Yo tampoco—, dijo, su voz tan firme como siempre. —Pero es lo que somos. No atenúe tu luz para un hombre que quiere brillar más que tu—.

Sollocé en mi mano durante unos segundos.

—Deja de llorar—, dijo Jane.

Por alguna razón, lo hice.

—¿Cómo es que tú me estas consolando?— Le pregunté a ella. —Pensé que te había estado consolando—.

Jane sonrió. —Lo has estado haciendo - incluso cuando no estás aquí. Ahora puedo consolarte—.

La habría abrazado, pero no lo hice porque no quería empujar las cosas. En cambio, preparé su cena de olla de barro y le di las gracias de nuevo. Fue suficiente.

Sintiéndome triste pero extrañamente animada al mismo tiempo,

continué con mi trabajo. Limpié para Jamie, Barney, la familia Dean y la otra familia residencial cuyos nombres traté de ignorar.

Mi apartamento parecía una tumba. Lloré cuando entré.

Quería llamar a Kevin, pero sabía que no podía. Me di cuenta de que, si bien podía darle mi corazón y, finalmente, mi cuerpo, no podía darle mi identidad.

Sin embargo, ser investigador privada sin licencia no pudo abrazarme, ni besarme ni preguntarme sobre mi día.

Me duché, comí una cena ligera y continué con el resto de los movimientos de la noche. Por capricho, revisé mi correo. Lo que encontré allí me hizo empezar a llorar de nuevo. Abrí el sobre y comencé a leer.

—Hola, Marta. Soy yo, Waleska. Lamento mucho que me haya tomado tanto tiempo responderle—.

Mis lágrimas salpicaron la página. Aun así, seguí leyendo.

—El dolor de luto es un animal salvaje, creo, una bestia de formas cambiantes. Un día, crees que lo sabes y lo reconoces. Pero luego cambia de forma y salta desde otra esquina, tomándote por sorpresa de nuevo—.

—Sé que nadie conoce el dolor como yo, tal vez tú lo sientes incluso más que yo. Pero creo que podría tener ese borde no deseado, mientras lloro por el padre de mi hijo. Ese es mi peso para soportar que un día trasladaré a él—.

Había olvidado lo maravilloso que escribía Waleska. De repente, recordé a Héctor llamándome desde su base para contarme sobre las hermosas y desgarradoras cartas que Waleska le envió.

"Pero estoy dispuesta a verte de nuevo, Marta. ¡Y no te preocupes por mis padres! Se han acostumbrado a ser mi todo que se han olvidado de que hay más gente ahí fuera. Entonces, por favor llámame. Adán y yo estamos ansiosos por verte de nuevo—.

Quería llamarla, pero estaba demasiado ocupada llorando. Diez minutos después, me tranquilicé lo suficiente para llamarla.

—¿Hola, Waleska? Soy yo, Marta—.

Escuché risas desde su lado de la línea. —¡Marta! ¡Hola! Es tan bueno saber de ti—.

No fue tan bueno como fue escuchar de ella.

###

¡HOLA LECTORA! (O LECTOR)

Espero que disfrutaste la segunda aventura de Marta. Si te gusto, favor de dejar una crítica o recomiende este libro a tus familiares y amigos.

¡Gracias Mil!

SOBRE LA AUTORA

Cyndia Rios-Myers (Cyndia Rios Santiago en Puerto Rico) es una escritora y ensayista residente en Carlisle, Pennsylvania, con padres basados en Arecibo, Puerto Rico, y Hatillo, Puerto Rico. Cyndia disfruta leer, correr, reírse y tomar buenas siestas. Puede mantenerse al día con sus reflexiones en su página de Facebook, en Instagram @milipan, en su sitio web en www.cyndiariosmyers.com o en Twitter en @criosmyers.

OTROS LIBROS ESCRITOS POR CYNDIA RIOS-MYERS (EN ESPAÑOL)

LA LIMPIEZA DE MARTA (EL PRIMER LIBRO DE LA SERIE DE LA SIRVIENTA DETECTIVE)

MARTA SE ASUSTA (El TERCER LIBRO DE LA SERIE DE LA SIRVIENTA DETECTIVE)